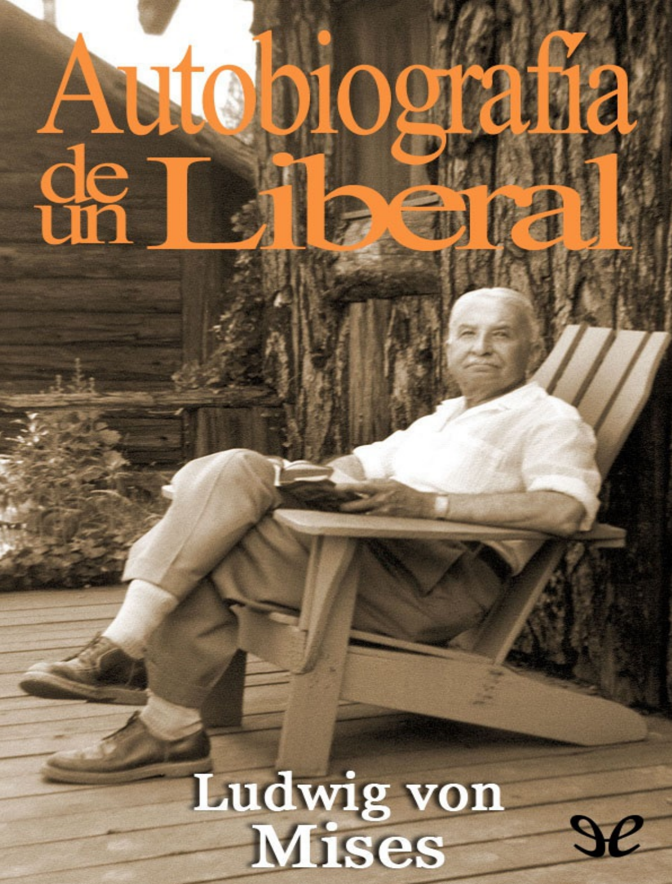
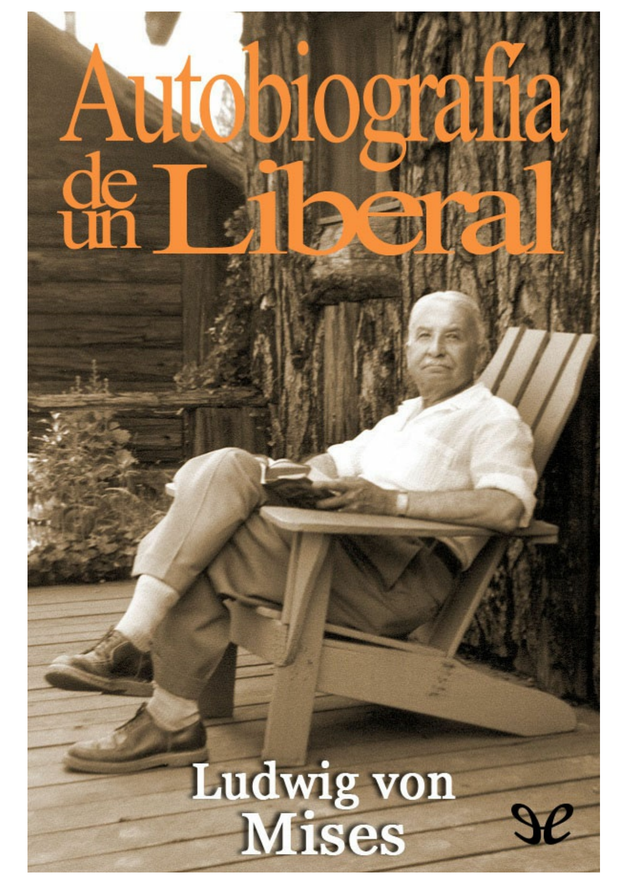

Autobiografía de un Liberal
Ludwig von Mises


Autobiografía de un Liberal
Ludwig von Mises

Esta autobiografía fue escrita en 1940, justo un mes después de llegar a los EE. UU. como refugiado, pero Mises no quiso que se publicara antes de su muerte (1973). No trata su vida privada, sino algo mucho más interesante: su autobiografía intelectual y la historia de su tiempo. En poco más de cien páginas desfilan ante nuestros ojos las dramáticas reflexiones de quien, incapaz de frenar la barbarie, veía ante sus ojos desaparecer la civilización.

El texto comienza con un repaso de las ideas imperantes en el mundo germánico a comienzos de siglo, cuando Mises llega como estudiante a la Universidad de Viena. El historicismo, el estatismo y el intervencionismo dominan en las

cátedras de Alemania. Las semillas ideológicas que la acabarán conduciendo hacia el nazismo están plantadas y son cuidadas con el máximo esmero. El joven Mises es un intervencionista más. La lectura de los *Principios de economía política* de Carl Menger en 1904 (a la edad de 23 años), cambia su vida y hace de él un economista.



Ludwig von Mises

Autobiografía de un liberal

La gran Viena contra el estatalismo

ePub r1.0

Leviatán 24.04.14

Título original: *Erinnerungen von Ludwig von Mises & The Historical Settings of the Austrian School of Economics*
Ludwig von Mises, 1978
Traducción: Juan Marcos de la Fuente
Retoque de portada: Leviatán

Editor digital: Leviatán
Corrección de erratas: loto
ePub base r1.1



PRÓLOGO

> Algunos de ellos, los más aguerridos de la selecta tropa, los jóvenes vieneses herederos de la gloriosa escuela de los Menger, los Böhm-Bawerk, los Wieser, tratan de […] explicar la verdadera causa de la destrucción, que se va consumando día a día, bajo sus propios ojos, de la economía austriaca; y como la verdadera causa no es, sino en escasa medida, la prohibición a la pequeña Austria de unirse a la gran Alemania, ellos, sin buscarlo expresamente, defienden la independencia de su país […] estos jóvenes economistas […] alimentan la esperanza de convertirse en una de las

mayores fuerzas del mundo.

LUIGI EINAUDI

El presente volumen contiene dos ensayos de Ludwig von Mises (1881-1973): Las *Erinnerungen* [Recuerdos] y *The Historical Setting of the Austrian School of Economics*. Son obras escritas por el autor en épocas muy diferentes de su vida.

Las *Erinnerungen* son el primer producto de Mises en tierra estadounidense. Llegó a Estados Unidos el 2 de agosto en 1940 como refugiado

político. Allí fue recibido por Alfred Schütz, quien había sido alumno suyo en Viena. Se trata de una especie de autobiografía intelectual, que por propia voluntad sólo se publicaría como obra póstuma[1]. En ella se reflejan todos los elementos de la tragedia que la humanidad estaba viviendo, así como la angustia y la amargura del hombre vencido, pero también el lúcido diagnóstico de la derrota y la convicción de que aún era posible un futuro para la libertad.

El segundo ensayo, *The Historical Setting of the Austrian School of Economics*, lo escribió en 1969, el

mismo año en que deja la enseñanza en la New York University. Ha pasado ya casi treinta años en Estados Unidos, rodeado de la atención de nuevos alumnos y admiradores. Su viaje existencial está a punto de concluir. Pero él reúne sus pocas energías para ponemos una vez más en guardia contra el «Estado omnipotente», para arrojar luz sobre los errores en que los hombres libres no deben caer.

Ambos ensayos se publican juntos, porque son los únicos 'lugares' en que Mises habla de la «gran Viena», de la Escuela austriaca de economía y de sus aportaciones personales a las ciencias

sociales.

1. *El papel de Mises en la Escuela austriaca*

La Escuela austriaca de economía nace en aquella febril y dramática fragua de problemas y de ideas que fue la «gran Viena». Es una «tradición de investigación» iniciada por Carl Menger (1840-1921) y que se distingue por dos características nada comunes. La primera es la de haber podido superar el ámbito propiamente económico y haber afrontado las cuestiones más profundas y urgentes de metodología, sociología y

política. La segunda se refiere a la fecundidad de su aportación a las ciencias sociales. Sucede con frecuencia que, inmediatamente después de su fundación, una «tradición de investigación» se agosta en la anodina reiteración de las ideas del jefe de la escuela, despojadas de las preguntas que la originaron y transformadas en petrificado lugar común. No es este el caso de la Escuela austriaca de economía, que en cambio se ha ido nutriendo continuamente de problemas. Y de este modo ha demostrado que la teoría no es una ficción intelectualista, sometida al poder y negadora de la

verdad, sino el único instrumento mediante el cual pueden darse respuestas auténticas a interrogantes auténticos.

Ludwig von Mises representa la tercera generación de la Escuela Austríaca. Siguiendo a Menger (primera generación), Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914) y Friedrich von Wieser (1851-1926) protagonizan la segunda generación. A pesar de no haber sido alumno (en los años de estudios universitarios) de ninguno de ellos, Mises se formó en la línea de Menger y Böhm-Bawerk, encarnando de manera neta e incontaminada la vocación de

autenticidad de estos sus dos reconocidos «maestros».

Pero conviene señalar que Mises, a su vez, fue también un gran «maestro». Es ejemplar el caso de Friedrich A. Hayek (1899-1992), que había sido alumno de Wieser, y que después fue durante casi diez años estrecho colaborador de Mises. Hayek afirma textualmente: de Mises «he aprendido probablemente más que de ningún otro hombre»[2].

Sobre el estimulante y enriquecedor magisterio misiano podríamos aducir también los testimonios de Gottfried Haberler y de Fritz Machlup[3]. Pero tal

vez resulte más interesante lo que escribió un observador externo a la Escuela austriaca, François Perroux: «En Viena, la investigación florecía en los seminarios de Ludwig von Mises, al que un cierto ostracismo mantenía al margen de la Universidad. A aquellos encuentros, que se celebraban en la Cámara de Comercio, acudía un auditorio internacional, atraído por sus libros y retenido por sus lecciones. La señora Berger Lieser, animadora sin igual, organizaba encuentros sutiles sobre los famosos fundamentos del interés, sobre el capital de producción y el capital financiero, sobre las

relaciones entre tipo de interés y tipo salarial. Filósofos, historiadores, epistemólogos, altos funcionarios sometían a una crítica atenta las construcciones de los célebres vieneses […]. Con todo el respeto hacia su memoria, sugeriría que Hans Mayer, el de la gran barba de Júpiter rubio, cuyos cursos académicos eran apreciados y al que le chiflaba la caza del rebeco, tal vez se contentaba con alturas menores»[4].

Sobre la actividad desarrollada por Mises en la New York University, valga el testimonio de Murray N. Rothbard: «Mises laboraba incansablemente por

avivar la más mínima chispa intelectiva que sus discípulos mostraran, siempre con aquella bondad, aquella elegancia que le caracterizaban. Un torrente de maravillosas posibilidades investigadoras brindaba, cada semana, al auditorio. Joyas, de facetas perfectamente talladas, eran sus conferencias, profundas exposiciones de múltiples aspectos del ideario tenazmente defendido […] Cuantos gozábamos del privilegio de asistir al seminario misiano de la Universidad de Nueva York [entre otros, además del propio Rothbard, Bettina Bien-Greaves, Percy L. Greaves, Henry Hazlitt, Israel

Kirzner, George Reisman, Hans F. Sennholz, Louis Spadaro] comprendíamos que no sólo estábamos ante un economista excepcional, sino además ante un *maestro* incomparable»[5].

Durante más de cincuenta años fue Mises el agudo y pródigo jefe de la Escuela austriaca de Economía. Si esta Escuela sigue aún viva, sobre todo en Estados Unidos, se lo debemos a su largo y decisivo magisterio.

2. *Contra el totalitarismo*

En una página de sus *Recuerdos* declara

Mises que siempre ha empleado la única metodología capaz de permitir un análisis científico de los problemas sociales. Y precisa: «Sometí a discusión ante todo la racionalidad de las medidas propuestas; es decir me pregunté si los fines perseguidos por quienes las proponen o las adoptan pueden alcanzarse realmente con ellas»[6]. En esta precisión se halla el núcleo central del programa científico de la Escuela austriaca de economía. Había sido Carl Menger quien, en sus *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften*[7], criticó duramente el «racionalismo unilateral»,

es decir aquella ilusión animista que transforma proyectivamente las intenciones en realidades. En otras palabras, Menger había insistido en la ‘cascada’ de efectos no intencionados que acompaña al obrar humano. Había llamado también la atención sobre el origen no programado de instituciones como la ciudad, el Estado, el mercado, la moneda; y había sostenido que la tarea principal de las ciencias sociales debe consistir en el estudio de las consecuencias no intencionadas de acciones humanas intencionadas.

Mises hace suyo este programa de investigación. Toda su obra está

dedicada a la «ciencia teórica de la acción humana» o «praxeología». En particular, se concentra en el estudio de la congruencia entre medios y fines. Y aplica este paradigma, con un rigor lógico que recuerda el de Böhm-Bawerk, al tema del que por lo demás surgieron las mayores tragedias del siglo XX: el «fin de la economía».

A) *El marxismo*. El programa político marxista se propone la eliminación del mercado y su substitución por un sistema planificado de producción y distribución, es decir por un sistema en el que tales actividades se desenvuelven mediante

decisiones políticas adoptadas de un modo centralizado. La planificación es por lo tanto el instrumento con el que acabar con las leyes de la economía política, y con ello, se añade, con la escasez misma (considerada una invención o un fruto de aquella). Es decir, al plan único de producción y distribución, «aplicado conscientemente», se le atribuye una racionalidad superior, esto es la capacidad de hacer posible «el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la Libertad».

Con el triunfo de la Revolución de octubre, parecía que la realización de la

Utopía era posible. Sin embargo, en una conferencia de 1919, «Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen»[8], y en un grueso volumen de 1922, *Gemeinwirtschaft*[9], Mises lanza contra el programa marxista una crítica demoledora.

Para Mises, el «fin de la economía», como ciencia y como condición de escasez, no es posible. Si el hombre pudiera vivir en Jauja, tendría en todo caso que economizar *tiempo*, la aplicación de su vida que pasa. Por eso la acción humana es acción económica, y lo es siempre. Es una connotación que no depende de los regímenes políticos,

sino que coincide con la condición humana, por lo que es ineliminable.

Si el socialismo es destrucción del mercado, habrá entonces que resolver el problema económico sin el mercado. Pero esto significa que se tiene que hacer sin contar con los precios, que son el producto de un sistema en el que rige la competencia del lado de la demanda y del lado de la oferta, es decir de un sistema en el que hay libertad de elección y las decisiones están descentralizadas. De aquí se derivan dos consecuencias: la primera es que libertad individual y mercado van al unísono; la segunda es que el

socialismo, al eliminar el mercado, no sólo priva a los ciudadanos de su autonomía, sino que también pierde los instrumentos (los precios) con los que resolver el problema económico.

Así pues, la planificación no es una forma 'superior' de racionalidad, sino la abolición de la racionalidad. Y el socialismo está destinado a fracasar.

B) *«Socialismo monárquico» y nazismo*. También la Joven Escuela histórica, capitaneada por Gustav Schmoller, se proponía el «fin de la economía». Esta Escuela sostenía la imposibilidad de las ciencias sociales teóricas, en cuanto incapaces de captar

«lo único y lo irrepetible»; en su lugar colocaba una investigación histórica de los acontecimientos singulares, desde los que esperaba llegar «inductivamente» a las «series típicas de los fenómenos», a sus «relaciones» y a sus «causas». En realidad, los acontecimientos eran colocados dentro de una visión colectivista, en la que la monarquía prusiana era considerada el «valor» último, el metro con el que medir toda acción singular. Esto equivalía a una forma de «socialismo monárquico», en la que el poder político cancelaba las leyes de la economía y excluía toda vinculación económica

entre medios y fines. Faltaba el plan único de producción y distribución, pero se creaba un sistema de intervencionismo generalizado.

Sobre la cuestión relativa a la posibilidad de las ciencias sociales teóricas, Menger había asestado un duro ataque al historicismo, afirmando sin ambages la *primacía de lo teórico* en la construcción de la ciencia: «El fin de las ciencias teóricas es la comprensión, el conocimiento que sobrepasa la experiencia inmediata, y el dominio del mundo real. Comprendemos los fenómenos por medio de teorías, cuando los captamos en todo caso particular

[…] como ejemplos de una regularidad general»[10]. Sin embargo, el problema seguía abierto, pues los partidarios de la Escuela histórica, después de la derrota en la Gran Guerra, «transfirieron su lealtad a los diversos grupúsculos de los que finalmente surgió el partido nazi»[11].

Mises se da perfecta cuenta de adónde conduce el camino que Alemania ha emprendido. Reafirma la *primacía de lo teórico en* la construcción de la ciencia. Escribe: «Los defensores del historicismo […] no saben reconocer que en los propios términos lingüísticos que acompañan a todo acto del

pensamiento se halla ya contenida una teoría»[12]. La teoría económica es, pues, posible. Y, además, tiene un objeto propio: el nexo entre medios y fines, debido a la escasez de los medios que convierte toda acción en acción económica.

Pero la barbarie no tiene en cuenta las sugerencias de la razón crítica: «La agresión imperialista que por dos veces concluyó con la guerra y la derrota, la inflación sin límites de los primeros años Veinte, la economía imperativa (la *Zwangswirtschaft*) y todos los horrores del régimen nazi fueron el resultado de unos políticos que siguieron las

enseñanzas de los paladines de la Escuela histórica»[13].

Obviamente, Mises extiende sus críticas, *mutatis mutandis*, al dirigismo fascista y a su pretensión de englobarlo todo en el Estado.

3. *La manipulación del crédito y la intervención a favor de grupos privilegiados*

La perversión del nexo medios-fines es obra no sólo de quienes declaradamente se proponen «acabar con la economía», sino también de quienes creen que la intervención de las autoridades públicas

puede mejorar el funcionamiento del mercado. Detengámonos sobre dos cuestiones en las que Mises insistió de un modo especial.

La manipulación del crédito. La primera gran obra de Mises es la *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*. Vio la luz en 1912; la siguiente edición es de 1924. En 1928 se publica *Geldwertstabilisierung und Konjunkturpolitik*[14].

El objetivo originario de Mises era extender la aplicación del marginalismo a la teoría del dinero. Lo consigue, y supera las posiciones de Menger y Böhm-Bawerk, los cuales razonaban con

la «tácita suposición de la neutralidad del dinero»[15], es decir suponían que las variaciones de las cantidades monetarias determinan variaciones de los precios simultáneas y proporcionales.

Con la publicación de los textos mencionados, Mises llega a resultados muy superiores: dispone de una completa teoría del ciclo, que luego será conocida como «teoría austriaca del ciclo económico».

Como escribe Mises, «la política económica que fomenta el 'dinero barato', y cree que la expansión del crédito es el medio más adecuado para

alcanzar este fin, alienta esa orientación y se esfuerza en crear las condiciones institucionales para hacerlo posible»[16]. Pero, apenas las autoridades deciden, justo a tiempo para evitar el colapso de la moneda, poner fin a la expansión del crédito, se constata que la «falsa impresión de rentabilidad, creada por la expansión crediticia, ha llevado a realizar inversiones injustificadas. Muchas empresas o iniciativas económicas, que se habían iniciado gracias a la artificial bajada del tipo de interés y que se mantenían gracias a una igualmente artificial elevación de los precios, no son ya rentables. Algunas

empresas reducen la producción, las demás cierran o quiebran»[17]. Se pretendía conseguir un crecimiento económico mediante la expansión del crédito y la creación artificial de condiciones de mercado favorables, y lo que se obtiene es la destrucción del capital.

Sobre los hombros de la teoría de Mises se encaramaron Hayek, Haberler, Machlup, Strigl. Dicha teoría habría podido permitir fácilmente prever la «Gran crisis» de 1929. Sirviéndose de ella, esa crisis ha sido ejemplarmente explicada *a posteriori* por Lionel Robbins, quien también ha puesto de

relieve los graves errores cometidos por Keynes en el periodo anterior a la crisis[18].

Las intervenciones a favor de grupos privilegiados. Para Mises, el intervencionismo «limitado» es aquel a través del cual, en algunas circunstancias, la autoridad pública obliga a los operadores económicos a emplear sus medios de producción de un modo distinto del que ellos mismos elegirían libremente[19]. Mises distingue dos tipos de intervención. El primero se dirige directamente a frenar la actividad productiva, mientras que el otro tiende a fijar unos precios distintos de los del

mercado. Las medidas del primer tipo (tarifas y obstáculos diversos a la competencia) producen siempre el mismo resultado: una determinada combinación de capital y trabajo produce menos, desde el principio, se invierte en la producción una cantidad menor de medios productivos. En el segundo caso, es decir mediante la intervención de los precios, se origina una caída inmediata de la producción y la imposibilidad de satisfacer la demanda, que tiene que orientarse, a precios muy superiores a los existentes antes de la intervención, al «mercado negro».

Mises no sostiene la imposibilidad de tales intervenciones. Lo que dice es que las mismas provocan «consecuencias no previstas», opuestas a lo que de ellas esperan sus promotores. De nada sirve, pues, afirmar que esas intervenciones se dirigen a la «defensa de los más débiles»[20]: pues «no se puede refutar la demostración que hacen los economistas de que todo privilegio perjudica los intereses del resto de la población o, por lo menos de gran parte de la misma; que quienes son sus víctimas sólo toleran la existencia de tales privilegios si a ellos se les

garantiza otros parecidos; y que, en definitiva, cuando todos disfrutan de privilegios ninguno gana, sino que todos salen perdiendo a consecuencia de la caída general de la productividad del trabajo»[21]. Así pues, no pagamos las consecuencias del capitalismo, sino las del intervencionismo[22], que destruye recursos y hace añicos, junto con los privilegios que concede y la inevitable corrupción, el Estado de derecho.

De todo esto se sigue que no es liberal quien pretende eliminar el mercado o quiere manipularlo; liberal, en cambio, es quien confía en las soluciones del mercado, es decir en la

competencia entre individuos situados en el mismo plano ante la ley.

4. *La superioridad de un método*

En 1936, el socialista Oskar Lange escribía: «Los socialistas tienen buenos motivos para estar agradecidos al profesor Mises, el gran *advocatus diavoli* de su causa. En efecto, ha sido el desafío por él lanzado lo que les ha obligado a reconocer la importancia de un adecuado sistema de cálculo económico, como guía para la distribución de los recursos de una economía socialista. Además, mérito

principal de ese desafío es el que muchos socialistas se hayan percatado de la existencia misma de semejante problema […] el mérito de haber obligado a los socialistas a afrontar sistemáticamente esta cuestión corresponde por entero al profesor Mises. Su estatua debería ocupar el puesto de honor en el gran vestíbulo del ministerio de la socialización o del comité central para la planificación del Estado socialista»[23].

Este juicio de Lange es seguramente sincero, si bien revela la convicción de poder llegar a la cuadratura del círculo, es decir de poder conjugar cálculo

económico y socialismo. Las experiencias posteriores se encargarán de dar completa razón, tanto en el plano teórico como en el histórico (con la caída del imperio soviético), al diagnóstico de Mises. Un análisis —no hay que olvidarlo— que en su tiempo fue totalmente compartido por Max Weber: «El grado máximo de obrar económico, en cuanto medio de orientación para el cálculo, se consigue por el cálculo monetario en la *forma* de cálculo del capital, lo cual comporta el supuesto *material* de la más amplia libertad del mercado [...]. La lucha en competencia por la venta de los

productos, ligada a esta situación —especialmente como organización de ventas y como publicidad, en el más amplio sentido— suscita una serie de aplicaciones, que no podrían hacerse sin esa competencia, es decir en una economía planificada»[24].

Pero la cuestión tiene un alcance mucho más amplio. En efecto, por más relevante que pueda ser la concorde valoración de Mises y Weber sobre el problema del cálculo económico, lo que más profundamente une a estos dos estudiosos es un vínculo metodológico.

Weber era un «descendiente» de la Escuela histórica alemana. Pero,

influido por Menger y Böhm-Bawerk, se había alejado del «venerado maestro» Schmoller. Se había preguntado: «¿Qué significa y a qué tiende una crítica científica de ideales y de juicios de valor?»[25]. Y esta fue su respuesta: «Toda reflexión pensante sobre elementos últimos del obrar humano dotado de sentido está ligada ante todo a las categorías de fin y de medio […]. Ofrecemos de este modo a quien obra la posibilidad de medir entre ellas las consecuencias no queridas y queridas de su obrar»[26].

¿No había afirmado Menger que la tarea principal de las ciencias sociales

consiste en el estudio de las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas intencionadas? Y, antes de él, ¿no había Adam Smith convertido la economía en una ciencia de las consecuencias no intencionadas?

Con la adhesión de Weber al paradigma mengeriano, economía y sociología se reconcilian. La fractura perpetrada por Saint Simón, Comte, Durkheim se recompone. Pero muy pronto ambas disciplinas emprenderán caminos distintos. Estableciendo la prohibición de ocuparse del largo plazo, porque según él todos estaremos muertos, Keynes excluye los resultados

incómodos derivados de la aplicación de su teoría. Y Talcott Parsons, colocando a Weber en el mismo plano que a Durkheim, suprime lo ‘específico’ de la obra weberiana, su razón de ser[27].

Y, sin embargo, el paradigma austriaco sobrevive, revela toda su fecundidad. Mises nos permite ir a las raíces de las peripecias más complejas de nuestro tiempo, pues arroja una poderosa luz sobre los fenómenos sociales, y desbarata ese nudo de lugares comunes que con demasiada frecuencia los cubre y deforma.

LORENZO INFANTINO

RECUERDOS

Prefacio

> Quería convertirme en un reformador, y en cambio me he convertido sólo en el historiador de la decadencia.
>
> LUDWIG VON MISES[28]

Cuando mi marido, Ludwig von Mises, escribió esta frase, en diciembre de 1940, atravesaba un periodo de profunda depresión. Estas pocas palabras son muestra de su estado de ánimo. Había previsto la

disgregación de la civilización occidental y temía su definitivo ocaso. Estos *Recuerdos*, sin embargo, no cierran la puerta a la esperanza de que el mundo, en un futuro lejano, escucharía y seguiría sus advertencias. A pesar de su escaso volumen, este libro tiene un contenido conceptual muy rico.

La historia de cómo nació servirá para explicar la momentánea depresión de mi marido.

El 2 de agosto de 1942 llegamos a New Jersey, que está separado de Nueva York por el río Hudson, pero unido a esta ciudad por puentes y túneles. El mundo estaba alborotado y

Europa, cuando la dejamos, era presa de una furiosa guerra.

No fue fácil para Mises decidirse a abandonar Ginebra, la ciudad en que había transcurrido los seis años más felices de su vida. Llamado por el profesor William Rappard al *Institut Universitaire des Hautes Études*, ocupó la cátedra de Relaciones económicas internacionales. Su seminario privado en Viena y sus libros, publicados casi todos por Gustav Fischer (que entonces tenía su sede en Jena), le habían dado a conocer en toda Europa, y su fama había llegado incluso a América, antes aún de que pusiera el pie en ella.

Llegamos a New Jersey un día muy caluroso y húmedo, tras cuatro semanas de total inseguridad y de grandes angustias y emociones[29]. No nos esperaba ningún familiar; no teníamos casa y, como a tantos otros emigrantes, nos esperaban tiempos duros, antes de hallar una situación estable. Todo lo que poseíamos, la rica biblioteca de mi marido, había sido embalada y enviada antes de abandonar Suiza; pero no teníamos idea de dónde se encontrara en aquel momento en Europa, ni estábamos seguros de volver a verla. De 1940 a 1942 no tuvimos una verdadera casa. Nos mudábamos de un hotel a otro,

viviendo de nuestros ahorros. A mi marido no se le había ofrecido ninguna cátedra que considerara aceptable.

Tal era nuestra vida cuando, en el otoño de 1940, mi marido decidió escribir —como había proyectado inicialmente— su autobiografía. Pero, carente de sus apuntes diarios y de sus libros, terminó el manuscrito ya en diciembre del mismo año. Recuerdo como si fuera ayer el momento en que me lo enseñó por primera vez y la intensa emoción que experimenté. Tenía la sensación, aun sin ser plenamente consciente de ello, que se trataba de una obra muy importante; pero sabía también

que no era una autobiografía en el verdadero sentido de la palabra. Según la definición del *Meyers Enzyklopädisches Lexikon*, una autobiografía es «la descripción literaria de la propia vida». Pues bien, el manuscrito ofrece una imagen exacta y completa de la evolución espiritual de mi marido y contiene las ideas que fue poco a poco desarrollando en sus libros y en sus ensayos y artículos; habla también de su actividad académica y política hasta 1940, pero casi nada dice de su familia, de sus parientes y del ambiente social en que había crecido.

Dos años después, cuando

finalmente conseguimos tener una casa propia, mi marido me entregó el manuscrito, que había metido cuidadosamente en dos rígidas carpetas negras. «Este libro es tuyo —me dijo—. Guárdalo bien».

Seguramente había pensado en su publicación. En efecto, al cabo de treinta años —cuando ya era conocido y famoso en todo el mundo, pero era también objeto de ataques y de enemistades—, a mi propuesta de que me dictara su autobiografía, respondió: «Pero ya tienes un manuscrito. No es necesario que la gente sepa más sobre mí».

Sólo unos meses después de su muerte (10 de octubre de 1973), me acordé de las dos carpetas negras. Las saqué de mi escritorio, y su grafía clara y regular, que yo conocía bien, hizo renacer el pasado. Estaba fascinada; como hechizada, leí y releí el libro. Sólo ahora me daba cuenta de la importancia del documento que tenía en mis manos y comprendía todo su significado histórico.

Nunca antes Ludwig von Mises había manifestado consideraciones y juicios tan duros y negativos sobre la situación económica y cultural de las universidades alemanas y austriacas,

sobre los profesores, sobre los hombres políticos y otras personalidades públicas. Nunca antes de estas páginas su desesperación por el declive de la civilización occidental, que sentía inminente, había alcanzado una forma tan drástica. Y deseo añadir que nunca había escrito de manera tan explícita y sin tapujos.

En los años siguientes, una vez alcanzada una mayor tranquilidad interior y una visión más orgánica de la situación económica y de las inmensas posibilidades de los Estados Unidos, recuperó la esperanza en la supervivencia de la civilización

occidental. Sus libros más importantes y significativos los escribió en los últimos treinta años de su vida, durante los cuales no se cansó jamás de prevenir contra la inflación, el intervencionismo estatal y el comunismo.

Su primer gran éxito en Estados Unidos lo obtuvo con la publicación, en 1945, de dos libros escritos en inglés: *Omnipotent Government* y *Bureaucracy*. En los cuatro años siguientes trabajó en la reelaboración de *Nationalökonomie*, publicada en Ginebra en 1940, para adaptarla a las condiciones americanas. El título del que en realidad era un libro nuevo fue

Human Action. Se publicó en 1949 y le dio de golpe una fama mundial. Fue traducido —como todos sus libros siguientes— a muchas lenguas, y recientemente se ha publicado una edición china. Se hizo una nueva edición d e *Socialismo*, que ya había sido publicado 1922 en Alemania por Gustav Fischer, con el título de *Gemeinwirtschaft*. Siguieron enseguida una nueva edición de *Theory of Money and Credit*, de *The Anti-Capitalistic Mentality, Planned Chaos, Planning for Freedom*.

El famoso escritor y economista Henry Hazlitt, con ocasión del

nonagésimo segundo cumpleaños de Ludwig von Mises, en 1973, escribió: «Los noventa y dos años de su vida han sido extraordinariamente fecundos. Cuando la American Economic Association concedió a Ludwig von Mises el *Distinguesed Fellow Award* (una alta distinción que se concede cada año sólo a dos economistas), le presentó como autor de diecinueve libros, considerando sólo las primeras ediciones, pero su bibliografía comprende cuarenta y seis libros, si se calculan las reediciones revisadas y las traducciones a diversas lenguas. En los años más recientes de su vida, se le han

concedido muchas otras condecoraciones. Pero todas juntas apenas corresponden a lo que creó».

A través de este pequeño libro llegará una vez más al mundo la voz de alerta de mi marido. Espero que sean muchos, hombres y mujeres, los que lo lean. Verán con claridad las consecuencias nefastas de la inflación, del socialismo y del comunismo, el poder y la corrupción cada vez más extendida de los gobiernos intervencionistas, y experimentarán un sentimiento de angustia. No puede asegurarse que la historia no se repita. Sólo podremos impedirlo si logramos

cambiar su curso.

MARGIT VON MISES

Nueva York, junio de 1977

Introducción[30]

Aunque era sin duda uno de los más importantes economistas de su generación, en cierto sentido Ludwig von Mises siguió siendo un extraño en el mundo académico hasta el fin de su inusualmente larga carrera académica, no sólo en el mundo de habla alemana, sino, durante el último tercio de su vida, en los Estados Unidos, donde enseñó a un número aún mayor de estudiantes. Antes, su influencia inmediata más fuerte se había limitado

principalmente a su *Privat-Seminar*, cuyos miembros generalmente sólo se interesaban por él una vez que habían terminado sus estudios universitarios.

Si ello no hubiera retrasado indebidamente la publicación de estas memorias, encontradas entre sus papeles, yo hubiera acogido favorablemente la oportunidad de analizar las razones de este curioso olvido de uno de los pensadores más originales de nuestro tiempo en los campos de la economía y de la filosofía social. Pero la fragmentaria autobiografía que nos dejó proporciona en parte la respuesta. Las razones por

las que nunca consiguió una cátedra en una universidad germanófona durante los años 20 o antes de 1933, mientras sí lo hicieron otras personas sin duda menos capacitadas, eran ciertamente personales. Su nombramiento hubiera sido beneficioso para cualquier universidad. Sin embargo, la impresión de los profesores de que no hubiera encajado completamente en sus círculos no estaba completamente infundada. Aunque sus conocimientos de la materia eran superiores a los de la mayoría de los catedráticos, nunca fue realmente un verdadero especialista. Cuando busco figuras similares en la historia del

pensamiento en el campo de las ciencias sociales, no las encuentro entre los profesores, ni siquiera en Adam Smith; en cambio, Mises debería compararse a Montesquieu, Tocqueville y John Stuart Mill. Esta no es una opinión formada retrospectivamente. Cuando hace más de cincuenta años traté de explicar las opiniones de Mises a Wesley Clair Mitchell en Nueva York aproximadamente con las mismas palabras, sólo encontré —quizá con cierta lógica— un escepticismo cortésmente irónico.

Una interpretación global de los fenómenos sociales es esencial a su

obra, y, a diferencia de los pocos contemporáneos comparables, tales como Max Weber, con quien estaba relacionado por un extraño respeto mutuo, Mises tenía sobre ellos la ventaja de un profundo conocimiento de la teoría económica.

Las presentes memorias dicen mucho más sobre su desarrollo, posición y opiniones que lo que yo sé o puedo decir. Solamente puedo tratar de complementar o confirmar aquí alguna información respecto a los diez años de su estancia en Viena en los que mantuve una estrecha relación con él. Entré en contacto con Mises, como era normal en

su caso, no como estudiante, sino con mi título de Doctor en Derecho recién obtenido y como funcionario, subordinado suyo, en una de aquellas instituciones provisionales especiales que habían sido creadas para llevar a cabo lo estipulado en el tratado de paz de St. Germain. La carta de recomendación de mi profesor de la Universidad, Friedrich von Wieser, que me describía como un joven economista muy prometedor, fue recibida por Mises con una sonrisa y con la observación de que no me había visto nunca en sus clases. No obstante, cuando comprobó mi interés y encontró que mis

conocimientos eran satisfactorios, me ayudó en todos los aspectos y contribuyó en gran medida a que pudiera realizar una estancia más larga en los Estados Unidos (antes de la beca de la Fundación Rockefeller), a la que tanto debo. Pero aunque durante el primer año le veía diariamente en su despacho oficial, no tenía la menor idea de que estuviera preparando su gran obra *Socialismo*, que tan decisiva influencia tuvo sobre mí después de su publicación, en 1922.

Sólo después de mi regreso de América en el verano de 1924 fui admitido en el círculo que ya existía

desde hacía algún tiempo y a través del cual el trabajo intelectual de Mises en Viena ejercía de modo principal su influencia. El «seminario de Mises», como todos llamábamos a las reuniones quincenales que se mantenían por la noche en su oficina, se describe con todo detalle en sus memorias, aunque Mises no menciona que habitualmente estas sesiones «oficiales» tenían una continuación, no menos importante, en un café de Viena hasta altas horas de la noche. Como dice correctamente, no se trataba de reuniones didácticas, sino de conversaciones presididas por un amigo más veterano cuyas opiniones no eran en

modo alguno compartidas por todos los miembros. En sentido estricto, sólo Fritz Machlup había sido alumno de Mises. Por lo que hace al resto, de los miembros habituales sólo eran especialistas en economía Richard Strigl, Gottfried Haberler, Oskar Morgenstern, Helene Lieser y Martha Stefanie Braun. Ewald Schams y Leo Schönfeld, que pertenecían a la misma generación intermedia que Richard Strigl, altamente cualificada, pero que desapareció prematuramente, nunca fueron, que yo sepa, participantes habituales del seminario de Mises. Pero sociólogos como Alfred Schütz,

filósofos como Félix Kaufmann e historiadores como Friedrich Engel-Jánosi también participaban activamente en los debates, que trataban con frecuencia sobre los métodos en las ciencias sociales, y raramente sobre problemas especiales de teoría económica (excepto los de la teoría subjetiva del valor). Sin embargo, se discutía con frecuencia sobre cuestiones de política económica, y siempre bajo el prisma de la influencia sobre dicha política de distintas teorías de filosofía social.

Todo esto parecía ser un conjunto de extrañas distracciones mentales de un

hombre que por el día estaba completamente ocupado con problemas políticos y económicos urgentes, y que estaba mejor informado que la mayoría sobre la política diaria, la historia moderna y los desarrollos ideológicos generales. Ni siquiera yo, que le veía oficialmente casi a diario durante esos años, sabía en qué estaba trabajando: él nunca hablaba de ello. Menos podíamos imaginarnos cuándo escribía físicamente sus obras. Únicamente sabía por su secretaria que de vez en cuando le daba a mecanografiar un texto escrito con la clara caligrafía que le caracterizaba. Pero muchas de sus obras existían sólo

en esa forma manuscrita hasta su publicación, e incluso un importante artículo se creyó perdido por mucho tiempo, hasta que finalmente apareció entre los papeles del editor de un periódico. Nadie supo nada de sus métodos privados de trabajo hasta su matrimonio. No solía hablar de su actividad literaria hasta que había terminado una obra. Aunque él sabía que yo estaba deseoso de ayudarle, sólo una vez, cuando le mencioné que deseaba consultar en la biblioteca un libro sobre los canonistas, me dijo que mirara una cita en esta obra. Al menos en Viena, nunca tuvo un ayudante en su trabajo

literario.

Los problemas de que se ocupaba eran principalmente aquellos sobre los que consideraba que la opinión predominante estaba equivocada. El lector de este libro podría tener la impresión de que tenía algún prejuicio contra las ciencias sociales alemanas como tales. Nada más alejado de la realidad, aunque a lo largo del tiempo había desarrollado una irritación bastante comprensible. Pero valoraba altamente a los grandes teóricos alemanes anteriores, como Thünen, Hermann, Mangoldt o Gossen, más que la mayoría de sus colegas, y les conocía

bastante mejor. Del mismo modo, valoraba entre sus contemporáneos a unas pocas figuras aisladas, como Dietzel, Pohle, Adolf Weber o Passow, así como al sociólogo Leopold von Wiese y, sobre todo, a Max Weber, con quien había establecido una estrecha relación intelectual durante la corta actividad docente de Weber en Viena en la primavera de 1918, que tanto pudo haber significado si Weber no hubiera muerto tan prematuramente. Pero en general no cabe duda de que Mises no sentía sino desprecio por la mayoría de los profesores que ocupaban las cátedras de las universidades alemanas

y pretendían enseñar economía teórica. No exagera cuando describe la enseñanza de la economía por parte de los miembros de la Escuela Histórica. Para ver lo bajo que había caído el nivel del pensamiento teórico en Alemania baste saber que fueron necesarias las simplificaciones y la tosquedad del sueco Gustav Cassel —por otra parte meritorio a este respecto— para encontrar de nuevo audiencia en Alemania para los planteamientos teóricos. A pesar de su exquisita cortesía en sociedad y su gran autocontrol habitual (que también podía perder en ocasiones), Mises no era

hombre capaz de disimular con éxito su desprecio.

Esta manera de ser le llevó a un creciente aislamiento entre la mayoría de los economistas profesionales y entre otros círculos de Viena con los que tenía contactos académicos y profesionales. Se aisló de su grupo y de sus compañeros de estudios cuando se apartó de las ideas avanzadas en política social. Veinticinco años después, aún puedo sentir la sensación de ira que produjo su aparente ruptura repentina con los ideales imperantes entre la juventud universitaria de los primeros años del siglo, cuando su

compañero de estudios F. X. Weiss (el editor de los escritos breves de E. Böhm-Bawerk) me contó los hechos con mal disimulada indignación, obviamente para prevenirme contra una traición similar de los valores «sociales» y contra una excesiva simpatía por un liberalismo «trasnochado».

Si Carl Menger no hubiera envejecido relativamente pronto y Böhm-Bawerk no hubiera muerto tan joven, Mises habría probablemente hallado apoyo en ellos. Pero el único superviviente de la antigua escuela austriaca, mi venerado maestro Friedrich von Wieser, era más bien un

«fabiano», orgulloso de haber proporcionado, como creía, una justificación científica al impuesto progresivo sobre la renta con su desarrollo de la teoría de la utilidad marginal.

El regreso de Mises al liberalismo clásico no fue sólo una reacción a una tendencia imperante. Carecía completamente de la adaptabilidad de su brillante compañero de seminario Joseph Schumpeter, que se adaptaba siempre rápidamente a las modas intelectuales de cada momento, así como de la afición de Schumpeter a *épater le bourgeois*. En realidad, siempre me ha

parecido que estos dos economistas, los representantes más importantes de la tercera generación de los principales economistas austriacos (difícilmente puede considerarse a Schumpeter como miembro en sentido estricto de la Escuela Austríaca), a pesar del respeto intelectual que ambos se tenían, se exasperaban mutuamente.

En el mundo de hoy, Mises y sus discípulos son justamente considerados como representantes de la Escuela Austríaca, aunque Mises representa solamente una de las tendencias en las que las teorías de Menger habían sido divididas por sus discípulos, Eugen von

Böhm-Bawerk y Friedrich von Wieser, que eran grandes amigos personales. Admito esto con algunas dudas, ya que había puesto grandes esperanzas en que el sucesor de Wieser, Hans Mayer, progresara en la tradición de su maestro. Estas esperanzas no se han visto aún cumplidas, aunque esta tendencia puede aún revelarse más fructífera de lo que ha sido hasta ahora. La Escuela Austríaca que está hoy en actividad, casi exclusivamente en los Estados Unidos, está compuesta por los seguidores de Mises y está basada en la tradición de Böhm-Bawerk, mientras que el hombre en el que Wieser había depositado tan

grandes esperanzas y que le había sucedido en su cátedra nunca cumplió realmente su promesa.

Debido a que nunca ocupó una cátedra de su especialidad en el mundo de habla alemana y a que tuvo que dedicar la mayor parte de su tiempo a actividades ajenas a las académicas hasta bien cumplidos los cincuenta, Mises siguió siendo un extraño en el mundo universitario. Otras razones contribuyeron también a aislarle en su posición en la vida pública como representante de un gran proyecto social y filosófico. A un intelectual judío que defendiera las ideas socialistas se le

respetaba su puesto en la Viena del primer tercio de este siglo, puesto que se le reconocía prácticamente por rutina. Del mismo modo, el banquero u hombre de negocios judío que defendiera (por desgracia) el capitalismo, tenía también sus derechos naturales. Pero un intelectual judío que defendía el capitalismo parecía a la mayoría una especie de monstruosidad, algo no natural, que no podía clasificarse y a lo que no se sabía cómo tratar. Su conocimiento de la materia, que nadie le discutía, era impresionante, y uno no podía evitar consultarle en situaciones económicas críticas, pero raramente sus

consejos eran comprendidos y seguidos. En general, se le consideraba como una especie de excéntrico, cuyas ideas «pasadas de moda» eran impracticables «hoy». El hecho de que hubiera construido él mismo su propia filosofía social a lo largo de años de duro trabajo era comprendido sólo por muy pocos y quizás no pudiera ser entendido por observadores a distancia hasta 1940, cuando presentó por primera vez en su *Nationalökonomie* su sistema ideológico en toda su amplitud; pero ya no pudo llegar a los lectores en Alemania y Austria. Aparte del pequeño círculo de jóvenes teóricos que se

reunían en su despacho y de algunos amigos altamente dotados en el mundo de los negocios que tenían las mismas preocupaciones por el futuro y que son mencionados en sus memorias, sólo encontraba verdadera comprensión entre algunos visitantes extranjeros ocasionales, como el banquero de Fráncfort Albert Hahn, de cuyo trabajo sobre teoría económica se sonreía como de un pecado de juventud.

Sin embargo, no siempre se lo ponía fácil a sus partidarios. Los argumentos con los que apoyaba sus impopulares puntos de vista no siempre eran totalmente definitivos, aunque mediante

alguna reflexión podía comprobarse que estaba en lo cierto. Pero cuando estaba convencido de sus conclusiones y las había presentado en un lenguaje claro y preciso —don que poseía en alta medida —, creía que eso debía convencer también a los demás, y que sólo los prejuicios y la testarudez impedían el entendimiento. Había carecido durante demasiado tiempo de la oportunidad de discutir problemas con sus iguales intelectualmente que compartieran sus convicciones morales básicas, como para darse cuenta de que incluso pequeñas diferencias en las hipótesis implícitas pueden conducir a resultados

muy distintos. Esto se manifestaba en una cierta impaciencia que podía fácilmente interpretarse como falta de voluntad de entender, mientras que en realidad se trataba de una falta de comprensión verdadera de sus argumentos.

Debo admitir que a menudo yo mismo no creía al principio que sus argumentos fuesen completamente convincentes, y sólo me iba dando cuenta lentamente de que él tenía razón en lo principal, y de que, después de cierta reflexión, podía encontrarse una justificación que él no había explicitado. Y hoy en día, habida cuenta del tipo de

batallas que tuvo que librar, comprendo también que se viera arrastrado a algunas exageraciones, como la del carácter apriorístico de la teoría económica, en la que no pude estar de acuerdo con él.

Para los amigos de Mises de los últimos años, después de que su matrimonio y el éxito de sus actividades en América hubieran contribuido a suavizarle, los bruscos estallidos en sus memorias, escritas en su época de mayor amargura y desesperanza, pueden constituir una sorpresa. Pero el Mises que se expresa en estas páginas es sin duda el Mises que conocimos en la

Viena de los años 20, desde luego sin el tacto y la reserva que desplegaba en sus intervenciones orales, sino con la abierta y honesta expresión de lo que sentía y pensaba. En cierta medida, ello puede explicar su ostracismo, aunque no pueda servir de excusa. Nosotros, que le conocíamos bien, estábamos dolidos a veces por el hecho de que no consiguiera una cátedra, aunque en el fondo no nos sorprendía. Había criticado demasiado a los representantes de la profesión en la que pretendía ingresar como para ser aceptado por ellos. Y Mises combatía contra una corriente intelectual que ahora está

empezando a remitir, pero que entonces era demasiado poderosa para que un individuo aislado pudiera resistirla con éxito.

Los vieneses nunca llegaron a entender que tenían entre ellos a uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo.

FRIEDRICH A. HAYEK
Lisboa, mayo de 1977

1. *El historicismo*

La primera fuente de mi aprendizaje político e histórico fue la revista de la pequeña burguesía alemana, la *Gartenlaube*. En 1888, «el año de los tres emperadores», sus fascículos contaban con abundantes ilustraciones la historia de la vida de los dos emperadores apenas fallecidos. No tenía aún siete años, y ya devoraba con avidez estos artículos.

La concepción histórica en que se inspiraba la revista me resultó clara

algunos años más tarde, a través de la lectura de las obras de los historiadores partidarios de la «Pequeña Alemania». Como austriaco, no me resultaba difícil reconocer las prevenciones de estos autores; muy pronto comencé también a descubrir aquellos métodos de tratar la materia que alguien definió brutalmente «falsificación de la historia». Por lo demás, los partidarios de la idea de la «Gran Alemania» no eran ciertamente más objetivos y rigurosos. Sólo eran más ineptos.

Cuando terminé los estudios medios me sentí atraído más por los problemas de la historia económica, administrativa

y social que por los de la historia política. Por ello decidí estudiar no historia, como desde hacía tiempo había proyectado, sino derecho. En aquella época el plan de estudios de la facultad de derecho de las universidades austriacas contemplaba de los tres a los cuatro semestres entre ocho dedicados exclusivamente a la historia del derecho; los otros cuatro-cinco semestres se reservaban al estudio de la economía política y al derecho público. Tal vez la facultad de derecho ofrecía al historiador mayores oportunidades que la de filosofía. Los historiadores ‘políticos’ que enseñaban en esta eran

de tercer o cuarto orden. Al único historiador que Austria haya producido, Heinrich Friedjung, se le negó siempre el acceso a la carrera académica. El fuerte de la enseñanza histórica en la Universidad de Viena era el estudio de la paleografía.

En aquella época, en tomo a 1900, el historicismo estaba en su apogeo. El método histórico se consideraba el único método científico de las ciencias de la acción humana. El 'economista historiador' miraba con inefable presunción, desde lo alto de su serenidad histórica, a los 'teóricos ortodoxos'. La historia económica era la

ciencia de moda. Schmoller era considerado el gran maestro de las ciencias económico-sociales, a cuyo seminario afluían de todas partes del mundo jóvenes entusiastas.

Estaba aún en el bachillerato cuando me impresionó una contradicción en la actitud de los seguidores de Schmoller. Por un lado, la Escuela schmolleriana combatía la instancia positivista de una ciencia de la realidad social basada en leyes obtenidas de la experiencia histórica; pero, por otro, sostenía que la teoría económica debe obtenerse por abstracción de la experiencia histórico-económica. Me parecía asombroso que

no se dieran cuenta de esta incoherencia.

Un segundo aspecto sobre el que no estaba de acuerdo era el relativismo de la Escuela, que en muchos de sus representantes degeneraba en una ciega veneración del pasado y de sus instituciones. Si en otro tiempo muchos fanáticos del progreso habían juzgado negativamente y condenado todo lo que fuera viejo, ahora este pseudohistoricismo rechazaba todo lo que fuera nuevo, para exaltar en cambio en desmesura lo viejo. Por entonces no había comprendido aún la importancia del liberalismo, y sin embargo no conseguía ver un argumento contra él en

la circunstancia de que el liberalismo fuera una conquista del siglo XIX y que fuera desconocido en épocas anteriores. No lograba comprender cómo era posible justificar 'históricamente' y en una perspectiva 'relativista' a tiranos, superstición e intolerancia, y consideraba una desvergonzada falsificación histórica el intento de indicar al mundo contemporáneo, como modelo, la moral sexual del pasado. El colmo se alcanzaba en el campo de la historia de la Iglesia y de la religión, en el cual católicos y protestantes se esforzaban con el mayor celo en ocultar todo lo que no casaba con su credo

(véase el modo de narrar la historia brandeburgo-prusiana desde el ‘gran’ príncipe electoral al ‘gran’ rey).

Por suerte, del partidismo de la historiografía prusiana se apartaba, por lo menos en un punto, la honestidad de los historiadores austriacos del derecho. En las cinco horas de lecciones sobre la historia del derecho austriaco, obligatorias para los estudiantes de derecho del primer semestre, el profesor Sigmund Adler trataba la historia de la falsificación del *Privilegium Maius*, por parte del duque Rodolfo IV de Habsburgo, con una profundidad tal que podía hacer frente a la crítica más

rigurosa. Apenas unos decenios más tarde, Ernst Karl Winter tendrá la audacia de edulcorar este capítulo del pasado austriaco, y de descubrir en el príncipe prematuramente desaparecido un «socialista», en cuanto a socialismo, superior incluso a Federico Guillermo I, el ídolo socialista de los partidarios de la «Pequeña Alemania».

No conseguía explicarme cómo de la afirmación de la existencia de la propiedad colectiva de la tierra en los siglos oscuros de la prehistoria podía sacarse un argumento contra el mantenimiento de la propiedad individual, y cómo podía rechazarse la

monogamia y la familia sólo porque en otros tiempos se había vivido en régimen de promiscuidad. Consideraba tales razonamientos simplemente absurdos.

Menos aún lograba comprender el punto de vista opuesto, que a veces —¡casualmente!— era defendido por las mismas personas: es decir, que todo lo que indicara desarrollo pudiera identificarse inmediatamente con progreso, que fuera un desarrollo superior y por lo tanto justificado éticamente. Con el historicismo mendaz de esta Escuela nada tenía en común el honesto relativismo de los historiadores

guiados exclusivamente por la pasión del saber. Pero, desde el punto de vista lógico, carecía igualmente de fundamento. Según esta concepción, no existiría diferencia entre una política conforme y otra no conforme al fin. Lo que existe es el dato, y el único modo de considerar las cosas que se le permite al historiador es el de no juzgarlas, sino aceptarlas, como hace el científico frente a los fenómenos de la naturaleza.

No es preciso gastar muchas palabras para demostrar la insensatez de este criterio que aún hoy comparten muchos economistas. Ciertamente no es tarea y vocación de la ciencia formular

juicios de valor. Pero también es cierto que una de las funciones de la ciencia —mejor dicho, según una mayoría, el único— consiste en decirnos si los medios que empleamos para alcanzar un fin son o no apropiados. El científico de la naturaleza no formula juicios de valor sobre la naturaleza, pero nos explica a los mortales qué medios tenemos que emplear si queremos alcanzar determinados fines. Las ciencias de la acción humana no tiene la función de valorar los fines de la acción, sino la de examinar, bajo el perfil de la conveniencia, los medios y los métodos que pueden emplearse para alcanzar

tales fines.

Discutí a menudo estas cuestiones con Ludo Hartmann, y con posterioridad también con Max Weber y Alfred Francés Pribram. Los tres eran de tal modo esclavos del historicismo que les resultaba realmente difícil admitir lo acertado de mi punto de vista. Al final, en Hartmann y en Weber, el temperamento pasional, que les impulsaba a participar en la política activa, acabó imponiéndose a sus dudas filosóficas. Pribram, por su parte, que no tenía estos impulsos activistas, permaneció fiel a su quietismo agnóstico. De él podría decirse lo que

Goethe dice de la esfinge:

> Sentadas ante las pirámides,
> en el alto tribunal de los pueblos,
> somos árbitros de las inundaciones,
> de la guerra y de la paz.
> Nuestro rostro permanece impasible.
>
> *Fausto*, 2.ª Parte, acto II:
> *Noche de Walpurgis clásica*

Lo que yo más reprochaba a los historiadores que se inspiraban en la idea de la «Pequeña Alemania» era la

concepción burdamente materialista del poder. Para ellos, poder significaba bayonetas y cañones, y llamaban *Realpolitik* a una política que sólo tenía en cuenta los factores militares. Todo lo demás eran ilusiones, idealismo y utopismo. Jamás comprendieron la célebre enseñanza de Hume, quien advertía que todo gobierno se apoya en la *opinión*. Bajo este aspecto, también su mayor adversario, Heinrich Friedjung, pensaba lo mismo. Pocos meses antes del estallido de la revolución rusa, me dijo: «No comprendo cuando me hablan del estado de ánimo de las masas rusas y de la

ideología revolucionaria de la que está empapada la intelectualidad rusa. Todo esto me parece demasiado vago e indeterminado. No son estos los factores decisivos; el factor decisivo es la voluntad de los jefes de Estado y los planes que deciden poner en práctica». Lo cual no era muy distinto de la mezquina concepción del policía Schreber (convertido después en canciller austriaco), el cual, a finales de 1915, comunicó a sus superiores que no creía en absoluto en la eventualidad de una revolución en Rusia: «¿Quién habría de hacer esta revolución? ¿Ese señor Trotzki que se pasaba todo el día

leyendo periódicos en el Café Central?».

En la facultad vienesa sólo había, en 1900, un historiador de la economía del que pudiera decirse que pertenecía a la orientación historiográfica alemana, y era Carl Grünberg, que había trabajado con Knapp para un periódico de Estrasburgo, publicando más tarde un libro sobre la política del gobierno austriaco para con los campesinos de los Sudetes[31]. En la forma, en la exposición y en el método con que se elaboraba el material historiográfico, la obra seguía servilmente el libro de Knapp sobre las antiguas provincias del

Estado prusiano[32]. No era historia económica, y ni siquiera historia administrativa. Era simplemente un montón de documentos, una exposición de la política tal como se reflejaba en los documentos; una cosa así habría podido escribirla perfectamente cualquier funcionario ministerial.

La ambición de Grünberg era fundar en Viena un centro de investigación de historia económica según el modelo creado por Knapp en Estrasburgo. Los estudios de los alumnos de Knapp se ocupaban por entonces de la emancipación de los campesinos en los distintos territorios alemanes, y

Grünberg proyectaba para sus propios alumnos la historia de la emancipación de los campesinos en las distintas provincias de Austria. Fue él quien me impulsó a estudiar la historia de la relación campesinos-amos en las fincas de la Galizia. Traté de desembarazarme, en lo posible, de la estricta observancia del esquema knapperiano, pero sólo en parte lo conseguí, de modo que mi ensayo, publicado en 1902, no se refería tanto a la historia económica como a la historia de las medidas estatales. Tampoco un segundo ensayo histórico que escribí en 1905, con independencia de Grünberg, mejor dicho contra su

consejo, era mucho mejor; se titulaba «Zur Geschichte der österreichischen Fabriksgesetzgebung», y exponía, en particular, la legislación austriaca en materia de limitación del trabajo de los menores.

Mientras empleaba gran parte de mi tiempo en estos trabajos, hacía proyectos de investigaciones mucho más ambiciosas, que fueran auténtica historia económica y social y no una recogida de documentos. Pero jamás conseguí realizar tales proyectos. Después de completar los estudios universitarios, no tuve ya tiempo para trabajar en archivos y bibliotecas.

El gran interés por las lecciones de la historia no me abandonó nunca y, precisamente por esto, pude comprender muy pronto los fallos del historicismo alemán. A este historicismo no le interesaban los problemas científicos, sino que se preocupaba únicamente de magnificar y justificar la política prusiana y del régimen autoritario prusiano. Las universidades alemanas eran instituciones estatales y sus profesores funcionarios públicos. La sensibilidad de los profesores era la de los funcionarios del Estado, es decir de los servidores del rey de Prusia. Si acaso hacían uso de su independencia,

para dirigir alguna crítica a la actuación del gobierno, ello podía revestir a lo sumo el significado de una manifestación de esa costumbre de refunfuñar que es el pan de cada día de los cuerpos militares y burocráticos.

La forma en que se trataban en la universidad las ciencias económico-sociales no podía menos de producir rechazo en cualquier joven inteligente y animado por el sagrado fuego del conocimiento, al tiempo que ejercía una fuerte atracción sobre los débiles. No era difícil acudir a un archivo y pergeñar una chapuza de ensayo histórico hojeando varias pilas de

documentos. Muy pronto la mayor parte de las cátedras fueron ocupadas por personas que, según los parámetros de valoración vigentes en las profesiones liberales, habrían sido clasificados como sujetos de inteligencia limitada. Conviene tener presente todo esto si se quiere comprender cómo hombres como Werner Sombart lograron conquistar tanto crédito. Era ya un mérito no ser completamente obtusos e ignorantes.

La enseñanza universitaria de una ciencia *a priori* plantea especiales problemas si se mantiene el principio de que quien enseñe debe practicar también la investigación. En todos los campos,

son siempre pocos los hombres capaces de aumentar el patrimonio espiritual heredado. Pero en las ciencias experimentales *a posteriori*, ambos grupos, los pioneros y los seguidores, trabajan con los mismos medios, de forma que exteriormente no hay entre ellos ninguna separación. Cualquier profesor de química puede en su laboratorio compararse a un gran pionero, y su indagación no se diferencia en modo alguno de la de este último, aunque sus méritos para la ciencia sean muy modestos. En cambio, en la filosofía, en la economía política y —en cierto sentido— también en la

matemática, el caso es distinto. Si se quiere vincular el acceso a la enseñanza académica de la economía política a la condición de que el candidato haya enriquecido dicha ciencia con sus propias investigaciones, apenas podrían hallarse en todo el mundo una docena de profesores. De ahí que, si se reconoce la habilitación a la enseñanza sólo a quien ha desarrollado una investigación autónoma, haya que considerar válida también la investigación llevada a cabo en campos afines. Pero así se condiciona el nombramiento a una cátedra de economía política a la actividad desarrollada en otros campos:

historia de las ideas y de las teorías, historia económica y en especial historia económica del pasado más reciente, que erróneamente se considera como una manera de ocuparse de los problemas económicos del presente.

La ficción que en la república de las letras hace que se consideren iguales todos los profesores no tolera que el personal docente de economía política se divida en dos clases netamente distintas: la de quienes son economistas en sentido propio y la de quienes, en cambio, provienen de la historia económica descriptiva. Los complejos de inferioridad de los 'empíricos' les

impulsan a luchar contra la teoría.

Esta lucha revistió en Alemania (pero luego también en otros países) una connotación nacionalista. En la primera mitad del siglo XIX, los profesores alemanes habían sido, en el mejor de los casos, simples transmisores de las teorías de los economistas ingleses. Sólo unos pocos, entre ellos Hermann y Mangoldt, merecen un puesto en la historia de la economía política. La Vieja Escuela histórica fue una rebelión contra el espíritu de Occidente, y la Joven Escuela histórica introdujo ya en esta lucha todos los argumentos con los que los nacionalsocialistas propugnarían

más tarde el rechazo de las ideas occidentales. Estos profesores estaban realmente eufóricos cuando podían sustituir la mala teoría inglesa por la única remozada teoría alemana. El último economista inglés del que los profesores alemanes conocían aún algo era John Stuart Mill: era el «epígono» de los odiados economistas clásicos, pero se le podía atribuir el mérito de haber presagiado muchas de las grandes ideas de la economía política alemana.

La Escuela histórica de economía no ha producido ni una sola idea. En la historia de las ciencias no ha escrito una sola página. Durante ochenta años ha

hecho una intensa propaganda a favor del nacionalsocialismo, y las ideas de esta propaganda sólo las heredó, no las creó. Sus investigaciones históricas son totalmente inadecuadas desde el punto de vista metodológico y tienen a lo sumo un significado como indigestas ediciones de material historiográfico. Pero lo peor es la mendacidad y la consciente deshonestidad de la Escuela. Se trata de una miserable literatura tendenciosa, cuyos autores han mirado siempre hacia arriba para recibir la inspiración de los señores del ministerio. Y conviene decir que, en los límites de sus estrechas posibilidades,

los profesores trataron de servir a sus patrocinadores: primero los Hohenzollern, luego los marxistas, y al final Hitler. La formulación más acertada de su credo la dio Sombart cuando definió a Hitler como portador de una misión divina, ya que «toda autoridad viene de Dios».

La mayor aportación del historicismo, la teoría de la historia de la Escuela de Badén, fue obra de otros hombres. Quien llevó a cabo esta obra, Max Weber, luchó durante toda su vida contra cualquier pseudohistoricismo alemán.

2. *El estatalismo*

En torno a 1900, en el área de lengua alemana, prácticamente todos eran intervencionistas y partidarios del socialismo de Estado. El capitalismo era visto como un desgraciado episodio de la historia, pero que por suerte había sido definitivamente superado. El futuro pertenecía al Estado. El Estado —se decía— se haría con todas las empresas susceptibles de ser estatizadas y regularía las demás empresas de tal

modo que los empresarios ya no pudieran explotar a los trabajadores y a los consumidores. Puesto que ignoraban completamente la economía política, los intervencionistas no eran capaces de comprender el problema que plantea el intervencionismo. Si lo hubieran comprendido, habrían defendido sin más el socialismo de Estado. Y así, el programa no permitía entender claramente si se quería el intervencionismo o el socialismo de Estado.

En este aspecto, el programa de la Socialdemocracia era mucho más claro. Los marxistas, en teoría, rechazaban el

intervencionismo estatal, calificándolo de reformismo pequeño-burgués; pero en la práctica propugnaban un programa de reformas que acogía cualquier especie de reformismo. Ya desde hacía tiempo habían convertido al sindicado en centro de su actividad —superando de este modo las dudas que Marx y sus coherentes seguidores habían suscitado respecto a las asociaciones de categoría —, pero cuidándose muy mucho al mismo tiempo de no ceder ni una coma en la ortodoxia del maestro. El intento de Bernstein de revisar la teoría en orden a atenuar el estridente contraste entre el marxismo y la praxis del partido

fue rechazada por este. Pero la victoria de los ortodoxos no fue completa. Un grupo revisionista resistió, y halló expresión en los *Sozialistiche Monatshefte*.

El Partido Social-Demócrata se oponía a los «burgueses» no tanto en razón del programa económico del partido, como porque dicho programa era demasiado simplista y porque denunciaba todos los hechos que no encajaban en su esquema socialista. Daba por descontado que todo el mal del mundo brota del capitalismo y que desaparecería con la transición al socialismo. Consideraba el alcoholismo

como producto del capital productor de alcohol, la guerra como producto del capital productor de armas, y la prostitución un fenómeno exclusivo de la sociedad burguesa. La religión era simple invención de los curas para doblegar a los proletarios. La escasez de bienes económicos se debía exclusivamente al capitalismo, mientras que el socialismo produciría riquezas insospechadas para todos. Para los «burgueses», nada era más inquietante que el punto del mensaje socialdemócrata que hablaba de amor libre.

Todos, sin embargo, advertían que

en el programa socialdemócrata había un «núcleo legítimo», que consistía en la exigencia de una reforma social y en las instancias de socialización. Todos los gobiernos y todos los partidos políticos estaban en esto empapados de espíritu marxista. Lo que les separaba del programa del partido socialdemócrata era el hecho de que por su parte no pensaban en una expropiación formal de todos los propietarios y en una gestión puramente burocrática de todas las empresas por parte del Estado. Su socialismo no era el de Lenin, que quería organizar todas las empresas según el modelo de Correos, sino un

socialismo que correspondía a la economía dirigista del programa de Hindenburg del segundo periodo de la Primera Guerra Mundial y al socialismo 'alemán' de Hitler. Formalmente se respetarían la propiedad privada y la actividad empresarial, pero la dirección de la economía en su conjunto debería obedecer a las directrices de la autoridad central. Entre otras cosas, los socialistas cristianos querían asignar a la Iglesia una posición privilegiada, mientras que los socialistas de Estado quería conceder esa posición a la monarquía y al ejército.

También yo, cuando inicié los

estudios universitarios, era un intervencionista convencido. Pero al mismo tiempo era —y esto me diferenciaba de mis colegas— un convencido antimarxista. Por entonces conocía poco de los escritos de Marx. Pero conocía los más importantes de Kautsky, era un lector asiduo de la *Neue Zeit*, y había seguido con mucho interés la polémica sobre el revisionismo. Me repugnaban las insulseces de la literatura marxista, y Kautsky me parecía incluso estúpido. Cuando luego pasé al estudio a fondo de las obras de Marx, de Engels y de Lassalle, no había página que no me sugiriera objeciones. Me

parecía inconcebible que este hegelismo, empeorado en el intento de mejorarlo, pudiera tener tanta influencia. Sólo más tarde me percaté de que en el partido marxista había dos grupos: el de quienes jamás habían estudiado a Marx o que sólo conocían algún pasaje popular de sus libros; y el de quienes, aparte de sus libros escolares, sólo conocían a Marx, o que, como autodidactas, sólo habían leído escritos de Marx, ignorando toda la literatura mundial. Al primer grupo pertenecía, por ejemplo, Max Adler, cuyo conocimiento de Marx se limitaba a las pocas páginas en que Marx desarrolla la

«teoría de la sobreestructura». El segundo grupo contaba sobre todo con los europeos orientales, que habían encontrado en el marxismo su guía espiritual.

A lo largo de mi vida he conocido a casi todos los teóricos marxistas de la Europa occidental y central, pero sólo uno de ellos se destacó por encima del nivel medio, que era más bien modesto. Esta persona era Otto Bauer. Hijo de un rico industrial del norte de Bohemia, había recibido en el instituto de Reichenberg la influencia de quien dos décadas antes había conducido a Heinrich Herkner a las ideas de la

reforma social. Cuando se matriculó en la Universidad de Viena, era un marxista convencido. Dotado de una incansable capacidad de trabajo y de una brillante inteligencia, dominaba perfectamente la filosofía idealista alemana y la economía política clásica. Su excepcional cultura histórica abarcaba también la historia de los pueblos eslavos y orientales, y estaba muy bien informado sobre el estado de la investigación en el campo de las ciencias naturales. Era también un excelente orador, capaz de captar fácil y rápidamente y de tratar los problemas más difíciles. Ciertamente no había

nacido para abrir nuevos caminos, ni de él se podían esperar nuevas teorías o ideas originales; pero habría podido convertirse en un estadista, si no hubiera sido marxista.

Desde joven se había prometido ser siempre fiel a su convencimiento marxista, sin concesiones al reformismo y al revisionismo, y no convertirse jamás en un [Alexandre] Millerand o un [Johan von] Miquel. Nadie debía superarle en radicalismo marxista. A reforzar esta decisión contribuyó luego su mujer, Helene Gumplowicz. Y hasta el invierno de 1918-19 se atuvo fielmente a este propósito, es decir hasta

el momento en que conseguí convencer al matrimonio Bauer de que un experimento bolchevique en Austria habría llevado inevitablemente y en muy poco tiempo, incluso en unos días, a la catástrofe. Austria dependía del exterior para la importación de bienes de primera necesidad, la cual era entonces posible exclusivamente por los créditos concedidos por los ex-enemigos. En los primeros meses que siguieron al armisticio, en Viena no hubo nunca una reserva de bienes suficiente para cubrir las necesidades de más de ocho o al máximo diez días. En poco tiempo los aliados, sin mover un dedo, habrían

podido obligar a la capitulación a cualquier régimen bolchevique de la capital. Eran muy pocas las personas en Viena que conocieran perfectamente esta situación. Los demás, en todos los ambientes, estaban tan convencidos de la ineluctabilidad del bolchevismo que sólo se preocupaban de asegurarse una buena posición en el próximo régimen. La Iglesia católica y sus seguidores del partido cristiano-social estaban dispuestos a adaptarse al bolchevismo con el mismo celo con que obispos y arzobispos se aproximarían veinte años más tarde al nacionalsocialismo. Los directores de banco y los grandes

industriales esperaban ser acogidos como ‘directores de empresa’ en el régimen bolchevique. Un tal señor Günther, consejero industrial del *Bodenkreditanstalt*, dijo a Otto Bauer, en mi presencia, que preferiría ponerse al servicio no ya de los accionistas sino del pueblo. Podemos formarnos una idea del efecto de semejante declaración, si tenemos en cuenta que este individuo era considerado —desde luego sin fundamento— como el mejor organizador industrial de Austria.

Sabía qué era lo que se jugaba. El bolchevismo en Viena habría llevado en pocos días al hambre y al terror, y no

habrían tardado las bandas de saqueadores de todo tipo en irrumpir para ahogar en un nuevo baño de sangre los restos de la civilización vienesa. Pasé noches enteras discutiendo con los Bauer de estos problemas, hasta que conseguí convencerlos. La actitud moderada de Bauer fue entonces decisiva para el destino de Viena.

Bauer era demasiado inteligente para no darse cuenta de que yo tenía razón. Y, sin embargo, jamás me ha perdonado el haberle convertido en un Millerand. Los ataques de los bolcheviques le rozaron muy cerca. Pero su odio se dirigió no contra sus

enemigos sino contra mí. Era una persona capaz de fuertes odios, y eligió un medio mezquino para aniquilarme. Trató de enfrentarme con los profesores y los estudiantes nacionalistas de la Universidad de Viena. Pero la treta no resultó. Desde entonces no he vuelto a cambiar una palabra con los Bauer. Pero siempre he conservado una buena opinión de la personalidad de Otto Bauer. Cuando, durante los conflictos de febrero de 1934, el ministro Fey declaró en la radio que Bauer había estafado a los obreros y había huido al extranjero con la caja del partido, consideré esta declaración como una difamación.

Jamás lo habría considerado capaz de semejante vileza.

En los dos primeros semestres de los años universitarios formé parte del *Sozialwissenschaftlicher Bildungsverein*, una asociación estudiantil que se ocupaba de problemas económicos y sociológicos, y de la que también formaban parte personas de más edad, que tenían interés en mantener contactos con los estudiantes. Lo dirigía entonces Michael Hainisch, el futuro jefe del Estado, y de ella formaban parte personas de todos los partidos. Con frecuencia asistían a nuestros debates los historiadores Ludo Hartmann y Kurt

Kaser; entre los directivos socialdemócratas, Karl Renner mostró especial interés por nuestro círculo. Entre los estudiantes recuerdo especialmente a Otto Weininger y a Friedrich Otto Hertz. A partir del tercer trimestre, fui perdiendo interés por el círculo. Pensaba que la participación en sus actividades me hacía perder demasiado tiempo.

Me dediqué con gran entusiasmo a los estudios de política económica y social. Al principio devoré todo lo que encontré de los escritos de los reformistas sociales. Pensaba que si una medida de política social no daba los

resultados esperados, la razón sólo podía ser que esa medida no era suficientemente radical. En el liberalismo, que se oponía a la reforma social, percibía una visión del mundo ya superada que había que combatir enérgicamente.

Las primeras dudas sobre las excelencias del intervencionismo las tuve cuando, durante el quinto semestre de mis estudios universitarios, por sugerencia del profesor Philippovich, tuve que hacer una investigación sobre la situación de la vivienda, y luego, en el semestre siguiente, otra investigación para el seminario del profesor Löffler

sobre las transformaciones de las normas que regulaban el trabajo doméstico, en relación con el derecho del amo (vigente aún en aquella época) de propinar castigos corporales a los sirvientes. Empecé entonces a comprender claramente que todo lo que realmente había contribuido a elevar la condición de las clases trabajadoras se debía al capitalismo y que las leyes de política social a menudo provocaban lo contrario de lo que el legislador pretendía conseguir con ellas.

Pero sólo el estudio de la economía política me permitió conocer la verdadera naturaleza del

intervencionismo.

En 1908 entré a formar parte de la *Zentralstelle für Wohnungsreform* [Centro para la reforma de la vivienda], una asociación de quienes querían trabajar para la mejora de la situación de la construcción residencial austriaca, entonces muy precaria. Muy pronto se me encargó, como sucesor del profesor Robert Mayer, nombrado ministro de Hacienda, de redactar el informe para la proyectada reforma de los impuestos sobre las construcciones.

Las pésimas condiciones de la vivienda en Austria se debían a una circunstancia concreta: el hecho de que

la legislación fiscal hacía imposible que el gran capital y los empresarios invirtieran en el sector de la construcción de viviendas. Austria era un país que no conocía la especulación inmobiliaria. Los exorbitantes impuestos sobre las sociedades anónimas y la elevada incidencia de los impuestos sobre la compraventa de inmuebles impedía a quienes tuvieran capitales que invertir entrar en el mercado de la vivienda y contribuir así a satisfacer la demanda en el sector. La única manera de remediar esta situación era comenzar a revisar el impuesto sobre las sociedades anónimas y sobre la

compraventa de viviendas. Pero nadie estaba dispuesto a hacerlo. El odio contra el gran capital y contra la especulación estaba demasiado arraigado.

También los impuestos sobre la renta de los propietarios de casas eran extremadamente elevados. En Viena, entre impuestos estatales, regionales y municipales, se superaba el 40 por ciento de la renta bruta sobre las viviendas. Era esta presión fiscal la que alimentaba la rebelión de los propietarios de casas y de los constructores, que la consideraban responsable del alto precio de los

alquileres. Los primeros eran en su mayor parte pequeños comerciantes, que habían invertido sus propios ahorros en la compra de un piso con una hipoteca de la Caja de ahorros del 50 por ciento del valor, normalmente sobrevalorado. Los segundos eran en su mayor parte artesanos con escasos capitales, que construían por cuenta de estas personas o bien por cuenta propia, para tratar de vender una vez concluida la construcción. Ambos grupos, los propietarios y los constructores, tenían una gran influencia política con la que esperaban conseguir una importante reducción de los impuestos sobre

alquileres.

Una reducción de los impuestos sobre las rentas inmobiliarias ya existentes no reduciría los alquileres, pero ciertamente aumentaría en igual medida la renta de los inmuebles y su valor de mercado. Naturalmente, Hacienda trataría de compensar la pérdida de ingresos mediante una mayor presión fiscal en otros sectores. Y, por consiguiente, una reforma de este tipo daría origen a nuevos impuestos para compensar las reducciones a favor de los propietarios de casas.

No fue fácil conseguir que todos aceptaran este planteamiento. Mi

informe suscitó inicialmente perplejidad incluso en el seno de la Comisión de Hacienda de la *Zentralstelle*. Pero al final fue aprobado con amplia mayoría.

La actividad que desarrollé en la *Zentralstelle*, que fue bastante intensa hasta el estallido de la guerra, me dio grandes satisfacciones. Junto a Robert Mayer, trabajaron en ella muchos economistas de primera fila, por ejemplo los hermanos Karl y Ewald Pribram, Emil von Führt, Paul Schwartz, Emil Perels y Rudolf Maresch.

Sobre un único punto estuve siempre en desacuerdo con los demás colaboradores. Ligada a la

Zentralstelle, existía una *Keiser-Franz-Joseph-Jubilaums-Stiftung*, una fundación para el fomento de la construcción de viviendas populares, creada con ocasión del cincuenta aniversario del emperador Francisco José, y dotada de notables recursos financieros. Con estos medios se financiaba también la construcción de dos proyectos destinados a facilitar vivienda a jóvenes solteros. Pensaba yo que esto era superfluo. Los jóvenes de estas clases de renta vivían de ordinario en subarriendo en familias. Algunos veían en esta estrecha promiscuidad un peligro de orden moral. Por mi parte,

basándome en las experiencias obtenidas de las investigaciones que había realizado para Philippovich y Löffler, a las que ya me he referido, pensaba de otro modo. De esta promiscuidad nacían ciertamente a veces relaciones íntimas, que por lo general acababan en matrimonio. Una investigación realizada por el ejército de buenas costumbres de Viena puso de relieve que muy pocas muchachas encuestadas denunciaron como primer seductor el ‘inquilino’ o ‘pensionista’. Por el contrario, el experto ponente de la policía indicaba precisamente los pisos de los jóvenes solteros como

focos de homosexualidad. Consideré, pues, por lo menos superfluo destinar los fondos disponibles a financiar semejantes iniciativas.

Pero no me salí con la mía. Por lo demás, el resultado de la discusión carecía de importancia: se ocupó la guerra de hacer imposible la ulterior construcción de tales viviendas. En una de estas vivía por entonces Adolf Hitler.

3. *El problema austriaco*

El Estado plurilingüístico de los Habsburgo habría podido desempeñar una gran función. Habría podido producir una constitución capaz de plasmar la convivencia pacífica de pueblos de distinta lengua en un único sistema estatal. La constitución de 1867, elaborada por Perthaler, había intentado hacerlo, pero estaba destinada a fracasar porque el partido en el poder, que era el de los magnates de los Sudetes, combatió con todos los medios

contra el Estado liberal. De modo que Austria, en torno a 1900, era un Estado que los súbditos no querían. Todos preveían la inminente disolución del Estado, al que el principio de nacionalidad negaba la legitimidad misma de existir.

Sólo en Viena existía aún un grupo restringido de personas que reflexionaban sobre el modo y las posibilidades de mantener en pie el Estado. Los acontecimientos que desencadenó la destrucción de la monarquía de los Habsburgo demostrará con retraso que estas personas se habían esforzado por salvar de una inmensa

catástrofe a Europa y a toda la civilización humana. Pero sus esfuerzos estaban destinados a fracasar, porque carecían de una sólida plataforma ideológica.

Esta carencia se manifestó claramente cuando se vio que nadie estaba dispuesto a conceder la buena fe a hombres que se preocupaban por el futuro de Austria. Se podía ser, en sentido nacionalista, 'buenos' alemanes, checos o polacos. Un clerical alemán o un feudatario bohemio podían ser neutros desde el punto de vista de la nacionalidad y pensar sólo en el bien de la propia región o de la propia clase;

pero quien se sentía ‘austriaco’ acababa por ser considerado únicamente como alguien que quería agradar a los de ‘arriba’. Lo cual no era en absoluto cierto, ya que la corona no privilegiaba en modo alguno a los lealistas ‘amarillo-negros’, sino que más bien prefería a los irredentistas ‘moderados’.

Por aquella época nadie en Viena podía liberarse de la implicación en los problemas políticos referentes a la nacionalidad. En el *Sozialwissenschftlicher Bildungsverein* Otto Bauer y Karl Renner sostenían las ideas que más tarde expusieron en sus libros y que llevaron a la elaboración

del programa de «Autonomía nacional», y Ludo Hartmann informó sobre sus investigaciones —que lamentablemente jamás se publicaron— sobre el problema de la asimilación lingüística. El profesor de derecho público en la Universidad de la capital, Adolf Bednatzik, llamó mi atención sobre el problema de las ‘circunscripciones electorales nacionales’, que deberían constituir la base para la formación de los colegios electorales de nacionalidad homogénea.

Seguía todas estas tentativa con gran interés, pero dudaba que pudieran tener éxito. Era innegable que los pueblos de

la monarquía danubiana querían disgregar el Estado. Y entonces ¿merecía la pena luchar para salvar este Estado regido por una nobleza frívola e inculta y por una burocracia ambiciosa e inepta? Particularmente profunda fue la impresión que los acontecimientos que condujeron a la caída del gobierno Körber suscitaron en todos los que se preocupaban por salvaguardar el Estado. Entre los numerosos presidentes del Consejo que se habían sucedido en el gobierno de la vieja Austria en los últimos veinticinco años, Ernst Körber había sido el único en perseguir una política de tutela del Estado, apoyado en

esta tarea por la extraordinaria competencia del jefe de su gabinete, Rudolf Sieghart, y por su ministro de Hacienda Böhm-Bawerk. Ahora bien, Körber había dado órdenes a los fiscales de que fueran más tolerantes en materia de secuestro de los periódicos. Sucedió entonces que un artículo de un periódico nacionalista vienés ultrajó el sacramento de la eucaristía, sin que por ello fuera reconvenido. Inmediatamente los adversarios de Körber aprovecharon la ocasión para derribar al gobierno. Frailes confesores y damas de corte de la gran duquesa desencadenaron una violenta campaña contra el «judío»

Körber (una de cuyas abuelas o bisabuelas había sido hebrea), acusado de profanar los sacramentos de la Iglesia. Y así fue brutalmente destituida la última persona honrada que tuviera sentido del Estado.

Hoy debo admitir que mi opinión sobre las carencias del Estado austriaco fue entonces demasiado dura, y que veía en cambio en una perspectiva demasiado rósea muchas cosas de los países extranjeros que por entonces conocía sólo por los libros o por alguna breve visita superficial. Pero esto no cambia en absoluto la realidad de las cosas. El Estado habsbúrgico, al que el principio

de nacionalidad había privado de toda legitimación ideológica, era incapaz de resistir a esta fuerte dosis de mal gobierno económico y político que otros Estados podían fácilmente soportar. Errores que cualquier Estado nacional podía tolerar, podían en cambio infligir heridas mortales al Estado habsbúrgico. Una política errónea podía llevarle a la ruina con mucha mayor rapidez de la que podría producirse en el Estado inglés o francés.

La circunstancia de que, en Austria, Estado y nación no coincidieran incitaba a estudiar problemas a los que en los Estados nacionales no era tan fácil

prestar atención. En inglés y francés no existen aún expresiones capaces de ofrecer una visión correcta de los problemas políticos y político-económicos que brotan de este dualismo.

Me he ocupado principalmente de las consecuencias que el intervencionismo estatal tendría especialmente en el Imperio austrohúngaro. Toda medida intervencionista practicada en un Estado de nacionalidad mixta no puede menos de afectar a las relaciones de fuerza nacionales. Es algo que los políticos austriacos sabían perfectamente, como

lo demuestran ampliamente las actas de los debates parlamentarios y la prensa de la época. Desde luego, sólo cuando, en 1909, entré a formar parte de la Cámara de Comercio de Viena como miembro de la Oficina central de política comercial me percaté del verdadero alcance de tales problemas.

Decidí entonces estudiar a fondo la cuestión, y cuando en 1913-14 tuve mi primer seminario en la Universidad, seleccioné a cuatro jóvenes graduados para que analizaran la actitud de los alemanes, de los checos, de los polacos y de los magiares en materia de política comercial, en el ámbito del sistema

aduanero austrohúngaro, y las medidas con las que el gobierno húngaro y las administraciones autónomas (las «juntas regionales» del Imperio austriaco) se proponían erigir en el interior del área aduanera un proteccionismo administrativo a favor de los respectivos connacionales. Esperaba poder encontrar un quinto colaborador que se ocupara del grupo étnico italiano, y yo mismo tenía intención de escribir un informe recapitulador que acompañara a la publicación del trabajo de mis colaboradores.

De los cuatro jóvenes investigadores, dos cayeron en las

primeras semanas de guerra. El tercero fue dado por desaparecido tras las batallas de los Cárpatos en el invierno de 1914-15. El cuarto cayó prisionero de los rusos en julio de 1916 en Volinia, sin que de él se volviera a tener noticia.

4. *La Escuela austriaca de economía*

Cuando me matriculé en la Universidad, Carl Menger estaba a punto de dejar la enseñanza. No había por entonces señales de una Escuela austriaca de economía, ni yo tenía el más mínimo interés por ella.

En tomo a la Navidad de 1903, leí por primera vez los *Grundzätze der Volkswirtschaftslehre*[33] de Menger, y

fue esta lectura la que hizo que me convirtiera en economista.

Sólo cuatro años más tarde conocí personalmente a Menger. Cuando le conocí había pasado ya de los setenta años, era muy sordo y sufría de una molesta enfermedad en los ojos, pero su espíritu era aún joven y vigoroso. Siempre me he preguntado por qué este hombre no empleara mejor los últimos decenios de su vida. Que aún era capaz de aportar espléndidas contribuciones, lo demuestra el ensayo «Geld» [Dinero] que escribió para el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*[34]

Creo, sin embargo, saber qué fue lo

que le desalentó y le redujo precozmente al silencio. Su lúcida inteligencia había intuido qué camino estaban emprendiendo Austria, Europa y el mundo entero. Veía cómo esta espléndida civilización corría precipitadamente hacia el abismo. Menger tuvo el presentimiento de todos los horrores que hoy estamos viviendo. Sabía las consecuencias que el mundo pagaría por el abandono del liberalismo y del capitalismo, e hizo cuanto estaba en su poder para contrarrestar estas tendencias. Sus *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften [und politischen Ökonomie*

insbesondere][35] fueron escritas también en polémica contra todas aquellas corrientes ideológicas que desde las cátedras del gran *Reich* prusiano intoxicaban al mundo. Pero sabía también que la suya era una batalla inútil y desesperada, y esto le sumergió en un negro pesimismo que paralizó sus fuerzas y que transmitió a su joven alumno y amigo, el archiduque hereditario Rodolfo de Habsburgo. El archiduque no se suicidó ciertamente por una mujer, sino porque no tenía esperanzas en el futuro de su imperio y de la civilización europea. Llevó consigo a aquella joven mujer —que

también quería morir—, pero no se suicidó por su causa.

Mi abuelo materno tenía un hermano que murió muchos años antes de que yo naciera. Se llamaba Joachim Landau, y era diputado liberal en el parlamento austriaco e íntimo amigo de su colega de partido Max Menger, hermano de Carl. Un día le habló a mi abuelo de una conversación que había tenido con Carl Menger, el cual —según me contó mi abuelo en torno a 1910— habría hecho la siguiente afirmación: «La política que persiguen las potencias europeas conducirá a una guerra espantosa que terminará con revoluciones

devastadoras, con el total aniquilamiento de la civilización europea y con la destrucción del bienestar de todas las naciones. Ante estos inevitables acontecimientos, el mejor consejo que se puede dar es invertir en oro y tal vez en obligaciones de los dos países escandinavos». Y de hecho Menger invirtió sus ahorros en títulos suecos.

Es lógico que quien es capaz de prever tan lúcidamente, antes aún de cumplir los cuarenta años, la tragedia que arrollará a todo lo que para él tiene un valor, no pueda escapar al pesimismo y a la depresión psíquica. ¡Cuál habría

sido la vida de Príamo —decían los antiguos retóricos— si hubiera previsto con veinte años de antelación la caída de Troya! Carl Menger no había traspasado aún la mitad de su vida cuando intuyó la ineluctabilidad de la caída de su Troya. Este pesimismo, por lo demás, dominó el ánimo de los austriacos más clarividentes. Ser austriaco ofrecía el triste privilegio de estar en las mejores condiciones para preconizar el propio infausto destino. Tal es la raíz de la melancolía y el descontento de Grillparzer. Fue el sentimiento de impotencia ante el desastre inminente el que confinó en una

amarga soledad al más capaz y puro de todos los patriotas austriacos, Adolf Fischhof.

Como bien puede suponerse, discutí a menudo con Menger sobre la *Staatliche Theorie des Geldes* de Knapp[36]. Y esta fue la definición que él me dio: «Es el desarrollo coherente de l a *Polizeiwissenschaft* prusiana. ¿Qué se puede pensar de un pueblo cuya élite, tras doscientos años de economía política, se extasía, como si fuera una sublime revelación, ante semejante absurdo, que por lo demás ni siquiera es nuevo? ¿Qué podemos esperar de un pueblo así?».

El sucesor de Menger en la Universidad fue Friedrich von Wieser, una persona muy culta, una mente aguda y un científico de gran honestidad intelectual. Tuvo la suerte de conocer antes que otros la obra de Menger, y hay que reconocerle el mérito de haber comprendido inmediatamente su importancia. En muchos aspectos, enriqueció la teoría de Menger, aunque como teórico no era una mente creadora y, en general, fue más perjudicial que útil. Nunca captó efectivamente el núcleo del subjetivismo, y ello fue causa de muchos equívocos fatales. Su teoría de la imputación es insostenible. Sus

ideas sobre el cálculo del valor permiten afirmar que no puede considerarse miembro de la Escuela austriaca, sino más bien de la de Lausana, que en Austria tuvo dos excelentes representantes en Rudolf Auspitz y Richard Lieben.

La característica que distingue a la Escuela austriaca, la que realmente le asegurará una fama imperecedera, es el haber formulado una teoría de la acción económica y no una teoría del equilibrio económico, que es sinónimo de inacción. La Escuela austriaca emplea también los modelos teóricos del equilibrio estático, de los que el

pensamiento económico no puede prescindir. Pero es profundamente consciente del carácter puramente instrumental tanto de estos como de los demás modelos teóricos. Lo que se propone es explicar los precios que efectivamente se forman en el mercado, no los que se formarían en ciertas condiciones que jamás se darán. No rechaza el método matemático porque desconozca la matemática o porque no atribuya ninguna importancia a la minuciosa representación de una hipotética condición de equilibrio estático. Jamás ha sido esclava de la fatal ilusión de poder medir los valores,

ni se ha engañado sobre el hecho de que los datos estadísticos se refieren simplemente a la historia económica y que no tienen nada que ver con la teoría económica.

Y como la economía política austriaca es una teoría de la acción humana, tampoco Schumpeter puede contarse entre sus representantes. Es sintomático que en su primera obra reconozca su afinidad con Wieser y Walras y no con Menger y Böhm-Bawerk. Para él la economía política es una teoría de las «cantidades económicas» y no una teoría de la acción humana. Su *Theorie der*

wirtschaftlichen Entwicklung[37] es un típico producto de la teoría del equilibrio.

Conviene también eliminar algunos equívocos a que puede dar lugar la expresión ‘Escuela austriaca’. Ni Menger ni Böhm-Bawerk pensaron jamás fundar una escuela en el sentido que se da habitualmente a este término en los ambientes universitarios. En sus seminarios, no trataron de adiestrar a sus alumnos para seguir ciegamente su propia orientación, ni se preocuparon de asegurar cátedras a sus herederos. Sabían que los libros y la enseñanza académica pueden ayudar a comprender

los problemas económicos, y en este sentido prestaron un gran servicio a la colectividad, pero sabían también que los economistas no se pueden formar en criaderos. Siendo ellos mismos pioneros y teóricos originales, sabían perfectamente que el progreso científico no se puede organizar y que la innovación no puede soportar las ataduras de la planificación. No trataron de hacer propaganda a favor de sus teorías. Estaban convencidos de que la verdad se afirma con sus propias fuerzas, si los hombres tienen la capacidad de captarla; pero si esta facultad falta, de nada sirve arrancar con

medios idóneos una profesión de fe puramente formal a quien no logra comprender el contenido y el alcance de una teoría.

Menger no se esforzó nunca en complacer a sus colegas de facultad para obtener a cambio el apoyo para sus eventuales propuestas de asignación de puestos. Böhm-Bawerk, por su parte, habría podido ejercer toda su influencia como ministro y ex ministro; pero se negó siempre a hacerlo. Menger trató si acaso —aunque sin éxito— de impedir que se concediera la habilitación a la enseñanza a personajes como Zwiedineck, que no tenía ni idea de lo

que es la economía política. Böhm-Bawerk ni siquiera se preocupó de ello; tanto es así que acabó apoyando, en lugar de impedirlo, el nombramiento de Gottl y de Spann a la *Technische Hochschule* de Brno.

La posición de Menger sobre esta cuestión se desprende con toda claridad de un apunte que Hayek ha descubierto entre sus papeles inéditos, y que dice así: «En la ciencia no hay modo más seguro para hacer que una idea triunfe definitivamente que dejar que toda orientación contraria llegue a sus últimas consecuencias». Schmoller, Bücher, Lujo Brentano no opinaban así.

A quienes no les siguieran ciegamente les privaban de toda posibilidad de enseñar en una universidad alemana.

Así fue como las cátedras de las universidades austriacas acabaron todas en manos de los herederos del historicismo alemán. Alfred Weber y Spiethoff se sucedieron en una cátedra de Praga, y un cierto Guenther fue catedrático de Innsbruck. Digo esto sólo para poner en su justa luz la afirmación de Franz Oppenheimer de que la escuela de la utilidad marginal habría monopolizado las cátedras de teoría económica. Es cierto que Schumpeter fue durante mucho tiempo catedrático en

Bonn. Pero este fue el único caso en que una universidad del Imperio alemán nombró un profesor que podía contarse entre los representantes de la economía política moderna. Sobre centenares de catedráticos que, entre 1870 y 1934, enseñaron materias económicas en las universidades alemanas, no hubo ni uno que tuviera la más mínima familiaridad con las Escuelas Austríaca o de Lausana, o con la moderna economía anglosajona. Jamás se concedió una habilitación a la enseñanza a un estudioso que fuera sospechoso de pertenecer a una de estas escuelas. Knies y Dietzel fueron los últimos

economistas que ocuparon cátedras alemanas. Luego, en las universidades del *Reich* alemán ya no se enseñó economía política, sino marxismo o nacionalsocialismo, igual que en la Rusia zarista no se enseñaba economía política sino marxismo ‘legal’ o historia económica. Para las pretensiones totalitarias de las ciencias económico-sociales alemanas incluso la circunstancia de que en Austria algunos profesores pudieran enseñar economía política parecía algo intolerable.

La Escuela austriaca de economía era austriaca en el sentido de que nacía en el terreno de aquella cultura austriaca

que el nacionalsocialismo aplastaría más tarde. Era el terreno en el que había echado raíces la filosofía de Franz Brentano, en el que habían germinado la epistemología de Bolzano, el empirismo de Mach, la fenomenología de Husserl y el psicoanálisis de Breuer y de Freud. Por Austria no vagaba el espectro de la dialéctica hegeliana. En Austria no se consideraba un deber nacional la «superación» de las ideas de Europa occidental. En Austria el eudemonismo, el hedonismo y el utilitarismo no eran proscritos sino estudiados.

Sería un error pensar que el gobierno austriaco alentara estos

grandes movimientos. Al contrario, quitó la cátedra a Bolzano y a Brentano, hizo inofensivo a Mach, y se desinteresó completamente de Husserl, de Breuer y de Freud. Por lo que se refiere a Böhm-Bawerk, apreció en él al experto funcionario público, no al economista.

Böhm-Bawerk fue profesor en Innsbruck, pero se cansó pronto de este puesto. El bajo nivel cultural de aquella universidad, de aquella ciudad y de todo el Tirol le resultó insoportable y le indujo a preferir la actividad en el ministerio de Hacienda en Viena. Cuando dejó definitivamente el gobierno, le ofrecieron una buena

prebenda, que rechazó para pedir en cambio una cátedra en la Universidad de Viena.

Fue un gran día, en la Universidad de Viena y en el desarrollo de la economía política, aquel en el que Böhm-Bawerk inauguró su seminario. Para el primer semestre eligió como tema los fundamentos de la teoría del valor. Otto Bauer trató de refutar sistemáticamente, desde el punto de vista marxista, la teoría subjetiva del valor. La discusión entre Bauer y Böhm-Bawerk ocupó todo el semestre invernal, dejando en segundo plano a los demás participantes. Bauer tuvo ocasión

de desahogar todo su brillante ingenio y demostrar que era un gran antagonista del gran maestro, que con su crítica había asestado el golpe mortal a la economía política marxista. Creo que al final del debate también Bauer tuvo que admitir que la teoría del valor-trabajo es insostenible. De hecho, abandonó su idea de escribir una réplica a la crítica de Böhm-Bawerk a Marx. En el primer número de los *Marx-Studien* apareció en cambio una anticrítica de Hilferding que causó cierto ruido, pero Bauer me dijo abiertamente que Hilferding no había comprendido la naturaleza de los problemas que se discutían.

Participé regularmente en los ejercicios del seminario de Böhm-Bawerk hasta 1913, año en que recibí la habilitación a la enseñanza. Los dos últimos semestres invernales en que asistí se dedicaron a discutir mi *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*. En el primero se discutió mi explicación del poder adquisitivo del dinero, en el segundo mi teoría del ciclo económico. Más adelante hablaré aún de la diversidad de opiniones entre Böhm-Bawerk y yo sobre estos dos puntos.

Böhm-Bawerk dirigía su seminario de manera espléndida, sin asumir nunca el papel de profesor, sino el de

moderador que en el momento oportuno intervenía personalmente en el debate. Por desgracia, no faltaba algún fanfarrón particularmente palabrero que a veces abusaba de la libertad de palabra que concedía a los participantes. Recuerdo con particular disgusto, por ejemplo, los disparates que Otto Neurath solía propinamos con fanática insistencia. En aquellos casos no habría sido inoportuna una aplicación más rigurosa de los derechos del moderador. Pero Böhm-Bawerk prescindía de estos derechos. En la ciencia —decía en total acuerdo con Menger— hay que dejar que cada uno diga libremente lo que piensa.

Böhm-Bawerk nos dejó una obra maravillosamente sistemática. Su magistral crítica a las teorías económicas anteriores y la exposición de su teoría positiva son hoy un punto de referencia para todos nosotros. Y, sin embargo, conviene añadir que habría podido dar mucho más si las circunstancias lo hubieran permitido. En sus intervenciones a lo largo del seminario y en las conversaciones personales desarrollaba ideas que iban mucho más allá de lo que ha quedado consignado en sus escritos. Por desgracia, su constitución física le impidió proyectar nuevos trabajos de

gran alcance. Su sistema nervioso no estaba ya en condiciones de afrontar grandes fatigas. Ya las dos horas de seminario le pesaban enormemente, y sólo gracias a una vida extremadamente ordenada conseguía recoger las energías suficientes para afrontar una actividad científica totalmente dedicada a los estudios económicos, y en la cual los únicos momentos de distracción y de placer eran los conciertos de la filarmónica.

También sobre la última fase de la vida de Böhm-Bawerk pesó la preocupación por el futuro de Austria y su civilización. Pocas semanas después

del estallido de la guerra sufrió un infarto. Una tarde de principios de septiembre de 1914, cuando volvía a mi batería desplegada al este del Tirol, después de patrullar, alguien me enseñó un periódico con la noticia de su muerte.

5. *Primeros escritos sobre la teoría del dinero*

En su obra *Das Geld*, publicada en 1903, Helfferich sostenía que la teoría de la utilidad marginal fallaba ante el problema del valor del dinero. Quise comprobar la exactitud de tal afirmación, y a partir de 1906 me dediqué a estudiar a fondo los problemas del dinero y de la banca. Estudié las grandes obras teóricas sobre el dinero y la historia de las monedas

europeas, de Estados Unidos y de la India británica, tratando de orientarme en la enmarañada selva de los escritos sobre la materia.

Como primer resultado, publiqué en el número 16 de la *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung* un ensayo sobre «Die wirtschaftspolitischen Motive der österreichischen Valutaregulierung». En otoño de 1908, Edgeworth invitó a Philippovich a que escribiera para el *Economic Journal* un breve artículo, de diez páginas a lo sumo, sobre la política monetaria del Banco Austro-Húngaro. Philippovich declinó la invitación y me

propuso a mí. Acepté, escribí el artículo, pero al mismo tiempo decidí tratar más ampliamente este tema para una revista alemana. Nació así el ensayo sobre «Das Problem gesetzlicher Aufnahme der Barzahlungen in Österrreich-Ungarn», que se publicó en la primavera de 1909 en el *Schmoller Jahrbuch* y que inmediatamente suscitó las violentas protestas del poderoso partido inflacionista que dominaba en Austria.

Ya cuando escribí estos tres artículos, mis reflexiones me llevaron a descubrir las carencias más graves de las teorías monetarias dominantes. Me

fui convenciendo de que la teoría de la balanza de pagos y el dogma de la «elasticidad» de los medios de pago bancarios eran insostenibles. Estos breves artículos dedicados a problemas de historia económica y de política económica no eran ciertamente el lugar más indicado para resolver estas grandes cuestiones. Por lo que tuve que reservar tales desarrollos a la obra teórica que venía proyectando, y mientras tanto seguir moviéndome en el terreno de las concepciones generalmente aceptadas.

No voy a hablar aquí de mi crítica a las posiciones de Knapp en materia de

política monetaria del Banco central. Las teorías de Knapp, que en Alemania y en la Europa oriental de la época gozaban de general aplauso, están hoy totalmente olvidadas. Pero quien por casualidad quisiera estudiar la historia de la decadencia del pensamiento alemán en general y del económico en particular hallaría uno de los materiales más extraordinarios y psicológicamente más interesantes en el párrafo VI de mi ensayo citado «Das Problem gesetzlicher Aufnahme der Barzahlungen in Österreich-Ungarn». Knapp, por ejemplo, hablaba de las angustias del Banco central debidas a la política

monetaria y sostenía que era el Estado quien tenía que curarlas. Pero habría bastado echar una ojeada a los balances del banco para percatarse de que las transacciones monetarias que él mismo realizaba producían elevados beneficios y que el Estado absorbía una parte de ellos.

El problema que trataba en mi artículo era el de la propuesta de admitir legalmente la convertibilidad de los billetes emitidos por el Banco austrohúngaro. Desde hacía muchos años, el Banco central venía atendiendo sin demora y sin discriminaciones cualquier petición de cesión de divisas

extranjeras, ateniéndose a un tipo de cambio que en todo caso nunca había superado la paridad con el oro fijada por la corona, a no ser con el margen que en los países que practicaban efectivamente la convertibilidad se indicaba como punto oro superior. Por lo tanto, en Austria-Hungría se emitían *de facto* los pagos a la vista, y la discusión se refería tan sólo a si era o no oportuno transformar esta situación de hecho en una situación de derecho. A favor de esta última solución estaba la circunstancia de que los mercados de divisas concederían condiciones más favorables a los préstamos en coronas

en caso de que la convertibilidad de los billetes no dependiera ya de la discrecionalidad del Banco central. Este argumento lo sostuvo con particular énfasis Hungría, que veía en la actitud negativa de la dirección del Banco y de ciertos ambientes austriacos una voluntad de perpetuar su propia dependencia respecto al mercado monetario vienés y de impedir dirigirse al mercado monetario occidental, en el que el dinero era más barato. En cambio, contra la oportunidad de oficializar jurídicamente la situación vigente no existía ningún argumento válido.

Para defender su punto de vista, los adversarios de la consagración jurídica de la convertibilidad habían montado una teoría que realmente era insostenible. Afirmaban que un banco central obligado *de legez* convertir los billetes al portador se habría visto obligado a adaptar el tipo de descuento a las condiciones del mercado monetario internacional. Pero el Banco austrohúngaro, gracias a la circunstancia de no ser obligatoria la conversión, se hallaba en una posición más favorable. Podía distinguir entre necesidad legítima e ilegítima de divisas, y como ilegítima se consideraba la necesidad de quienes

querían transferir dinero al exterior para aprovecharse de posibles tipos de interés locales más altos. El Banco central no tenía siquiera que tomar en consideración estas operaciones especulativas sobre los tipos de interés, limitándose a atender las necesidades legítimas. De este modo conseguiría evitar, o por lo menos aplazar, el aumento del tipo de interés, de otro modo inevitable en caso de que se viera obligado a la convertibilidad.

Sólo que esta doctrina era absolutamente falsa. El Banco central no distinguió nunca entre solicitud legítima y solicitud ilegítima de divisas; desde

1900 venía atendiendo siempre cualquier solicitud que se le dirigiera. En todo caso, si hubiera adoptado el procedimiento descrito por los adversarios de la convertibilidad legal, los execrados especuladores habrían tratado de adquirir las divisas en el mercado abierto; a su vez, esta mayor demanda habría elevado los tipos de cambio, y la divisa austriaca se había devaluado inevitablemente.

Por lo demás, esa doctrina no era ni nueva ni específicamente austriaca. Era simplemente la vieja y errónea doctrina que quince años antes había sido propuesta para magnificar las ventajas

de la política francesa del agio de oro. Pero los partidarios de dicha política jamás negaron que su aplicación llevara a un aumento de los tipos de cambio, y la aconsejaron a Francia, que entonces era uno de los grandes países exportadores de capital, y no un país importador, como era Austria-Hungría. Para un país deudor, el debilitamiento de las relaciones con los mercados monetarios internacionales tenía que provocar inevitablemente un encarecimiento y no una reducción del coste del crédito.

Apenas terminado mi artículo, me extrañó recibir una invitación del

vicepresidente del Banco [central austriaco], Waldmayer. Durante la conversación en su despacho, me dijo que había sabido por el profesor Landesberger que yo necesitaba material para un estudio sobre la política del Banco austrohúngaro y que con mucho gusto lo pondría a mi disposición, con la condición de que me comprometiera a someter a la dirección del Banco mi artículo antes de publicarlo. Lo rechacé, cortés pero resueltamente. No conocía entonces al profesor Landesberger, pero sabía que era muy amigo de Philippovich; podía pues suponer que Philippovich le había permitido ojear mi

artículo y que le había informado de su contenido.

De la conversación con Waldmayer saqué la impresión de que la dirección del Banco estaba particularmente interesada en dejar la situación tal como estaba. Y, francamente, no lograba entenderlo. Ciertamente, sabía que la legalización de la convertibilidad reduciría cuantitativamente el derecho del Banco central a invertir una parte de sus reservas en depósitos y títulos extranjeros y, por consiguiente, sus ingresos brutos. Pero también era cierto que los que lo sufrirían serían sobre todo los accionistas y los dos Estados

interesados en los ingresos del Banco. Era previsible que los ministros de Hacienda se apresurarían, con oportunas modificaciones legislativas, a descargar la mayor parte de las pérdidas sobre los accionistas cuyos intereses a nadie importaban, y menos aún a los directivos del Banco central, nombrados por los gobiernos austriaco y húngaro. ¿A qué se debía, pues, este vivo interés del Banco? Al abandonar el despacho de Waldmayer tuve la impresión de que estaría dispuesto a ofrecerme una notable cantidad de dinero si me hubiera mostrado algo más maleable. Se sabía oficialmente que el Banco disponía de

un fondo destinado precisamente a este tipo de objetivos.

Sólo al cabo de muchos años se me dio una explicación de este comportamiento. Cuando en 1912 publiqué un artículo sobre la nueva (¡la cuarta!) renovación de las prerrogativas concedidas al Banco central —por el que fui nuevamente atacado por los adversarios de la convertibilidad—, Böhm-Bawerk [a la sazón ministro de Hacienda] me explicó las razones de la resistencia de los directivos de esta institución. Una parte de los ingresos de las inversiones en obligaciones extranjeras —me dijo— se registraba en

una cuenta secreta, que solo el gobernador manejaba a voluntad. Esta cuenta servía para pagar sustanciosas recompensas a los ya muy bien pagados altos funcionarios del propio Banco, a los funcionarios del gobierno encargados de la vigilancia bancaria, a periodistas, políticos, y, cuando se terciaba, también a otros personajes. Me dijo también que se había enterado por pura casualidad de la existencia de este fondo, cuando el ministro de Hacienda húngaro se le quejó de que la cuota del fondo reservada a los austriacos era proporcionalmente muy superior a la destinada a los húngaros. Añadió que

todo este asunto le había disgustado, produciéndole cierta aversión hacia su caigo y hacia toda actividad en la administración pública. Por lo que respecta al ministro de Hacienda húngaro, se opuso firmemente a su deseo de acabar con esa corrupción. «Consideré que era mi deber —concluyó Böhm-Bawerk— revelarle estas cosas, para que comprendiera los motivos ocultos de los ataques de que usted ha sido objeto». Tuve que prometer a Böhm-Bawerk que no diría palabra a nadie sobre todo este asunto, a menos que otros me proporcionaran las mismas informaciones. He callado hasta

hoy, aunque algunos años después de la guerra el encargado de las relaciones del Banco con la prensa me puso espontáneamente al corriente con total franqueza del uso que se hacía del fondo. Su importe no era ciertamente comparable con los famosos fondos reservados [*Reptilien fonds*] de Bismarck, pero era bastante considerable para explicar la obstinada resistencia de los directivos del Banco central y de ciertos altos personajes a una reforma que habría podido secar aquella fuente.

Los ataques más virulentos contra mis argumentos procedieron de Walter

Federn, editor del semanario económico *Österreichischer Volkswirt*. Antes de convertirse en corresponsal de bolsa para varios periódicos, Federn había sido empleado de banca de segundo orden; desde hacía algunos años venía publicando el *Volkswirt*, financiado por un director de banca amigo suyo, un tal Rosenbaum. Federn carecía de cultura económica y tal vez jamás había leído un libro de economía a excepción de la *Staatliche Theorie des Geldes* de Knapp[38]. Tenía un conocimiento muy limitado de la situación económica y de los datos estadísticos, y carecía totalmente de capacidad crítica y de

autonomía de opinión; todos conocían sus límites culturales, aunque alababan el estilo ligero de su prosa. La principal fuente de financiación de su periódico, que entonces contaba con muy pocos subscriptores, eran —aparte las aportaciones de Rosenbaum— las «contribuciones» que solían aportar los bancos y las grandes sociedades anónimas a las revistas económicas semanales y mensuales a cambio de la publicación de anuncios y de noticias de la redacción sobre su actividad y sobre las asambleas generales. Naturalmente, los periódicos no podían menos de temer que un empresario muy vinculado

a sus columnas interrumpiera las aportaciones, pero se toleraba una crítica moderada a quienes les financiaban.

En realidad no eran estas subvenciones las que privaban de independencia a los periódicos económicos vieneses. La gran temporada del periodismo económico vienés hacía tiempo que había terminado. Los grandes economistas que colaboraron en los periódicos entre 1860 y 1900 —baste citar el nombre de Menger— no tuvieron continuadores dignos de ellos. Sólo en la redacción de l a *Neue Freie Presse* y del *Nenes*

Wiener Tagesblatt había aún economistas competentes e inteligentes. Los demás redactores eran ignorantes y absolutamente incapaces de pensar. Baste decir que la información la obtenían de los directamente interesados. Los corresponsales de las bolsas pedían las noticias a los agentes de bolsa de los grandes bancos. Cuando se adoptaba una medida del gobierno o se concluía alguna importante transacción económica, el periodista corría al funcionario gubernativo competente o al empresario interesado, y largaba al público las noticias que estos le habían proporcionado. De este

modo, el gobierno no tenía necesidad siquiera de corromper a los periodistas: bastaba con informarles. Lo que más temían los periodistas era que se les informara con un día de retraso respecto a sus colegas de camarilla. Y para evitar este castigo, estaban siempre listos a compartir el punto de vista del gobierno. Por otra parte, su ignorancia económica ofrecía la ventaja de que podían comportarse de este modo con total tranquilidad de conciencia.

Unos dos años antes de la publicación de mi artículo, Federn había obtenido de funcionarios del Banco austrohúngaro una serie de

informaciones sobre la política monetaria de dicho banco, publicando el fruto de estas informaciones en una serie de artículos en *Die Zeit* y en el *Frankfurter Zeitumg*. Estaba muy orgulloso de estos artículos, que consideraba como un gran golpe periodístico, por lo que se sintió profundamente herido en su vanidad por mi crítica. En esta circunstancia radicaba sobre todo la fanática violencia de sus ataques contra mí. Naturalmente, también tuvo su papel el natural deseo de agradar a los funcionarios del Banco y del ministerio de Hacienda. Pero Federn no defendía el

punto de vista del Banco central porque recibiera de ellos las famosas contribuciones. Estoy convencido de que ni siquiera sabía que estas subvenciones provenían de un fondo secreto ilegal que podía ponerse en peligro por una eventual adopción por ley de la convertibilidad. El perceptor individual de estas subvenciones bancarias podía perfectamente estar de buena fe, pues el Banco disponía también de un fondo para la prensa alimentado por ingresos normalmente consignados en el balance. Quien no conociera el importe global de los gastos que destinaba a la prensa y a otros menesteres, podía suponer que la

dotación del fondo para la prensa era legal.

Cuando Böhm-Bawerk me reveló el secreto del fondo de que disponía el Banco, me hallé frente a un problema nuevo para mí. Por aquella época hacía ya muchos años que ejercía la profesión. Había trabajado durante algunos meses en la administración financiera del Estado y de la abogacía. Luego dos años en el tribunal, y desde 1909 era funcionario de la Cámara de comercio. No puede decirse, pues, que ignorase la existencia de la corrupción —que es un fenómeno concomitante e inevitable del intervencionismo estatal— y que no

supiera que la misma rozaba incluso las más elevadas cimas del Estado. Pero era la primera vez que en una disputa científica me encontraba frente a adversarios cuyos motivos no tenían nada que ver con la materia objetiva de que se trataba. Reflexioné larga y profundamente sobre la actitud que había que mantener en tales situaciones, y al final logré adoptar una postura muy clara.

El economista debe polemizar con las doctrinas, no con las personas. Debe criticar las falsas doctrinas, pero no es tarea suya hurgar en los motivos personales de las doctrinas erróneas. El

economista debe combatir a sus adversarios suponiendo que les mueven exclusivamente consideraciones objetivas. No se trata de saber si quien sostiene una opinión errónea lo hace de buena o de mala fe, sino sólo si esa opinión es exacta o inexacta. Descubrir la corrupción e informar a la opinión pública es tarea de otros.

A estos principios me he atenido siempre con absoluto rigor. He sabido, si no todo, por lo menos muchísimo de la corrupción de los partidarios del intervencionismo estatal y de los socialistas con los que me veía obligado a polemizar; pero nunca me serví de las

informaciones de que disponía. No siempre se comprendía esta posición mía. Puesto que los socialdemócratas me atacaban continuamente, incluso de forma virulenta, muchas personas me proporcionaban amplio material sobre los oscuros manejos de los directivos de la Socialdemocracia. E incluso sin la ayuda de estas informaciones, estaba perfectamente al corriente del bajo nivel moral del partido. De modo que si hubiera querido ponerme a hurgar en esos manejos, no habría tenido necesidad alguna del material que se me ofrecía. Algunos incluso tomaban a mal el que rechazara amablemente las

ofertas de documentos que habrían podido aportar la prueba judicial de las apropiaciones indebidas y de los embrollos de mis adversarios.

Durante la crisis del invierno 1912-13, provocada por la guerra de los Balcanes, el Banco austrohúngaro intentó realmente, durante algún tiempo, no atender una parte de la demanda de divisas. La consecuencia fue, obviamente, el aumento de la demanda en el mercado abierto y un alza en los tipos de cambio, que obligaron al Banco central a volver apresuradamente a su vieja política de la cesión ilimitada e incondicionada de las divisas. Y creyó

que obraba con particular perspicacia elevando un poco su cotización. Pero el único resultado que obtuvo fue resquebrajar la confianza en la moneda austriaca entre los inversores extranjeros, los cuales se apresuraron a retirar una parte considerable de sus inversiones monetarias a corto plazo realizadas en Austria.

El deterioro del poder adquisitivo de la corona austriaca frente al oro, las divisas y las mercancías extranjeras era exactamente el objetivo que se proponían los inflacionistas. Incluso los adversarios más inteligentes de la convertibilidad —por ejemplo el

profesor Landesberger y el jefe de la sección de política aduanera del ministerio de Comercio exterior, Richard Riedl— lo admitieron abiertamente. Sólo un obtuso como Federn podía creer que el rechazo de la convertibilidad de los billetes fuera conciliable con la estabilidad de los cambios. Los inflacionistas saludaron la pequeña devaluación de la corona como un primer paso por el camino que ellos propiciaban. Lo único que desaprobaban era la vuelta del Banco central a la política de convertibilidad incondicionada. Y tenían razón al pensar que el cambio de postura del banco era

resultado de mi intervención.

Por supuesto, sabía perfectamente que la opinión pública austriaca era favorable a la inflación y que muy pocos eran partidarios, como yo, de una política de estabilidad de los cambios monetarios. Ministro de Hacienda era entonces el conde Zaleski, un polaco que antes de su nombramiento, debido a motivos puramente políticos, jamás se había ocupado de problemas financieros y que admitía abiertamente su incompetencia en la materia. En una conversación en casa de amigos comunes declaró: «Algunos miembros del club polaco (de la Cámara de los

diputados) me han explicado que un alza de los tipos de cambio debe considerarse como un fenómeno positivo y no negativo, y que un alza del diez por ciento sería incluso un maná del cielo para la agricultura».

Y, en efecto, el maná no tardó en llegar, ¡y en qué medida!

6. *La teoría del dinero y de los medios fiduciarios*

Terminados los dos artículos sobre la política valutaria del Banco central, me dediqué a la elaboración de mi *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*. Apenas había escrito las primeras páginas cuando, a principios de enero de 1909, fui llamado a las armas por un breve periodo de servicio extraordinario, debido a la llamada «crisis de la anexión», que

había inducido al gobierno a adoptar medidas especiales y a acelerar la revisión del armamento pesado. Al regresar a Viena, empecé a trabajar en la Cámara local de comercio, y en los primeros meses de la nueva actividad no tuve tiempo ni calma para dedicarme a mi trabajo científico. Sólo en otoño pude reanudarlo efectivamente. En los primeros días de 1912 el manuscrito estaba ya listo para la imprenta[39].

La gran dificultad que encontré a lo largo de la elaboración del libro se debía al hecho de que en realidad le consideraba tan sólo como una sección de todo el campo de problemas

económicos que pretendía afrontar. La economía política debe ser siempre y necesariamente un sistema orgánico y coherente. No se puede aislar algunas partes y estudiarlas separadamente. En economía política no existe la especialización. Quien trata un aspecto parcial, debe hacerlo en el ámbito de una teoría que comprenda el conjunto de los problemas. Pues bien, yo me encontraba en la situación de no poder servirme de ninguna de las teorías vigentes. El sistema de Menger y de Böhm-Bawerk ya no me satisfacía del todo. Gracias a estos dos maestros, estaba mucho más adelante en el camino

que ellos habían trazado, y el aspecto de su obra que menos me satisfacía era precisamente el tratamiento de aquellos problemas que consideraba prioritarios en la teoría del dinero.

Por entonces predominaba la convicción de que se podía aislar la teoría del dinero del contexto total de los problemas económicos; más aún, se pensaba que propiamente no pertenecía en absoluto a la economía política, sino que representaba en cierto modo una disciplina autónoma. En virtud precisamente de esta concepción, en las universidades anglosajonas se crearon cátedras especiales de *currency and*

banking. Pero se trataba, cabalmente, de una concepción errónea, y por mi parte tenía la intención de demostrar que era insostenible y de reconducir la teoría monetaria al ámbito de la economía política.

Si hubiera tenido tiempo y modo de trabajar tranquilamente, antes de la teoría del cambio indirecto que me disponía a exponer, habría escrito un primer volumen sobre el cambio directo. Pero no creía que tuviera para ello mucho tiempo. Sabía que estábamos en vísperas de una gran guerra y quería terminar el libro antes de que estallara. De modo que decidí apartarme sólo en

pocos puntos del ámbito específico de la teoría monetaria y dejar a un lado por el momento todas mis perplejidades. Pensaba que sólo así podría llevar a cabo mi tarea.

Debo, sin embargo, precisar que todas mis posibles críticas a Menger y a Böhm-Bawerk se referían no tanto a lo que habían dicho como más bien a lo que no habían dicho.

Lo que reprochaba a ambos era que no habían sustituido la insuficiente delimitación del campo de la economía política efectuada por John Stuart Mill por una definición más convincente de sus límites; no haber criticado como se

merecía el planteamiento aún más inadecuado de la economía política matemática, no haberla rechazado mediante una elaboración más rigurosa de su propio punto de vista. Lamentaba sobre todo que, en la discusión con Wieser, Böhm-Bawerk hubiera dejado de afrontar muchos puntos que ciertamente tenían una importancia decisiva.

Uno de los puntos de la teoría monetaria que no podía absolutamente pasar por alto, aun sabiendo que se refería a la teoría general del valor, era el problema de la presunta medida del valor y el con él relacionado del valor

total. Para elaborar una teoría del dinero, era preciso destruir la idea de que puede existir algo así como el cálculo del valor o incluso la medida del valor; de que, conociendo el 'valor' de una porción de una provisión de bienes, se puede calcular el 'valor' de toda la provisión, o que, inversamente, conociendo el 'valor' de toda la provisión, se puede calcular el 'valor' de sus porciones. En general, había que eliminar la hipostatización del 'valor' y demostrar que existe ciertamente un valor y una valoración por nuestra parte, pero que el uso de la expresión 'valor' sólo puede tener sentido si define

objetos valorados o el resultado de un acto de valoración.

Me dispuse a resolver este problema en los primeros capítulos del libro, tratando en particular de refutar los errores cometidos sobre este punto por Irving Fisher y por Schumpeter. Me sirvió mucho para ello el libro de Cuhel[40]. Hoy este autor está ya olvidado y su libro superado; espero, sin embargo, que algún día se le dará finalmente el puesto de honor que le corresponde en la historia de nuestra ciencia.

La teoría de la formación y de los cambios del poder adquisitivo del

dinero arranca de la teoría mengeriana de la disponibilidad de efectivo. Todo el resto tuve que reformularlo de nuevo. No pretendo hacer aquí un resumen del libro. Sólo quiero hacer algunas observaciones sobre el método que seguí y sobre su importancia.

Siempre he adoptado el método 'gradualista', el método del paso a paso, que hoy alguien piensa haber descubierto por primera vez por el simple hecho de haberle llamado *period analysis* o *process analysis*. Es el único método admisible, frente al cual la controversia entre *short run economics* y *long run economics* parece

innecesaria, ya que todo análisis, pasando por efectos *in the short run*, lleva a efectos *in the long run*. Y de este modo también la distinción entre estática y dinámica resulta inútil. Si ninguna condición se considera ‘normal’, si se tiene la percepción de que el concepto de ‘equilibrio estático’ no tiene nada que ver con la vida y con el obrar real que estudiamos, y que es sólo una construcción ideal de la que nos servimos para comprender conceptualmente la acción humana mediante la representación de una situación en la que no hay acción, entonces hay que reconocer que

estudiamos siempre y sólo situaciones en movimiento, nunca una situación ‘en equilibrio’. Toda la economía matemática es un inútil juguetear con bellas ecuaciones y curvas que antes de ser planteadas y trazadas tienen que ir precedidas de reflexiones no matemáticas. Trazar ecuaciones no amplía nuestros conocimientos. Las ecuaciones de la cataláctica matemática, al revés que las ecuaciones de la mecánica, que pueden servir para resolver un problema gracia a la introducción de constantes y de datos empíricamente comprobados, no pueden servir para fines prácticos. Y ello por la

sencilla razón de que en el reino de la acción humana tales relaciones constantes no se dan.

En mi libro sobre el dinero no empleé ni siquiera una palabra que sonase a polémica contra la escuela matemática. Expuse la teoría en sus términos apropiados, renunciando a criticar el método de los matemáticos. Resistí incluso a la tentación de hacer añicos el gratuito concepto de ‘velocidad de circulación’. A la economía política matemática le di el golpe mortal demostrando que la cantidad de dinero y el poder adquisitivo de la unidad monetaria no

son inversamente proporcionales. La única relación constante que se creía haber hallado entre las «cantidades económicas» ha resultado ser una variable dependiente de los datos de cada caso singular. Las ecuaciones de intercambio de Fisher y de Gustav Cassel fueron llevadas *ad absurdum*.

El análisis gradualista sólo puede pensarse en la dimensión 'tiempo'. El *time-lag* entre causa y efecto se convierte para él en una multiplicidad de diferencias temporales entre los distintos efectos que se siguen entre ellos. La consideración de estos *time-lags* nos lleva a una teoría precisa de las

consecuencias sociales que acompañan a los cambios de poder adquisitivo del dinero.

Para explicar mejor lo que antes dije acerca de mis objeciones a la teoría de mis viejos maestros Menger y Böhm-Bawerk, y aclarar así también con un ejemplo concreto la diferencia entre la vieja y la nueva Escuela austriaca, debo referirme a la reacción de Böhm-Bawerk respecto a mi teoría. Tanto Menger como Böhm-Bawerk habían partido de la tácita suposición de la neutralidad del dinero. Habían desarrollado la teoría del intercambio directo, y estaban convencidos de que,

con la construcción puramente ideal de un mercado de intercambio directo, sin uso de dinero, se habrían podido resolver definitivamente todos los problemas de la teoría económica. Ahora bien, a la luz de mi teoría de la necesaria no-neutralidad del dinero, esta concepción resultaba ser insostenible. Pero Böhm-Bawerk se negaba a admitirlo. No ponía ningún reparo contra la congruencia lógica de las argumentaciones de mi análisis gradualista; no negaba el resultado, es decir el hecho de que el cambio de poder adquisitivo no modifica ni simultánea ni uniformemente los precios

de las distintas mercancías y servicios y que no es exacto que los cambios en la cantidad de dinero modifiquen en la misma proporción, *ceteris paribus*, el «nivel» de los precios. Pero opinaba que se trataba de un «fenómeno de fricción» y que la vieja teoría era «en principio» correcta y conservaba todo su significado para el análisis de la «acción puramente económica», si bien en la realidad existen resistencias y fricciones que hacen que el resultado se desvíe del que se obtiene por vía puramente teórica. Traté en vano de convencer a Böhm-Bawerk de que era inadmisible usar metáforas tomadas de

la mecánica pura. Como se desprende claramente de su división de la teoría del precio en dos partes, Böhm-Bawerk era totalmente prisionero de la concepción milliana[41]. Sólo habría podido convencerle si en aquella época hubiera conseguido aclararme a mí mismo los problemas fundamentales. Pero, por desgracia, también yo sufría entonces la influencia de Mill. Sólo muchos años después conseguí refutar la teoría de Böhm-Bawerk de la «ventaja del cambio directo»[42]. Y creo que con mi ensayo, dedicado exclusivamente a la crítica de las teorías de Menger y de Böhm-Bawerk, erigí en el fondo el

mejor monumento a estos dos maestros.

En el capítulo de mi libro sobre el dinero en el que me ocupo de la determinación de las relaciones de cambio entre diversos tipos de moneda, traté de formular de manera nueva la inconfundible teoría de Ricardo, que había sido injustamente sustituida por la «teoría de la balanza de pagos», completamente insostenible. Cassel, que inmediatamente después repropuso la teoría ricardiana con una formulación inadecuada, acuñó para ella la definición de «teoría de la paridad de poder adquisitivo». En los años veinte, cuando se estaba de acuerdo, se la

llamaba teoría de Cassel y, cuando se la rechazaba, teoría de Mises. Pero repito: es la teoría de Ricardo.

El segundo gran problema que afrontaba en mi libro era el de los medios fiduciarios. Tuve que acuñar este nuevo concepto para acabar con la confusión general ligada al uso del término ‘crédito’. Si no se distingue entre crédito comercial (*Sachkredit*) y crédito de circulación (*Zirkulationkredit*) —que Machlup tradujo muy bien por *transfer credit* y *created credit*— jamás podrá llegarse a resultados provechosos. Sólo gracias a esta distinción se crean los presupuestos

para una crítica correcta de la ‘elasticidad’ de los medios de pago bancarios y se da vía libre a la teoría del crédito de circulación (*monetary theory*) para la comprensión del cambio de coyuntura. Se me hizo el honor de llamarla «teoría austriaca del ciclo económico».

En el último capítulo de mi libro me preocupé también de afrontar las cuestiones de política monetaria y bancaria que por entonces despertaban general interés. Concluía advirtiendo que las teorías de política bancaria dominantes llevarían muy pronto a resultados catastróficos.

El libro, como era de esperar, fue puntualmente rechazado de mala manera en las recensiones de las revistas científicas alemanas. No me preocupé por ello lo más mínimo. Sabía que mis previsiones se cumplirían muy pronto. Y veía con espanto cómo se acercaba la catástrofe que había anunciado.

¡Cuántos libros innovadores ‘destruidos’ por los críticos mantienen en cambio su perenne validez! Quien prefiere decir sólo lo que se desea oír, haría bien en estar callado. ¿Quién recuerda hoy los varios Knapp, Bendixen, Liefmann, Diehl, Adolf Wagner, Bortkiewicz, que por entonces

eran celebrados en Alemania como grandes «teóricos monetarios»?

El primer economista que prestó atención a mi trabajo fue Benjamin M. Anderson en su libro *The Value of Money*, publicado en 1917. Lo leí sólo dos años después. En aquel tiempo, Austria estaba aún en guerra con Estados Unidos.

John M. Keynes recensionó mi libro en el número del *Economic Journal* que se publicó al poco de estallar la guerra[43]. No escatimó algunas alabanzas («no puede negarse que el libro tiene méritos notables,… y que está exento de prejuicios en la medida

humanamente posible»), pero en conjunto le decepcionó profundamente.

Según Keynes, mi libro no era «ni constructivo ni original»; era como si «le faltara el impulso para despegar». Y concluía: «El lector cierra el libro con la sensación decepcionante de que un autor tan inteligente, franco y de vasta cultura nos ha ayudado muy poco a comprender claramente los fundamentos de su tema». Dieciséis años después, Keynes admitirá que su conocimiento del alemán era bastante escaso. «En alemán —dirá— consigo comprender exactamente sólo lo que ya conozco, de suerte que las ideas nuevas me están

vedadas por la dificultad del lenguaje»[44]. No fue culpa mía si Keynes no encontró mi libro ni original ni constructivo y si no consiguió comprender claramente los problemas.

7. La Primera Guerra Mundial

No tengo intención de hablar aquí de la guerra ni de mis propias experiencias militares. Aludiré, pues, a las cuestiones políticas y militares sólo en la medida estrictamente necesaria a la presente exposición.

La guerra fue el resultado de la ideología que durante mucho tiempo habían enseñado todas las cátedras

alemanas. Los profesores de las facultades de economía contribuyeron diligentemente a la preparación espiritual de la guerra. No tenían ninguna necesidad de cambiar de ideas o de oficio para desempeñar el papel de campeones como «guardias de corps intelectuales de los Hohenzollern». Schmoller escribió su célebre *Manifest der 93* (11 de octubre de 1914). Otro catedrático de economía, Schumacher, llamado luego a Berlín como sucesor de Schmoller, redactó el programa de anexión de las seis principales asociaciones económicas. Sombart escribió *Handler und Helden*

[Mercaderes y Héroes]. Franz Oppenheimer no escatimó insolencias respecto a la ‘incivilidad’ de franceses e ingleses. No se enseñaba ya economía política, sino economía de guerra.

No es que en el campo enemigo las cosas fueran mejor. Pero aquí muchos tuvieron por lo menos el buen gusto de callar; y Edwin Cannan consideró que los economistas tenían el deber de protestar.

En los primeros meses de guerra conseguí a duras penas leer algunas veces el periódico. Luego la situación mejoró, y a finales de 1917 ya no estaba en el frente, sino que trabajaba en Viena,

en el Departamento de economía de guerra del ministerio de Defensa. En aquellos años escribí sólo dos breves ensayos, uno sobre la clasificación de las teorías monetarias, que luego se incorporó a la segunda edición [1924] de la *Theorie des Geldes*. El otro, *Vom Ziel der Handelspolitik*, lo utilicé para el libro *Nation, Staat und Wirtschaft*[45], que se publicó en 1919. El libro estaba escrito con criterios científicos, pero su intención era política. Con él me proponía alejar la opinión pública alemana y austriaca de la idea nacionalsocialista —que entonces no tenía aún una denominación

particular— y de proponer la reconstrucción adoptando una política democrático-liberal. Nadie entonces se dignó prestarle atención, y casi nadie lo leyó. Pero sé que se leerá en el futuro. Los pocos amigos que lo han leído no lo dudan.

Hacia el final de la guerra escribí un breve ensayo para una revista no destinada al público, editada para uso interno por la Unión de bancos y banqueros austriacos. La censura no toleró el modo en que trataba el problema de la inflación. El ensayo, a pesar de estar escrito en un tono sosegadamente académico, fue

rechazado y tuve que reelaborarlo para que pudiera publicarse. En el número siguiente no tardaron en aparecer las réplicas, una de las cuales, si no recuerdo mal, firmada por aquel director de banco, Rosenbaum, que financiaba el *Volkswirt* de Federn.

En el verano de 1918 pronuncié una conferencia sobre *Kriegskostendeckung und Kriegsanleihen*, dentro de un curso organizado por el Mando supremo de las fuerzas armadas y destinado a oficiales encargados de la educación patriótica de la tropa. Tampoco en este caso renuncié a criticar las tendencias inflacionistas. Pero la conferencia se publicó sobre el

texto mecanografiado sin darme siquiera la posibilidad de leer las pruebas.

Las experiencias acumuladas durante la guerra orientaron mi atención sobre un problema que con el transcurso del tiempo me ha parecido cada vez más importante y que más bien pienso que puede definirse sin más como el problema central y fundamental de nuestra civilización.

Me fui persuadiendo de que sólo con un dominio perfecto de la teoría económica es posible comprender los grandes problemas de la política económica y de la política social. Sólo quien es capaz de dominar los

dificilísimos problemas de la economía política puede juzgar si el sistema de cooperación más apropiado es el capitalismo, el socialismo o el intervencionismo estatal. Sin embargo, la decisión política no la toma el economista, sino la opinión pública, o sea el pueblo en su globalidad. Es la mayoría la que decide lo que hay que hacer. Y esto es válido para cualquier gobierno. También el monarca absoluto y el dictador pueden gobernar sólo de acuerdo con lo que reclama la opinión pública.

Hay escuelas de pensamiento que no quieren ni siquiera tomar en

consideración semejantes problemas. El marxismo ortodoxo cree que es el proceso dialéctico del desarrollo histórico el que orienta a la humanidad, inconscientemente, por su inevitable camino, es decir el que la conduce a su salvación. Otra variante del marxismo opina que la clase nunca puede equivocarse. Es lo mismo que el misticismo racista piensa de la raza: el carácter peculiar de la raza sabe encontrar la solución justa. La mística religiosa —incluso cuando se presenta en forma moderna, por ejemplo en el *Führerprinzip*, en el principio del jefe o principio autoritario— pone su

confianza en Dios. Dios no abandonará a sus hijos y los defenderá del mal mediante la revelación y el envío de pastores llenos de gracia. Pero todos estos expedientes se van al traste con la experiencia, que nos dice que existen diversas teorías; que incluso en el ámbito de las distintas clases, razas y poblaciones existen opiniones distintas; que hombres libres con programas diferentes se disputan la primacía; y que son muchas y diferentes las iglesias que pretenden anunciar el verbo divino. Hay que ser ciegos para sostener que, apelando a la dialéctica de la historia, a la inevitable conciencia de clase, a la

peculiaridad racial o étnica, al verbo divino o al mandato de un príncipe, se puedan dar respuestas unívocas a cuestiones como la que se refiere, por ejemplo, a la posibilidad o no de que la expansión del crédito reduzca realmente a la larga la tasa de interés.

Los liberales del siglo XVIII estaban dominados por un optimismo ilimitado: los hombres son razonables, y por lo tanto la opinión justa acabará triunfando. La luz desvanecerá las tinieblas; los esfuerzos de los oscurantistas encaminados a mantener al pueblo en la ignorancia, para poder dominarlo mejor, no pueden detener el progreso. De este

modo la humanidad iluminada por la razón avanza hacia un perfeccionamiento cada vez más alto. La democracia, con su libertad de pensamiento, de palabra y de prensa, es garantía de éxito de la verdadera doctrina: dejad que las masas decidan, su elección será seguramente la más conveniente.

Pero hoy ya no podemos compartir este optimismo. El conflicto entre las doctrinas político-económicas plantea a nuestra capacidad de juicio preguntas mucho más difíciles que los problemas que se planteaba la Ilustración: preguntas que se refieren a la superstición y a las ciencias de la

naturaleza, a la tiranía y a la libertad, al privilegio y a la igualdad ante la ley.

Son las masas las que tienen que decidir. Ciertamente, los economistas tienen el deber de iluminar a sus conciudadanos. Pero ¿qué sucede si los economistas no están a la altura de esta función dialéctica y son suplantados en la opinión de las masas por los demagogos? ¿O si las masas son demasiado poco inteligentes para comprender las teorías económicas? Si, como hemos podido constatar, incluso hombres como John Maynard Keynes, Bertrand Russell, Harold Laski y Albert Einstein no han sido capaces de

comprender los problemas económicos, ¿no es forzoso concluir que el intento de llevar a las masas por el camino recto no tiene perspectiva alguna?

Si esperamos una ayuda de un nuevo sistema electoral o del perfeccionamiento del sistema educativo nacional, se nos escapa el núcleo del problema. Con las propuestas de modificación del sistema electoral se pretende limitar o incluso quitar a una parte de la población el derecho de participar en las elecciones de los legisladores y del gobierno. Pero esta no sería una solución. Un gobierno apoyado en la minoría, que tenga enfrente a las

masas, no podrá sostenerse por mucho tiempo. Y, si se niega a plegarse a la opinión pública, será arrollado por una revolución. La ventaja de la democracia consiste en hacer posible la adaptación pacífica del sistema de gobierno y del personal gubernamental a los deseos de la opinión pública y en garantizar de este modo la continuidad tranquila e imperturbada de la cooperación social dentro del Estado. No se trata aquí de un problema de democracia, sino de mucho más: es un problema que se presenta en todas las situaciones, bajo cualquier forma constitucional posible.

Se ha dicho que la verdadera

cuestión es la referente a la educación y la información nacional. Pero sería un grave error creer que aumentando el número de escuelas y de conferencias y la difusión de los libros y las revistas se pueda hacer que triunfen las ideas justas. Con los mismos instrumentos también se pueden reclutar adeptos a doctrinas falsas. La pena es que las masas no son culturalmente capaces de elegir los medios que conducen a los fines que persiguen. El hecho de que sea posible imponer al pueblo, por sugestión, juicios preformados, demuestra que el pueblo no es capaz de un juicio autónomo. Y aquí está el gran peligro.

Como se ve, también yo había desembarcado en ese pesimismo sin esperanza que desde hacía tiempo se había adueñado de los mejores hombres de Europa. Hoy sabemos, por su correspondencia, que tampoco el gran historiador Jacob Burckhardt se hacía ilusiones sobre el futuro de la civilización europea. Este pesimismo había doblegado a Menger y planeó como una sombra sobre la vida de Max Weber, que en los últimos meses de la guerra —cuando enseñó durante un semestre en la Universidad de Viena— fue buen amigo mío.

¿Cómo se vive cuando se es

consciente de una catástrofe inevitable? Es cuestión de temperamento. En el instituto, fiel a una costumbre humanística, había elegido como lema personal un verso de Virgilio: *Tu ne cede malis sed contra audentior ito* [No cedas al mal, sino lucha contra él con mayor coraje]. En las horas más tétricas de la guerra me acordé siempre de este lema. Me había encontrado continuamente en situaciones de las que era imposible hallar una salida con una reflexión racional; pero luego sucedía siempre algo inesperado que representaba la salvación. Incluso en aquella ocasión no perdí el ánimo.

Quería tratar de hacer todo lo que un economista puede hacer, y así decidí escribir un libro sobre el socialismo. Lo había proyectado ya antes de la guerra; era el momento de realizarlo.

8. *En la Cámara de Comercio*

Antes de pasar a describir mi evolución científica, debo hablar de mi actividad práctica.

De 1909 a 1938 formé parte de la Cámara de Comercio e Industria de la Baja Austria, que en 1920 tomó el nombre de Cámara Vienesa para el Comercio, la Artesanía y la Industria. En Austria, las cámaras de comercio eran

óiganos representativos de categoría, elegidos por todos los empresarios y financiados mediante una retención suplementaria sobre los impuestos generales que gravaban la actividad económica, que luego el fisco abonaba a las cámaras. Habían sido creadas en tiempos de la revolución de 1848 como órganos consultivos del gobierno y del parlamento sobre los problemas económicos, pero dotados también de algunas funciones administrativas. Hasta finales de los años setenta su función, en realidad, había sido bastante irrelevante. En los años ochenta y noventa libraron una batalla —vana— contra las

reformas de marca corporativista peroradas y aplicadas por el partido cristiano-social. En aquel periodo el grueso de su actividad se concentraba en las asambleas generales y en las comisiones. El secretario de la Cámara de comercio se limitaba a ocuparse del personal de servicio.

La llegada del intervencionismo estatal provocó un cambio radical. Los ministros y los funcionarios ministeriales y parlamentarios eran totalmente ajenos al mundo económico; la mayor parte de ellos no tenían ni idea del alcance de las medidas que adoptaban, ni estaban en condiciones de

dar a las leyes, a los decretos y a las órdenes una formulación capaz de aclarar a las oficinas competentes los procedimientos concretos para su ejecución. Saltaba a la vista la necesidad de procurarse una asistencia técnica y la colaboración permanente de personas que conocieran o estuvieran en condiciones de informarse sobre las situaciones que de vez en cuando se presentaban. Los errores estaban a la orden del día, y las consecuencias negativas se achacaban por la prensa, por el parlamento y por el propio emperador a los ministros, los cuales a su vez declinaban la responsabilidad

sobre los funcionarios ministeriales. Hasta que estos, para esquivar estas responsabilidades, decidieron recurrir a los expertos.

Los secretarios de la Cámara de comercio de Viena, Rudolf Maresch y Richard Riedl, supieron aprovecharse de este momento favorable para ampliar las competencias de la secretaría. Presidente de la Cámara era entonces una persona de amplia visión, el barón Mauthner, que en el parlamento tenía un destacado papel como jefe de los diputados que de él tomaban el nombre de Grupo Mauthner. (Las cámaras de comercio enviaron sus propios

parlamentarios hasta 1907 al Parlamento y hasta 1918 a las Dietas regionales). Mauthner aprobó la ampliación de la secretaría, y de este modo muchos jóvenes economistas fueron incorporados como funcionarios. El más prestigioso era mi amigo Víctor Graetz, persona de extraordinario talento y de carácter inflexible, pero por desgracia también él víctima, precisamente por su gran inteligencia, de aquel pesimismo en el que cayeron fatalmente todas las personas inteligentes de aquella época. La nueva orientación que se dio a la Cámara de comercio tuvo un éxito extraordinario; en poco tiempo la

secretaría vienesa se convirtió en uno de los factores importantes de la política económica. Su importancia aumentó cuando se creó, bajo el nombre de *Handelspolitische Zentralstelle*, una organización en la que colaboraban todas las Cámaras austriacas. Muchas Cámaras provinciales, desde luego, eran absolutamente insignificantes, pues tenían como secretarios a personas inútiles. Pero las de Praga, Brno, Reichenberg, Cracovia y Trieste contaban con secretarios cuya colaboración resultó extraordinariamente provechosa.

En 1909 la Cámara estuvo a punto

de interrumpir sus actividades. Maresch se había jubilado hacía algunos años Riedl había pasado a dirigir la sección de política económica en el ministerio de Comercio exterior. Muchos de los funcionarios más jóvenes habían dejado el servicio en la Cámara para trabajar en la industria. Graetz, que había pasado a dirigir una gran empresa, me propuso para sucederle.

La Cámara de comercio me ofrecía el único espacio en el que podía desempeñar en Austria mi actividad. La carrera universitaria me estaba cerrada: en la universidad buscaban estatalistas y socialistas, y para quien no pertenecía a

ninguno de los partidos (el cristiano-social, el alemán-nacional, o el socialdemócrata) era inútil esperar un nombramiento. Por otra parte, no es que yo aspirara a un puesto en el Estado. Después de la guerra mi reputación de experto en problemas monetarios y bancarios era tal que muchos grandes bancos me ofrecieron un puesto en su dirección. Antes de 1921, rechacé siempre, porque no querían garantizarme que mis sugerencias serían aceptadas. Después, pensé que todos los bancos eran insolventes y que se hallaban en una situación desesperada; los acontecimientos me dieron la razón.

En la Cámara de comercio me creé una posición. Oficialmente no era más que un funcionario de la secretaría de la Cámara de comercio, que a partir de 1920 tomó la denominación de Oficina de la Cámara de comercio.

Nominalmente tenía un superior y unos compañeros. Por lo demás, no quise nunca asumir la dirección y gastar una parte de mis energías en la rutina burocrática. Ocupaba ya un puesto mucho más importante que el de cualquier austriaco que no estuviera a la cabeza de uno de los grandes partidos políticos. Era el economista del país.

Esto no significa que todo lo que

recomendaba se aplicara en la práctica o que siempre se siguieran mis consejos. Tuve que sostener siempre una lucha desesperada, apoyado sólo por algunos amigos. Lo único que conseguí fue aplazar un poco la catástrofe. Si en el invierno de 1918-19 no se impuso el bolchevismo, y si la quiebra de la industria y de los bancos no se produjo ya en 1921 sino sólo en 1931, se debió en buena parte al éxito de mis esfuerzos. Más no se podía hacer. En todo caso, *yo* no podía hacer más.

Se me ha reprochado a veces haber defendido con excesiva rigidez e intransigencia mi punto de vista, y se ha

dicho que habría podido obtener más si hubiera mostrado una mayor disponibilidad al compromiso. El secretario general de la Asociación central de la industria austriaca, Gustav Weiss von Wellenstein, viejo amigo mío, me lo echaba en cara a menudo. Pero su crítica era injustificada. Mi acción sólo podía ser útil si exponía las cosas tal como las veía. Cuando hoy pienso en mi actividad en la Cámara de comercio, lamento más mi excesiva disponibilidad al compromiso que mi intransigencia. Por mi parte, he estado siempre dispuesto a ceder sobre las cosas secundarias, cuando sólo de este

modo se podían salvar las más importantes. A veces llegué a compromisos intelectuales firmando informes y aceptando así automáticamente soluciones de las que no estaba convencido, sólo porque era el único modo posible de que ese informe fuera aceptado por la asamblea general de la Cámara o aprobado por la opinión pública. Si por ventura algún día alguien estudia los informes oficiales sobre la actividad de la Cámara o incluso los papeles de archivo, podrá confirmar la exactitud de esta afirmación. Los informes generales y técnicos en los que figuro oficialmente

como ponente no los consideré nunca como obra mía, sino tan sólo como expresión de un órgano en el que mi función era simplemente la de experto. He trazado siempre una clara línea divisoria entre mi actividad científica y mi actividad política. En la ciencia los compromisos son traiciones a la verdad. En política son inevitables, porque a menudo sólo se puede obtener un resultado práctico concillando ideas contrapuestas. La ciencia es obra del individuo particular, nunca fruto de la colaboración de varias personas. La política, en cambio, es siempre cooperación de una pluralidad de

sujetos, por lo que a menudo tiene que haber compromiso.

En la Austria de la posguerra yo era la conciencia económica del País. Sólo muy pocos me ayudaron, al tiempo que todos los partidos políticos desconfiaban de mí. Todos los ministros y todos los dirigentes de los partidos me pedían consejo y querían oír mi opinión. Jamás intenté imponerla ni busqué a un hombre de gobierno o a un político. No frecuenté jamás un *lobby* parlamentario, ni puse el pie en un ministerio, a menos que fuera oficialmente invitado. Los ministros y los dirigentes de partido estuvieron con mucha mayor frecuencia

en mi despacho de la Cámara de comercio que yo en el suyo.

Con mis colegas he trabajado siempre de buena gana. Muchos de ellos eran personas muy preparadas y de gran competencia, y secundaron de todos modos mis esfuerzos.

Mi actividad en la Cámara amplió enormemente mis horizontes. Muchas cosas pasaron ante mi vista. Si hoy dispongo de material para una historia social y económica de la decadencia de la civilización austrohúngara, lo debo en gran parte a los estudios realizados para cumplir mi función en la Cámara de comercio. Muchas cosas, en particular,

las aprendí gracias a los viajes que entre 1912 y 1914 me permitieron visitar todas las zonas del viejo Estado austriaco, para visitar los centros industriales y apreciar las condiciones de la industria, en vistas a renovar la unión aduanera y comercial con Hungría, la creación de un nuevo arancel y la estipulación de un nuevo tratado comercial.

El sector principal de que me ocupaba en la Cámara de comercio no se refería a los problemas de la política comercial sino a los de política financiera, crediticia, fiscal y cambiaría. Y esto naturalmente me obligaba a

ocuparme continuamente de nuevas tareas. Así, por ejemplo, en el periodo entre el armisticio y la firma de la paz de Saint Germain, estuve encargado de las cuestiones financieras en el ministerio de Exteriores. Posteriormente, en la fase de aplicación de las cláusulas del tratado de paz, pasé a dirigir la oficina que se ocupaba de la liquidación de las deudas contraídas antes de la guerra. En esta función tuve que tratar frecuentemente con los representantes de los exenemigos. Era el delegado austriaco en la Cámara de comercio internacional y miembro de las muchas comisiones y comités que tenían

la desesperada función de hacer volver al intercambio pacífico de bienes y servicios a un mundo dominado por el chovinismo y adiestrado al genocidio.

En 1926 fundé el *Österreichische Institut für Konjunkturforschung*. Luego formé parte —junto con Dollfuss y el secretario de la Cámara de trabajo, Palla— del comité de redacción de la comisión económica que en 1930, con la colaboración del profesor Richard Schüller, publicó un «Informe sobre las dificultades económicas de la industria».

Para el propósito de estas notas autobiográficas, no es preciso que me

detenga más sobre las distintas tareas que absorbieron mi tiempo en la Cámara de comercio. Fue un trabajo duro, a veces molesto por las mil estupideces inútiles y carentes de cualquier interés. En cambio, quiero hablar de las finalidades políticas que guiaron mi trabajo.

Mi actividad política en los años 1918-34 se subdivide en cuatro periodos.

1. En el primer periodo, que va de la caída de la monarquía en el otoño de 1918 al otoño de 1919, la tarea más importante que me había propuesto realizar era la de impedir la llegada del

bolchevismo. Ya he contado cómo lo conseguí gracias a mi labor de presión sobre Otto Bauer. Si entonces en Viena no se impuso el bolchevismo, fue única y exclusivamente mérito mío. Sólo pocas personas me apoyaron en esta lucha, y por lo demás su ayuda fue bastante irrelevante. Fui yo solo quien aparté a Bauer de la idea de establecer un pacto con Moscú. Los jóvenes extremistas que no reconocían la autoridad de Bauer y querían obrar por cuenta propia, aun a costa de ir contra la voluntad de la dirección del partido, eran tan inexpertos, incapaces y celosos unos de otros que no consiguieron ni

siquiera fundar un partido comunista autónomo, capaz de hacer algo concreto. Era aún la dirección del viejo partido socialdemócrata la que tenía las riendas de la situación. Y en la dirección era Bauer quien tenía la última palabra.

2. Una vez conjurado el peligro, dirigí todos mis esfuerzos al intento de acabar con la inflación. En esta batalla tuve a mi lado a un colaborador excepcional, Wilhelm Rosenberg, un alumno de Carl Menger, que había permanecido fiel a la amistad del viejo maestro. Era una mente muy aguda, un economista excelente y un brillante jurista. En su oficio de abogado se había

distinguido tanto que se convirtió en el consejero obligado al que se recurría en todas las cuestiones difíciles de carácter económico y financiero. Pero, sobre todo, estaba dispuesto a comprometer el gran prestigio adquirido como ‘experto’ del mundo financiero en la lucha contra la inflación.

Luchamos juntos durante tres años antes de alcanzar nuestro objetivo: la reconstrucción del equilibrio presupuestario y el bloqueo de la emisión ulterior de billetes. Fue mérito exclusivamente nuestro si el cambio de la corona austriaca se estabilizó en 14 400 coronas papel = 1 corona oro y no a

un nivel superior. Pero no era este el objetivo que nos habíamos propuesto.

Si no hubiéramos combatido nuestra apasionada batalla contra la prosecución de la política de déficit e inflación, probablemente ya a comienzos de 1922 la corona habría caído un millón o mil millones de puntos bajo la paridad áurea que tenía en 1892. En tal caso, probablemente, ya no habría sido posible encontrar ningún gobierno capaz de mantener el orden público. El país habría sido ocupado por tropas extranjeras, y las tropas vencedoras habrían tenido que crear un nuevo Estado. La catástrofe se evitó. Un

gobierno austriaco eliminó el déficit y estabilizó la corona. La divisa austriaca no sufrió el descalabro que sufrió la alemana en 1923. No se llegó al límite de la catástrofe. El país tuvo que soportar durante años las consecuencias destructoras de la inflación continua. Su sistema bancario, crediticio y asegurador habría sufrido heridas que ya no sería posible restañar, lo mismo que ya no fue posible frenar la destrucción de capital. Por nuestra parte, encontramos muchas resistencias. De ahí que nuestra victoria llegara demasiado tarde. Aplazó durante años el colapso, pero no pudo salvar a Austria.

Sobre esto Rosenberg y yo no nos hacíamos ilusiones. Sabíamos perfectamente cómo estaban las cosas a propósito del saneamiento. El pesimismo de la desesperación —destino de todos los austriacos clarividentes— acabó con mi amigo. Y no fue sólo el dolor por la pérdida de su hijo único lo que le causó la muerte, sino también la consciencia de que en Viena todo esfuerzo y empeño sería ya inútil.

3. El éxito de la lucha por el saneamiento del presupuesto llegó tarde, pues sólo lentamente conseguimos convencer al partido cristiano-social de

la necesidad de abolir las subvenciones que el Estado pagaba para mantener bajos los precios al por menor de los géneros de primera necesidad racionados. Tales reducciones tenían efectos irrelevantes sobre el presupuesto de los consumidores, mientras que impedían restablecer el equilibrio del presupuesto público. Gracias al apoyo de Weiss-Wellenstein, conseguimos que la gran industria hiciera concesiones a los sindicatos a cambio de la suspensión de las subvenciones sobre los géneros de primera necesidad. Saber que los sindicatos aprobaban, a espaldas de la dirección del partido socialdemócrata,

nuestro plan fue un duro golpe para los jefes del partido. Para impedir las negociaciones, Bauer recurrió entonces a una medida desesperada. El 1 de diciembre de 1921, grupos organizados del partido socialdemócrata, los llamados *Ordner* [organizadores], invadieron el centro de la capital (el I distrito de Viena) y comenzaron a saquear y destruir todas las pequeñas tiendas. La policía, resuelta a permanecer 'neutral', no hizo nada para frenarlos. La opinión pública, en cambio, tomó en los próximos días una firme posición contra esta táctica. Se obligó a los socialdemócratas a

retirarse, y de este modo pudieron reanudarse las negociaciones con los sindicatos.

No debe minusvalorarse el mérito que alcanzó en aquella ocasión el jefe del partido cristiano-social, el profesor Seipel. A pesar de ser lego en economía como sólo un sacerdote puede serlo, intuyó que la inflación era una desgracia, pero por desgracia carecía de toda experiencia político-financiera para combatirla. Rosenberg y yo sentimos entonces el deber de hacerle comprender que la estabilización de la moneda durante un cierto tiempo pondría al descubierto todas las consecuencias

de la inflación en forma de una «crisis de estabilización». Le explicamos que la opinión pública achacaría la responsabilidad de la inflación no a quien la había causado sino a quien la combatía, y que la hiperinflación cedería el paso a la depresión. El partido cristiano-social, por tanto, no recibiría aplausos de agradecimiento sino sólo ingratitud.

Seipel agradeció mucho nuestra sinceridad. Estaba convencido de la necesidad de adoptar ciertas medidas, aun cuando pudieran perjudicar al partido. El hombre político —decía— se distingue del demagogo en que

prefiere lo que es justo a lo que sería aplaudido por todos. No eran muchos en Austria los políticos que pensaban así. Tuve el mayor aprecio por el carácter noble y franco de este sacerdote, a pesar de que su visión del mundo y de la vida me era ajena. Era realmente una gran personalidad.

Lamentablemente, su inexperiencia de las cosas del mundo perjudicaron gravemente a su política. Por ejemplo, no se percató de la corrupción de los hombres de los partidos cristiano-social y alemán-nacional que había elegido como colaboradores. No se dio cuenta de que sus amigos de partido sólo

pensaban en enriquecerse.

Fueron precisamente estos —el primero de todos el diputado y abogado Victor Kienböck, que luego sería ministro de Hacienda, y posteriormente también presidente del Banco nacional — quienes pusieron a Seipel en contacto con Gottfried Kunwald. Hijo de un eminente abogado del foro de Viena, Kunwald era inválido de nacimiento. Apenas podía dar unos pasos para arrastrarse de una habitación a otra. Al tener necesidad de asistencia y vigilancia continuas, tenía que estar siempre acompañado de dos robustos jóvenes que le ayudaban a subir y bajar

del carruaje y subir las escaleras. Superando con valentía todos estos impedimentos, Kunwald había podido concluir los estudios universitarios doctorándose en derecho. No podía ejercer la abogada porque sus condiciones físicas no le permitían efectuar el año obligatorio de prácticas en el tribunal. Pero trabajó en el estudio de abogados fundado por su padre y dirigido por su cuñado. Y como era un excelente y competente jurista, tenía también una rica clientela.

A pesar de ser muy culto, Kunwald era incapaz de pensar en términos económicos, puesto que miraba los

problemas económicos siempre y sólo con ojos de jurista que debe redactar un contrato. Era sin embargo enemigo de la inflación, porque, en cuanto jurista, conocía muy bien las perturbaciones económicas que provoca. De modo que, cuando Rosenberg y yo iniciamos la batalla contra la inflación, se apresuró a apoyamos a su manera.

Kunwald gozaba de la confianza ilimitada de numerosos políticos cristiano-sociales y de algunos banqueros a los que había asesorado legalmente en ocasiones delicadas. Los negocios de estos amigos suyos no siempre eran transparentes.

Aprovechándose sin escrúpulos de su posición en la vida pública, estos políticos cristiano-sociales proporcionaban —con la correspondiente comisión— adjudicaciones de todo tipo, ayudaban a obtener contratas públicas, ejercían su protección a todos los niveles burocráticos. De este modo, durante la inflación habían ganado mucho dinero, y ahora temían que la estabilización pusiera en peligro sus intereses. Kunwald les advirtió que, en todo caso, la hiperinflación estaba a punto de terminar, y al mismo tiempo les explicó que, después de la estabilización, no

faltarían ocasiones para hacer buenos negocios.

Cuando Rosenberg y yo conseguimos ganar a Seipel y a su partido a la causa de la estabilización, estos eligieron a Kunwald como hombre de confianza para aplicar las medidas necesarias. Kunwald estaba sin duda a la altura de la tarea y con él pudimos entonces trabajar en perfecto acuerdo y con excelentes resultados. Sólo en los años que siguieron su influencia resultó nefasta. Durante la batalla a favor de la estabilización, había comenzado a rodearse de un círculo de banqueros, funcionarios ministeriales y políticos

cristiano-sociales, con los cuales mantenía una especie de seminario de política financiera. Y siguió manteniendo este círculo, asignándole la función principal de refutar o debilitar mi crítica a la política económica dominante basada en el intervencionismo estatal. Según Kunwald y sus amigos, la situación no era, después de todo, tan dramática como yo la describía; en el plano económico Austria hacía progresos, y no se podía afirmar que la política económica intervencionista no causara más que destrucción de capital.

Tengo la seguridad de que Kunwald

no obraba de buena fe cuando ostentaba esta visión optimista de las cosas. En realidad había comprendido exactamente la situación de los bancos y de las grandes empresas industriales, y a menudo había hecho declaraciones no menos pesimistas que las mías. Pero creía que, si hubiera expuesto a los ministros la realidad pura y cruda de aquella situación, habría disminuido su influencia sobre ellos, mientras que precisamente de esta influencia dependían sus pingües ganancias como abogado y agente financiero que proporcionaba concesiones y otros favores a sus clientes.

Era sumamente difícil calibrar la influencia negativa de Kunwald. No se podía hablar libremente en público de estas cosas sin comprometer la confianza en la economía austriaca. Habría sido muy fácil exponer los hechos de tal modo que cada uno se viera obligado a tomar nota de la necesidad de acabar con la política de destrucción de capital. Pero de este modo se habría hundido el crédito de los bancos en el exterior, llevándolos inevitablemente a la quiebra. De ahí que, en mi esfuerzo por imprimir un giro a la política económica, me vi precisado a imponerme ciertas cautelas para no

alarmar a la opinión pública y no perturbar el crédito de los bancos y de la industria. Esta cautela dictó mi actitud durante todo el tercer periodo, que va desde la estabilización de la moneda en 1922 hasta la quiebra del *Kreditanstalten* la primavera de 1931. Cuanto más empeoraba la situación con el mantenimiento de la nefasta política económica, más aumentaba el riesgo de una crisis de confianza, y por lo tanto también la importancia de no alarmar a los mercados extranjeros. Tras la quiebra del *Bodenkreditansfalfen* 1929, insistí para que se organizara en Londres una exposición de la producción

austriaca a partir de 1921, con los gráficos de los progresos realizados. Que se trataba de progresos muy dudosos lo sabíamos perfectamente tanto yo como Hayek, que como director del *Institut für Konjunkturforschung* había elaborado los gráficos. Pero, a la luz de las concepciones mercantilistas dominantes, aparecían en todo caso como progresos, y por lo tanto no vi una particular malicia en presentarlos en el exterior, tanto más que los cuadros mostraban tan sólo cifras estadísticamente innegables.

Sin embargo, las necesarias cautelas por la delicada situación político-

crediticia no me indujeron nunca a ofrecer una descripción edulcorada de la situación económica, ni a tolerar la ocultación o incluso la falsificación de los datos estadísticos. En nombre de la Comisión económica a la que aludí anteriormente, solicité al Instituto un estudio sobre la destrucción de capital. Apenas pensó la Comisión publicar en su propio boletín los resultados del estudio, inmediatamente los bancos se pusieron a la defensiva. Sabía ya por entonces que la gran crisis bancaria estaba en puertas, y quería hacer todo lo posible para evitar que la explosión se precipitara. Las objeciones de los

bancos carecían de fundamento; di mi aprobación a la idea de publicar el estudio, no bajo la paternidad de la Comisión ni siquiera del Instituto, sino bajo el nombre del director del mismo, que por entonces era Oskar Morgenstern.

El trabajo que tuve que desarrollar en este tercer periodo de mi actividad política en la Austria posbélica fue aún más minucioso y agotador que el afrontado en los dos periodos anteriores; un trabajo cargado de tantas bagatelas cotidianas contra la ignorancia, la ineptitud, la indolencia, la ruindad y la corrupción. Pero no estaba

solo en esta lucha. Me ayudaron viejos y queridos amigos, como Siegfried Strakosch von Feldringen, Gustav Weiss von Wellenstein y Víctor Graetz. Particularmente valioso fue para mí el apoyo de mi colaboradora en la Cámara de comercio, Therese Wolf-Thieberger. Su extraordinaria inteligencia, su trabajo infatigable y su valentía personal me ayudaron enormemente a superar momentos difíciles.

4. En todos aquellos años circulaba un lugar común que tuvo efectos nefastos: el de la «incapacidad de supervivencia» de Austria. Dentro y fuera de Austria todos estaban

convencidos de que Austria era «incapaz de sobrevivir». Un «pequeño» país —se decía— no puede tener una vida autónoma, especialmente cuando tiene que importar las materias primas más importantes. Austria tenía por tanto que intentar adherirse a un área económica más amplia; en una palabra, tenía que perseguir el *Anschluss* al *Reich* alemán.

Fuera de Austria esta idea era también compartida por aquellos ambientes que en el tratado de paz de Saint-Germain habían incluido la prohibición de toda anexión, y para garantizar la independencia política de

Austria habían sugerido concederle especiales privilegios económicos. En este contexto, la Sociedad de Naciones garantizó los préstamos para la aplicación de las medidas de saneamiento adoptadas en 1922 por Seipel. Pero en aquella época Austria no tenía necesidad de préstamos exteriores; lo que necesitaba era un comisario de finanzas que fuera extranjero.

El gobierno debía tener la posibilidad de transferir sobre un extranjero el odio que habría desencadenado un veto al aumento del gasto público. La Sociedad de Naciones nombró para esta función a un holandés,

un auténtico incompetente, carente de tacto y arrogante, de nombre Zimmerman. A un funcionario del ministerio de Hacienda, Hans Patzauer, se le confió la delegación para los asuntos económicos. Patzauer era una persona capaz, competente y de carácter resuelto, es decir totalmente a la altura de la misión que le había sido confiada. Pero, por desgracia, murió poco antes de que concluyera la misión de Zimmerman. Que esta tutela financiera del Estado austriaco era muy necesaria, lo demuestra la circunstancia de que el gobierno, a las pocas horas de que esa misión concluyera, garantizó las

obligaciones del *Zentralbank Deutscher Sparkassen*, un banco insolvente.

A parte de la concesión de los préstamos a que antes me referí y de otro en 1923, las potencias occidentales no hicieron nada para ayudar a Austria. Cuando los nacionalsocialistas boicotearon la exportación de madera hacia el *Reich* alemán, se trató inútilmente de inducir al gobierno francés a que concediera facilidades aduaneras que fomentaran la exportación de madera a Francia.

La leyenda de la incapacidad austriaca de supervivencia se convirtió para los nacionalistas alemanes —

transformados tras la caída de la monarquía en partido «gran-alemán»— en el argumento puntero a favor del *Anschluss*. Para los cristiano-sociales, que fingían ser también favorables, pero hacían todo lo posible para impedirlo, aquella leyenda era un cómodo instrumento para sabotear todos los intentos de reconducir la política económica al carril de la sensatez. Somos incapaces de sobrevivir —decían—, y por ello es inútil inventar políticas económicas capaces de permitir a nuestro Estado una supervivencia imposible. Proponer mejoras capaces de corregir la política

económica llegó incluso a considerarse antipatriótico. La teoría de la «incapacidad de supervivencia» era el punto fuerte de la política exterior. Con ella se pensaba poder arrancar a las potencias occidentales toda clase de facilidades. Y quien la criticaba abiertamente —como por ejemplo Friedrich Otto Hertz— era calificado de traidor.

No es necesario demostrar aquí que la teoría de la imposibilidad de supervivencia de los pequeños Estado era totalmente insostenible. Sólo quiero observar hasta qué punto era contradictoria en boca de los

proteccionistas en el gobierno. La industria de la nueva Austria, una vez desaparecido el régimen aduanero de la vieja monarquía, había sufrido menos que la de los Sudetes. A partir de 1918, muchas industrias austriacas, liberadas de la presión de la competencia de los Sudetes, habían podido incrementar su producción. Y habían surgido otras industrias nuevas, como por ejemplo la del azúcar. Con el viejo régimen aduanero, la agricultura se encontraba en grave desventaja respecto a la húngara. Ahora la nueva política de aranceles prohibitivos le permitía una notable expansión productiva. Por otro lado,

dadas las condiciones desfavorables del mercado del carbón, no constituía ninguna desventaja el que Austria tuviera que importarlo. En general, conviene considerar que, durante la fase de expansión iniciada en 1929, los precios de las materias primas cayeron mucho más rápida y claramente que los de los productos industriales y que la depresión afectó mucho menos a los países industriales que a los agrícolas y productores de materias primas. No había, pues, ninguna justificación para que Austria se uniera al coro de quejas sobre la caída de los precios de las materias primas.

También en el aspecto financiero la nueva Austria sufrió menos que las demás partes del Imperio por la disolución del viejo Estado. En el viejo Imperio, para cubrir los costes administrativos de las demás provincias, el gobierno había tenido siempre que recurrir a los impuestos recaudados en el área que posteriormente constituiría la nueva Austria. No es cierto que los ciudadanos de la Baja Austria vivieran de los tributos de las demás provincias del Imperio, por ejemplo de la Galizia y de la Dalmacia, sino que más bien habían sido ellos los que financiaron a estos.

Se ha dicho que la nueva Austria tuvo que cargar con una parte desproporcionadamente alta del aparato administrativo del viejo Estado plurinacional. Pero tampoco esto es verdad. La nueva Austria absorbió en la administración pública un número reducido de funcionarios, en su mayor parte empleados de los ferrocarriles que habían trabajado en las otras partes del Imperio. El número preciso no se ha sabido nunca, pues los burócratas frustraron cualquier intento de comprobar estos datos. Al mismo tiempo, fueron muchas las personas —acaso hasta diez mil— que encontraron

trabajo especialmente en los ferrocarriles. Lo cual quiere decir que el exceso de empleados públicos en Austria no tenía nada que ver con la herencia del viejo Imperio.

Jamás se exagerará el efecto paralizante que tuvo la tesis de la «incapacidad de supervivencia» de la nueva Austria. Apenas se hacía una propuesta de reforma, inmediatamente quedaba descartada en nombre de este lugar común. La evidente ineficiencia de aquella época, aquel responder a cualquier iniciativa con el malhadado «nada que hacer», tuvieron en aquel eslogan una justificación a la que todos

acabaron por resignarse.

Fue esta situación la que a veces hizo que fuera titubeante mi actitud respecto al programa del *Anschluss*. No es que no viera el riesgo que habría representado para la civilización austriaca una asociación con el *Reich* alemán. Pero había momentos en los que no podía menos de preguntarme si por ventura la anexión no sería el mal menor respecto a una política que nos llevaría ineluctablemente a la catástrofe.

Formalmente, tras el saneamiento de 1922, Austria estaba gobernada por una coalición constituida por cristiano-sociales y partidarios de la Gran

Alemania. Los socialdemócratas estaban en la oposición y achacaban a los partidos «burgueses» la responsabilidad de todas las deficiencias del sistema dominante. Pero la realidad efectiva era muy otra. Gran parte del poder ejecutivo estaba en manos de los *Lander* y sus gobiernos. Los poderes del Estado federal, o sea del parlamento y el gobierno federales, eran limitados. En el *Land* más importante, más rico y poblado de la federación —la ciudad de Viena— dominaba absolutamente el partido socialdemócrata, el cual aprovechaba su posición de poder para hacer una guerra destructiva contra el

sistema económico capitalista. El segunda *Land* por importancia —la Baja Austria— estaba gobernado por una coalición de socialdemócratas y cristiano-sociales, y aquí los partidarios de la Gran Alemania estaban en la oposición. También en el tercer *Land* más importante —la Estiria— los socialdemócratas formaban parte del gobierno. Sólo en los pequeños *Lander*, financiera y demográficamente más pobres, los socialdemócratas estaban en la oposición.

Pero la verdadera posición de fuerza de la Socialdemocracia no dependía de su representación parlamentaria y de su

participación en el gobierno, sino de su aparato de terror. El partido socialdemócrata controlaba todos los sindicatos, y sobre todo los de empleados de los ferrocarriles y de la administración postal, telegráfica y telefónica. En cualquier momento podía paralizar mediante la huelga toda la vida económica; apenas surgía una discrepancia con la política del gobierno federal, amenazaba con la huelga de empresas vitales del país y el gobierno no tenía más remedio que ceder.

Pero el aspecto más grave era que la Socialdemocracia disponía de un

auténtico ejército de partido, dotado de fusiles y ametralladoras e incluso de artillería ligera, con las correspondientes y abundantes municiones, con una tropa al menos tres veces numéricamente superior a las tropas de que disponía en conjunto el gobierno (ejército federal, gendarmería regional y policía). Las fuerzas armadas federales no disponían ni de tanques ni de artillería pesada ni de aeroplanos, porque estaba prohibido por el tratado de paz, y los agregados militares de las potencias vencedoras vigilaban rígidamente la observancia de las cláusulas de desarme. En cambio, en

relación con los socialdemócratas, las potencias occidentales eran más indulgentes. En los meses que siguieron a la firma del armisticio y la celebración del tratado de paz, toleraron que los socialdemócratas se hicieran con todas las armas que quisieran, tomándolas de los depósitos del viejo ejército, y posteriormente toleraron incluso que fueran importadas de Checoslovaquia. El ejército socialdemócrata, oficialmente llamado *Ordner* [organizadores] hacía desfiles públicos y ejercicios militares sin que el gobierno pudiera oponerse. La Socialdemocracia reivindicaba para sí

el «derecho a la calle», sin que nadie se opusiera.

Los socialdemócratas habían arrebatado este derecho ya al viejo Imperio. Durante las agitaciones que en 1907 condujeron a la introducción del sufragio universal, igual y directo para la elección del parlamento, el partido socialdemócrata trató de intimidar y plegar con el terror al gobierno y al parlamento. La constitución austriaca había prohibido expresamente celebrar asambleas al aire libre en las proximidades del parlamento durante sus sesiones. Se quería así garantizar al parlamento la posibilidad de deliberar

sin sufrir la presión de las masas de la capital, teniendo en cuenta que la ciudad de Viena, antes de 1907, gozaba de una representación parlamentaria proporcionalmente muy superior a su población. Pero los socialdemócratas no hicieron caso de la prohibición, lo cual fue ignorado por el gobierno. El 28 de noviembre de 1905 Viena quedó totalmente paralizada por la huelga general, y 250 000 trabajadores desfilaron en formación militar a lo largo de la Ringstrasse y ante el edificio del parlamento. Abrían la marcha los funcionarios del partido. Aquella noche me encontré casualmente con Bauer en

un café del centro. Estaba literalmente embriagado del éxito de aquella marcha, y dijo, plenamente satisfecho, que la Socialdemocracia tenía ya en su mano la calle y en el futuro sabría como defenderla. Como yo pensaba de un modo algo diferente, pregunté a Bauer: «¿Qué sucederá si otro partido desfila por las calles con fuerzas igualmente organizadas? ¿No estallará necesariamente la guerra civil?». La respuesta de Bauer fue muy significativa: «Esta es una pregunta que sólo puede hacer un burgués que no ha entendido que el futuro sólo nos pertenece a nosotros. ¿De dónde podría

venir el partido que osara oponerse al proletariado organizado de la Socialdemocracia? Una vez que hayamos conquistado el poder, ya no habrá reacción».

El marxismo hacía que los socialdemócratas fueran ciegos y obtusos. Un día, en los primeros años de la república austriaca, oí cómo el alcalde de Viena, el socialdemócrata Seitz, hacía las siguientes afirmaciones: «El poder de la Socialdemocracia en Viena está asegurado para siempre. Desde el jardín de infancia se les inculca a los niños una conciencia de clase proletaria; la escuela enseña la

doctrina socialdemócrata, y el sindicato perfecciona esta educación. El ciudadano vienés nace socialdemócrata, vive como socialdemócrata, y muere como ha vivido». Exponiéndome al reproche de todos los presentes, me limité a replicar con el dicho vienés «*es sollen auch schon vierstöckige Hausherren gestorben sein*», algo así como: paciencia, la muerte no respeta a nadie, ni siquiera a los grandes y poderosos.

El terrorismo practicado por la Socialdemocracia obligó a los demás austriacos a organizar a su vez un aparato de defensa. Los primeros

intentos comenzaron ya en el invierno de 1918-19. Después de varios fracasos, la milicia patriótica consiguió al fin obtener algunos éxitos organizativos. Pero sus medios y el número de sus miembros fueron modestos hasta 1934, y los celos entre sus dirigentes mermaron su capacidad de acción.

Asistía horrorizado a estos desarrollos, por lo demás inevitables. Era claro que Austria caminaba hacia la guerra civil, y yo nada podía hacer para oponerme a ello. Incluso mis mejores amigos pensaban que a la violencia de la Socialdemocracia sólo se podía responder con igual violencia. El

nacimiento de la milicia patriótica introdujo una nueva figura política: el aventurero sin ton ni son, el desesperado obtuso que se abría paso porque sabía organizar un ejercicio militar y poseía un vozarrón para mandar. La biblia de esta gente era el reglamento militar, su lema «la autoridad». Como identificaban la democracia con la Socialdemocracia, en la primera veían el colmo de todos los males. Posteriormente se agarraron a la palabra de orden del «Estado corporativo», pero su ideal social era un Estado militar en el que sólo ellos mandarían.

Con la quiebra del *Creditanstalt*

mayo de 1931 se cerró el tercer periodo de mi actividad en la Cámara de comercio. Los márgenes de maniobra se me había reducido notablemente. Me dediqué entonces con todas mis fuerzas a combatir la política inflacionista que el gobierno había empezado de nuevo a alimentar. Si entonces la inflación no superó el cambio de 175 chelines (en lugar de 139) por 100 francos suizos, y si muy pronto se volvió a una nueva fase de estabilización de este cambio, fue exclusivamente mérito mío.

Pero la batalla por Austria estaba perdida. Aunque hubiera tenido un éxito completo, Austria no habría podido

salvarse. El enemigo que la aniquilaría venía de fuera. Austria no podía resistir por mucho tiempo al asalto de los nacionalsocialistas, que no tardaría en arrollar a toda Europa.

Para Austria no se trataba ya de un problema de política interna. Su destino estaba en manos de Europa occidental. Quien quería hacer algo por Austria tenía que hacerlo desde el exterior. Cuando en la primavera de 1934 se me ofreció una cátedra de «Relaciones económicas internacionales» en el *Institut Universitaire des Hautes Études Internationales* de Ginebra, la acepté con alegría. Conservé sin

embargo el puesto en la Cámara de comercio, y de vez en cuando volvía a Viena para continuar mi vieja actividad. Pero estaba resuelto a no establecerme de nuevo en Viena mientras no fuera destruido el *Reich* nacionalsocialista. Sobre mi actividad política entre 1934 y 1938 volveré más adelante.

Durante dieciséis años libré en la Cámara de comercio de Viena una batalla en la que sólo conseguí un aplazamiento de la catástrofe. Afronté grandes sacrificios personales, aunque siempre preví que no lograría la victoria. Pero no me arrepiento de haber intentado lo imposible. No habría

podido comportarme de otro modo. Luché porque no tenía alternativa.

9. *Mi actividad docente en Viena*

Ninguna otra profesión me parecía más atractiva que la de profesor universitario. Pero no tardé en comprender que un liberal como yo jamás podía alcanzar un puesto de catedrático en una universidad de lengua alemana. El único pesar era tener que ganarme la vida con un trabajo no académico. Sin embargo, la enseñanza libre me pareció suficiente

para poder desarrollar una provechosa actividad docente.

Recibí la habilitación para la enseñanza en 1913 en la facultad de Derecho de Viena, y en 1918 fui nombrado profesor extraordinario en dicha universidad. En Austria no pasé de aquí en mi carrera académica. Supongo que los nacionalsocialistas me borrarían en 1928 de la lista de profesores, sin tomarse siquiera la molestia de comunicármelo.

En los primeros años de mi actividad académica, enseñé incluso durante algunos cursos. Posteriormente me limité a mantener un seminario de

dos horas semanales sobre problemas de teoría económica. El éxito de estas lecciones iba aumentando cada año, y a ellas asistían casi todos los alumnos que estudiaban seriamente la economía. Naturalmente, eran sólo una pequeña parte de los muchos centenares de estudiantes que cada año se graduaban en Derecho y en Ciencias Políticas. Mis clases eran muy concurridas. En general, a un seminario no acudían más de 20-25 estudiantes; al mío asistían de 40 a 50.

Después del retiro de Wieser y el traslado de Grünberg a Fráncfort, quedaron como titulares de las tres cátedras de economía política Othmar

Spann, Hans Mayer y Ferdinand Degenfeld-Schonburg. Spann ignoraba casi totalmente todo lo referente a la economía política moderna, y en realidad no enseñaba economía política sino «universalismo», que en definitiva no era otra cosa que nacionalsocialismo. Todavía menos chapurreaba Degenfeld de problemas económicos; su enseñanza se habría considerado apenas suficiente en una escuela de comercio de bajo nivel. Mayer era el alumno predilecto de Wieser. Conocía las obras de su maestro, y también las de Menger y Böhm-Bawerk. Pero carecía absolutamente de toda capacidad crítica,

y jamás parió una idea autónoma. En realidad jamás comprendió el sentido mismo de la economía política. La conciencia de esta su esterilidad e incapacidad le produjo una grave forma de depresión que le hizo malicioso y de humor inestable. Pasaba el tiempo atacando a Spann y tramando mezquinas intrigas contra mí. Sus lecciones eran penosas, y lo mismo ocurría con su seminario. Y por tanto no tenía yo razón para estar orgulloso si los estudiantes, los jóvenes recién graduados y muchos extranjeros que querían estudiar uno o dos semestres en Viena, preferían mis lecciones.

Spann y Mayer estaba celosos de mi éxito y trataban de quitarme los estudiantes, los cuales entre otras cosas decían que a los candidatos matriculados en mis cursos se les trataba muy mal en los exámenes. No podía comprobar la autenticidad de tales afirmaciones, pero solía decir a mis estudiantes que no habría tenido en consideración el hecho de que estuvieran matriculados oficialmente en mi seminario. Y de hecho ellos hicieron buen uso de esta autorización, de tal modo que de 40 o 50 que asistían a él, no más de ocho o diez estaban inscritos en los ejercicios. Además, los

profesores ordinarios creaban muchas dificultades a los candidatos al doctorado en ciencias políticas que querían hacer la tesis conmigo. Y quien pretendía obtener la habilitación a la enseñanza debía tener mucho cuidado de no aparecer como alumno mío.

A los estudiantes matriculados en mi seminario se les negaba incluso el acceso a la biblioteca del Seminario de economía política, a no ser que también estuvieran matriculados en el seminario de uno de los catedráticos. Pero la treta falló su objetivo, porque mientras tanto había creado en la Cámara de comercio una excelente biblioteca,

incomparablemente más nutrida que la del Seminario universitario, especialmente en lo referente al sector de la literatura económica anglosajona moderna.

Pero todas estas mezquindades me dejaban indiferente. Mucho más grave en cambio era el nivel, en general bajo, de la enseñanza universitaria en Viena. El esplendor que tenía aquella universidad cuando yo estudiaba era ya un lejano recuerdo. Muchos profesores no merecían siquiera la calificación de hombres cultos. En la facultad de Derecho y en el departamento de Ciencias Humanas de la facultad de

Filosofía se respiraba un aire que tenían muy poco que ver con la cultura y con la ciencia. En la primera mitad de los años veinte me invitaron en varias ocasiones a algunos debates entre eminentes profesores ordinarios, cuyo tema se centraba en las aportaciones del Estado a las universidades. Me invitaban a esas discusiones porque contaban con mi influencia sobre el consejero ministerial Patzauer, al que amparaba el comisario de la Sociedad de Naciones Zimmerman. Cuando, durante una de estas reuniones, se leyó una carta de un extranjero, amigo de la cultura vienesa, en la cual se empleaban términos como

‘pragmatismo’, ‘behaviorismo’ y ‘revival’, resultó que ninguno de los presentes había oído jamás ninguna de estas palabras. En una ocasión pudo constatarse que el nombre de Benedetto Croce lo desconocían todos y que la mayoría de aquellos eminentes profesores no habían oído hablar de Henry Bergson.

Y sin embargo entre ellos se encontraban el presidente de la Academia de Ciencias, Oswald Redlich, titular de una cátedra de historia medieval, y el catedrático de Derecho penal, conde Wenzel Gleisbach.

Esto puede servir para darse una

idea del nivel medio cultural de los estudiantes. Examinaba en economía y ciencia de las finanzas a los candidatos en los exámenes de Estado de ciencias políticas. Pues bien, la ignorancia que revelaban los candidatos era simplemente desalentadora; pero aún más grave era el hecho de que los miembros del tribunal examinador no atribuían ninguna importancia a estos desastrosos resultados. Recuerdo que una vez tuve que hacer enormes esfuerzos para convencer al tribunal de que tenía que suspender a un candidato que creía que Marx vivió en el siglo XVIII, que el impuesto sobre la cerveza

era un impuesto directo y que en el examen de derecho público había demostrado que no tenía ni idea de lo que es «responsabilidad de los ministros». En realidad, un día tuve que constatar que esta ignorancia se daba también en gentes muy encopetadas. El presidente de la República, Miklas, que había sido profesor de historia en un instituto, tuvo una vez conmigo y con el presidente del Banco nacional, el profesor Richard Reisch, una discusión a propósito de la cláusula de nación más favorecida. En la conversación mencioné la paz de Fráncfort. Pues bien, Miklas me preguntó cuándo y entre qué

Estados se celebró ese tratado de paz.

Había en Austria un foso insalvable entre los diversos grupúsculos de intelectuales vieneses y la masa de los —llamados— hombres de cultura. El sistema de enseñanza había caído a niveles tan bajos que ya no podía ofrecer formación alguna a los jóvenes. La mayor parte de los graduados en derecho, ciencias políticas y filosofía no estaban suficientemente preparados para ejercer su propia profesión, eran incapaces de pensar y evitaban cuidadosamente los libros serios. De cien abogados vieneses, como mucho diez eran capaces de leer una revista

inglesa o francesa. Y no hablemos de la situación fuera de Viena, y de los graduados en derecho empleados en la administración pública, donde la relación era peor aún.

Entré en contacto directo con estas cosas porque era secretario de la Cámara de comercio. Como profesor, sólo tenía que tratar con un grupo seleccionado de las personas más dotadas. Y debo decir que cuando enseñaba economía política en la Academia comercial femenina —hablo de los años 1906-12— y luego de nuevo en 1918-19 en la Academia vienesa para la exportación (convertida

posteriormente en Instituto superior para el comercio mundial) donde expliqué un curso para oficiales que deseaban pasar a la vida civil, mi auditorio estaba formado prevalentemente por personas culturalmente por encima de la media.

Pero mi actividad docente se centraba sobre todo en mi ‘seminario privado’. A partir de 1920, de octubre a junio, un cierto número de jóvenes había tomado la costumbre de reunirse conmigo cada dos semanas. Mi despacho en la Cámara de comercio era bastante espacioso para contener de 20 a 25 personas. De ordinario nuestras reuniones empezaban a las siete de la

tarde y terminaban a las diez y media. En aquellas reuniones discutíamos de manera informal de todos los problemas importantes de la economía política, de la filosofía social, de la sociología, de la lógica y de la epistemología de las ciencias de la acción humana. Fue en aquel círculo donde surgió la joven Escuela austriaca de economía política; y fue allí donde la cultura vienesa conoció uno de sus periodos áureos. Yo no era ni su maestro ni el director del seminario, sino simplemente el *primus inter pares*, uno que en aquellas reuniones recibía más de lo que daba.

Todos los integrantes del círculo

acudían voluntariamente, atraídos sólo por el afán de conocer. Venían como alumnos, pero a lo largo de los años se convertían en amigos. Con posterioridad vinieron a formar parte del círculo también algunos coetáneos míos. También acudieron, y participaron directamente en las discusiones, muchos estudiosos extranjeros residentes en Viena.

El seminario privado no tenía ningún papel o función oficial. No tenía nada que ver con la Universidad, ni con la Cámara de comercio. Era y permaneció siempre el círculo de mis amigos, todos más jóvenes que yo. Fuera nadie supo

nunca nada de nuestros encuentros; vieron sólo los trabajos que los distintos integrantes iban publicando.

No formábamos una escuela, un grupo o una secta. Nos estimulaban más las diferencias que las coincidencias de opinión. En una sola cosa estábamos firmemente unidos: en el anhelo de construir las ciencias de la acción humana. Cada uno seguía su propio camino y sus propias reglas. Jamás organizamos o emprendimos algo que se asemejara a las repugnantes 'iniciativas' de los 'científicos' de la época guillermina y posguillermina. Jamás se nos ocurrió publicar una revista o una

colección de ensayos. Cada uno trabajaba por su cuenta, como corresponde al verdadero teórico. Cada uno de nosotros trabajaba para el círculo y no buscaba más recompensa que el reconocimiento de los amigos, no su aplauso. Todo el interés estaba en este intercambio gratuito de ideas, en el que todos nos sentíamos felices y satisfechos.

Junto al seminario privado existía un segundo grupo de amigos de la investigación económica. Karl Pribram, Emil Perels, Else Cronbach y yo organizamos, a partir del 12 de marzo de 1908, reuniones regulares dedicadas a la

discusión de problemas económicos y de las principales cuestiones de las disciplinas limítrofes. Este grupo no tardó en ampliarse, hallando un hermoso marco en la sala de conferencias de la *Zentralstelle für Wohnungsreform*. Pero en el periodo en que yo estuve ausente de Viena, debido al servicio militar, se había tenido imprudentemente demasiada manga ancha en la admisión de nuevos participantes, con grave perjuicio para la armonía de las discusiones. A mi regreso, estas cesaron completamente. Inmediatamente después de la guerra, traté de dar nueva vida al grupo. Para no entrar en conflicto con

las autoridades, tuvimos que constituir formalmente una asociación que llamamos *Nationalökonomische Gesellschaft*. Pero muy pronto surgieron dificultades; en efecto, resultó evidente que una colaboración con Spann, por ejemplo, era imposible. Sin embargo, al poco tiempo conseguimos alejarle, y la asociación reanudó su actividad.

De ella podía formar parte todo el que estuviera seriamente interesado en los problemas económicos. A intervalos regulares, organizábamos en la sala de reuniones de la Unión de bancos conferencias que pronunciaban miembros de la asociación o invitados

extranjeros, a las que solían seguir animadas discusiones. El núcleo de la asociación estaba formado por amigos que participaban en mi seminario privado; pero también había algunos excelentes economistas como Richard Schüller, Siegfried Strakosch von Feldringen, Viktor Graetz y muchos otros.

Para no molestar a los catedráticos de la Universidad, la asociación tuvo que nombrar como presidente a Hans Mayer, mientras que yo era el vicepresidente. Después de mi traslado a Ginebra en 1934, que sólo me permitía regresar a Viena para breves visitas, la

asociación empezó lentamente a languidecer.

El 19 de marzo de 1938 Hans Mayer envió a todos los miembros una comunicación del siguiente tenor: «Ante la nueva situación de la Austria alemana, se comunica que en obediencia a las leyes sobre la materia actualmente vigentes también en este país, todos los miembros no arianos de la *Nationalökonomische Gesellschaft* quedan expulsados de la asociación».

Fue esta la última señal de vida de la asociación.

Lista de los asistentes fijos al

seminario privado:

- Ludwig Bettelheim-Gabillon
- Victor Bloch
- Stephanie Braun-Browne
- Friedrich Engel Jánosi
- Walter Froehlich
- Gottfried von Haberler
- Friedrich A. von Hayek
- Marianne von Herzfeld
- Felix Kaufmann
- Rudolf Klein
- Helene Lieser-Berger
- Rudolf Loebl
- Gertrud Lovasy
- Fritz Machlup
- Ilse Mintz-Schüller
- Oskar Morgenstern

Adolf G. Redlich-Redlley	Elly Offenheimer-Spiro
Paul N. Rosenstein-Rodan	Karol Schlesinger
Fritz Schreier	Alfred Schütz
Richard von Strigl	Emanuel Winternitz
Eric Voegelin	Robert Wälder

10. *La actividad científica en Alemania*

El *Verein für Sozialpolitik* celebró su congreso de 1909 en Viena y el de 1911 en Núremberg. Asistí a los dos, limitándome a escuchar. En cambio, en el congreso de Ratisbona, celebrado en 1919, formé parte del comité científico. No había en ello especial significado, pues se trataba simplemente de un tratamiento honorífico que se concedía a

quienes habían colaborado en la revista del *Verein*. Pero con el tiempo mi posición se fue haciendo cada vez más importante. A diferencia de lo que se había hecho antes de la guerra, se quería que ahora estuvieran representadas en el *Verein* todas las tendencias, y por ello se trataba de implicarme cada vez más, pues se me consideraba un representante de la Escuela austriaca. Y así, al fin acabé formando parte de la dirección. Colaboré en la edición de los escritos sobre los cárteles, y fui yo quien preparé y dirigí gran parte del debate sobre el problema del valor que tuvo lugar en 1932 en Dresde.

Fui luego elegido —creo que en 1924 o 1925— miembro de la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie*.

Abandoné ambas asociaciones en 1933.

La impresión que recibí de los profesores de ciencias económico-políticas y de sociología de las universidades alemanas no fue positiva. Había sin duda entre ellos algunas personas preparadas y animadas de una vocación científica seria. Pero otras no lo eran en absoluto.

Ante todo no eran economistas, e incluso la mayor parte combatía la economía política. Pero no había por

qué reprochárselo. Al fin y al cabo eran alumnos de Schmoller, de Wagner, de Bücher y de Brentano. Desconocían las obras de teoría económica, no tenían ni idea de los problemas económicos, y consideraban al economista como enemigo del Estado, un no-alemán sospechoso de ser un defensor de los intereses empresariales y un partidario del librecambio. Apenas caía en sus manos un texto de economía, se dedicaban afanosamente a buscar defectos y errores. Eran diletantes en todo aquello a lo que se aplicaban. Querían ser historiadores, pero juzgaban inadecuadas todas las ciencias

históricas auxiliares —es decir precisamente las que constituyen el instrumental básico del historiador— y carecían completamente del sentido de la investigación histórica. No tenían familiaridad alguna con las cuestiones matemáticas fundamentales de la estadística, y estaban igualmente in albis en materia jurídica, técnico-bancaria, tecnológica y técnica comercial. Publicaban con increíble despreocupación libros y ensayos sobre cosas de las que nada entendían.

Pero lo peor era la desenvoltura con que cambiaban de bandera apenas cambiaba el viento. En torno a 1918 la

mayor parte de ellos simpatizaban ardientemente con los socialdemócratas, pero en 1933 acabaron pactando con los nacionalsocialistas. Se habrían hecho comunistas, si el bolchevismo hubiera llegado al poder.

El gran adalid de este futuro era Werner Sombart, considerado un pionero de la historia económica, de la teoría económica y de la sociología. Gozaba de la reputación de hombre de una pieza, porque una vez había provocado la ira del emperador Guillermo. Hay que decir que Sombart merecía el reconocimiento de sus colegas, porque en el fondo sintetizaba

en su persona todos sus defectos. Jamás tuvo otra ambición que la de llamar la atención sobre sí mismo y ganar dinero. Su voluminosa obra sobre el capitalismo moderno es en realidad una enorme chapuza. Buscó siempre y sólo el aplauso del gran público. Escribió cosas paradójicas para poder contar con un éxito seguro. Tenía un talento extraordinario, pero jamás hizo el menor intento de reflexionar y trabajar seriamente. Había contraído en muy buena proporción la enfermedad profesional de los profesores alemanes, la megalomanía. Cuando estaba de moda ser marxistas, profesó el marxismo.

Cuando Hitler subió al poder, escribió que Hitler recibía su misión directamente de Dios.

A Sombart la economía política no le interesaba lo más mínimo. Recuerdo que cuando Weiss-Wellenstein le propuso, en mi presencia —estábamos en torno a 1922—, pronunciar en Viena una conferencia sobre la inflación, él rechazó con estas palabras: «Es un problema técnico-bancario que no me interesa, porque no tiene nada que ver con la economía política». Sé que a su libro *Die drei Nationalökonomien* quería originariamente darle el título de *Das Ende der Nationalökonomie* [El fin

de la economía]. Me dijo que había renunciado a este título sólo por consideración a sus colegas que vivían cabalmente de la enseñanza de la economía política.

Y, sin embargo, era más interesante hablar con Sombart que con la mayor parte de los otros profesores. Por lo menos no era estúpido y obtuso.

Muchos profesores se autodefinían «especialistas en teoría». Entre estos, Gottl y Oppenheimer eran auténticos megalómanos monomaniacos; Diehl era un obtuso ignorante; Spiethoff alguien que jamás fue capaz de publicar un libro.

La presidencia del *Verein für Sozialpolitik* ocupó en los últimos años el profesor Eckart, un amable renano que jamás había publicado nada significativo, a no ser algunas aportaciones a la historia de la navegación fluvial alemana. Su émulo era Bernhard Harms, que había hecho popular en Alemania la expresión «economía mundial». Como quería a toda costa presidir una asociación cualquiera, fundó la *List-Gesellschaft*.

Fue precisamente el trato con estas personas lo que me permitió comprender claramente la imposibilidad de salvar al pueblo alemán. Porque estos auténticos

imbéciles eran ya una selección de los mejores. Enseñaban en las universidades la materia más importante para la formación política de los jóvenes; eran considerados con la máxima deferencia por el pueblo culto y por las masas. ¿Y qué podía esperarse de una juventud que tenía tales maestros?

En 1918, en Viena, me dijo Max Weber: «Sé que el *Verein für Sozialpolitik* no le gusta. A mí aún menos. Pero es el único punto de encuentro de quienes cultivan nuestra disciplina. Es inútil que lo critiquemos desde fuera. Debemos trabajar dentro de

la asociación y tratar de corregir sus defectos. Trato de hacerlo como puedo, y también usted debería hacerlo como puede». Seguí el consejo de Weber, pero sabía que sería inútil. Como austriaco, como profesor sin cátedra, y como 'teórico', en el *Verein* era siempre un marginado. Es cierto que me trataban siempre con gran cortesía, pero me consideraban un extraño.

Tampoco Weber podía cambiar aquella situación. La prematura muerte de este hombre genial fue una gran desgracia para Alemania. Si hubiera vivido más tiempo, hoy el pueblo alemán podría contemplar el ejemplo de

este ‘ario’ al que ni siquiera el nacionalsocialismo habría conseguido doblegar. Y sin embargo tampoco esta gran mente habría podido cambiar el destino.

Tanto en una como en otra de las asociaciones alemanas traté a personas que me enriquecieron mucho. Recuerdo sobre todo al filósofo y sociólogo Max Scheler, y también a Leopold von Wiese, sociólogo de Colonia, a Albert Hahn de Fráncfort, y a Moritz Bonn. En 1926, en el congreso de la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* celebrado en Viena, conocí a Walter Sulzbach y a su mujer, María Sulzbach-Fuerth, a los

cuales me une desde hace años una gran amistad. Y también deseo recordar a otros, como Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow y Götz Briefs, Georg Halm y Richard Passow. Y finalmente a aquellos que por desgracia ya nos han dejado, como Eberhard Gothein, historiador de gran sensibilidad, y a Ludwig Pohle, persona de gran inteligencia y rectitud moral.

Por dos veces se habló de una propuesta para que yo ocupara una cátedra en Alemania. En 1925 se habló de la Universidad de Kiel, y en 1926 (o acaso 1927) de la de Berlín. En ambos casos se produjo inmediatamente la

reacción negativa de los intervencionistas y de los socialistas, y todo se fue al traste. Por lo demás, no me esperaba otra cosa. No era ciertamente un profesor indicado para enseñar la *Polizeiwissenschaft* real prusiana.

11. *Nuevos estudios sobre el cambio indirecto*

En mi *Teoría del dinero y del crédito* había algunos puntos con los que no estaba del todo satisfecho, y sentía la necesidad de volver a tratarlos. Ni las críticas que se habían hecho a mi libro, ni los estudios de otros autores, publicados después de 1911, sobre problemas del cambio indirecto invalidaron mis tesis. Ciertamente, los estudios de B. M.

Anderson, T. E. Gregory, D. H. Robertson, Albert Hahn, Hayek y Machlup me han estimulado notablemente a profundizar en mi teoría y a mejorar su formulación; pero, aun cuando se oponían a mi planteamiento, acabaron por confirmar, en lugar de desmentir, el núcleo de mi teoría. En los escritos de estos estudiosos no sólo he encontrado buenas sugerencias, sino también la satisfacción de no estar solo como economista y de no trabajar sólo para las bibliotecas.

Por lo demás, lo que se ha publicado en los últimos treinta años sobre los problemas del dinero y del crédito es

bastante irrelevante. La decadencia del pensamiento científico en este campo es notable. De algunos trabajos publicados en este periodo puede decirse que en conjunto son aceptables, aunque algunos puntos pueden ser insostenibles y la exposición inadecuada. Pero la mayor parte de los libros y artículos carecen totalmente de valor.

Este juicio tan duro se refiere en primer lugar a todos aquellos escritos que creen descubrir «errores» que la teoría «ortodoxa» sería incapaz de explicar o que la refutarían.

Los autores de estos escritos piensan que estos errores son nuevos e inéditos,

porque conocen muy poco de la historia monetaria y bancaria. Si no pueden explicar estos hechos con los instrumentos de la teoría «ortodoxa», es porque no conocen la teoría y no tienen mentalidad científica.

Creo que sería una tarea importante seguir sistemáticamente la literatura sobre los problemas económicos y someter inmediatamente a una crítica radical cualquier afirmación carente de sentido o irrelevante. Esto no significa que así se evitaría definitivamente la repetición de viejos errores, pero se prestaría en todo caso un gran servicio al público que se ocupa de los

problemas económicos. He pensado, junto con algunos amigos, en fundar una revista dedicada a esta tarea. Pero no hemos podido encontrar un editor dispuesto a afrontar su publicación sin un apoyo financiero. Pienso de todos modos que refutar las teorías erróneas que circulan debe ser tarea de las tesis doctorales de los jóvenes que se encaminan a cultivar nuestra ciencia. El requisito mínimo que se le exige a un economista es saber descubrir los errores y refutarlos críticamente. Por mi parte, no he dejado de alentar en varias ocasiones este trabajo.

Quiero recordar aquí sólo uno de

ellos, porque las difíciles condiciones que atravesaba Austria en 1920 impidieron su publicación. Se trata de la tesis con la que Helene Lieser obtuvo el primer doctorado en ciencias políticas otorgado a una mujer por una universidad austriaca. La disertación trataba de las medidas de reforma monetaria propuestas en Austria en los años de la devaluación de los billetes, y demostraba que la mayor parte de los proyectos de reforma discutidos en los países europeos no eran tan nuevos como pensaban sus autores.

En mi seminario aproveché cualquier ocasión que se me ofreciera

para refutar los errores de las teorías al uso, pero no tuve ni tiempo ni ganas para dedicarme por escrito a la enésima refutación de errores ya refutados en mil ocasiones. Lo que más bien lamento es haber perdido demasiadas de mis limitadas energías en combatir la pseudoeconomía política. En los momentos de tranquila reflexión me he propuesto repetidas veces atenerme firmemente al principio de Spinoza *veritas norma sui et falsi est*. Pero luego me he dejado llevar siempre de mi temperamento.

Durante la época de la inflación publiqué muchos ensayos encaminados a

definir la verdadera naturaleza de la desvalorización de la moneda y a refutar la explicación del cambio a través de la teoría de la balanza de pagos. Además del ensayo ya recordado sobre la teoría cuantitativa, escribí para las *Mitteilungen des Vereins Österreichischer Banken und Bankiers* (el boletín interno de la Unión austriaca de bancos y banqueros, que luego se transformó en una revista de dominio público) un artículo sobre «Zahlungsbilanz und Devisenkurse». En *Schriften des Vereins für Sozialpolitik* publiqué «Geldtheoretische Seite des Stabilisierungsproblem». Este ensayo

permaneció durante meses sobre la mesa de la dirección del *Verein*, porque estos señores tenían dudas sobre la oportunidad de enfrentarse a las tesis oficiales según las cuales la devaluación del marco fue provocada por las reparaciones y por el «agujero en el Oeste». Finalmente el ensayo se publicó, en el verano de 1923, y era mi segunda contribución a *Schriften des Vereins*, después del de 1919 para un volumen sobre el problema del *Anschluss*, titulado «Wiedereintritt Deutsch-Österreich in das Deutsche Reich und die Währungsfrage».

En la segunda edición de la *Teoría*

del dinero y en el breve escrito de 1928 sobre «Geldwertstabilisierung und Konjunkturpolitik»[46], di a mi teoría del ciclo una formulación que hace de ella la primera explicación orgánica de los cambios coyunturales. El *boom* se fragua en la expansión del crédito. Pero ¿a qué se debe esta? A esta pregunta no había respondido en la primera edición de la *Teoría* En el intervalo hallé la respuesta, y era la siguiente: los bancos, a través de la expansión del crédito, tienden a reducir el tipo de interés; la política económica que fomenta el 'dinero barato' y cree que la expansión del crédito es el medio más adecuado

para alcanzar este fin, alienta esa orientación y se esfuerza en crear las condiciones institucionales para hacerla posible.

La preparación de mi *Nationalökonomie* me ofreció la ocasión de reflexionar una vez más sobre todas mis ideas en materia de teoría monetaria y bancaria y de reexponerlas de una forma nueva.

En mi libro sobre el dinero había criticado el esquema comúnmente adoptado de un mercado de cambio exclusivamente directo, sin uso del dinero, pero lo había hecho limitándome a la exigencia de rechazar la teoría de la

neutralidad del dinero. De la problemática del cálculo monetario me había ocupado sólo en la medida en que era necesario para indagar las consecuencias sociales del cambio de valor de la moneda. Todo lo demás debía reservarse a la teoría del cambio directo. En el libro sobre el dinero ya estaba la idea central: existen valores y valoraciones, pero no una medida del valor y un cálculo del valor; la economía de mercado calcula con los precios monetarios. La tesis no era nueva; no era sino el corolario necesario e irrefutable de la teoría subjetiva del valor. Ya Gossen se había referido a las

consecuencias que de ello deben sacarse en orden a una economía socialista. Pierson, cuyo ensayo leí muchos años después, en la traducción de Hayek, había repetido los conceptos de Gossen.

De ahí que cuando me dispuse a escribir mi libro sobre el socialismo, tuve que desarrollar esta parte de la fundamentación de la cataláctica y exponerla de manera autónoma. Una teoría del socialismo que no tuviera su centro en el problema del cálculo económico sería simplemente absurda. Así, en 1919 escribí el ensayo sobre «Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwessen» y lo

presenté a la *Nationalökonomische Gesellschaft*. Por sugerencia de algunos amigos lo publiqué luego, en 1920, en el *Archiv für Sozialwissenschaft*. Posteriormente el ensayo entró a formar parte, en forma apenas modificada, de *Gemeinwirtschaft*[47]. El ensayo original se publicó también en el volumen *Collectivist Economic Planning* en 1935, editado por Friedrich A. von Hayek, con el título «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth».

Todos los intentos encaminados a debilitar la coherencia lógica de mis argumentaciones estaban destinados a

fracasar de entrada, debido a que no iban al fondo del problema, es decir a la teoría del valor. Los libros, los ensayos y artículos que se escribieron al respecto pretendían salvar el socialismo. Sus autores querían demostrar que en todo caso se puede construir una colectividad socialista en la que pueda introducirse el cálculo económico. Pero no se daban cuenta de que el verdadero problema del que hay que partir es el siguiente: en la actividad económica —que consiste siempre en preferir algunas cosas y aplazar otras, es decir en hacer valoraciones diversas— ¿cómo es posible llegar a valoraciones

iguales y por lo tanto a equiparar dos cosas? Al no ver este problema, esos autores cayeron en la absurda idea de proponer sustituir el cálculo monetario, propio de la economía de mercado, que se realiza mediante el dinero, por las ecuaciones matemáticas de la cataláctica, que describen un modelo ideal del que queda eliminada toda acción.

Sólo en mi *Nationalökonomie*[48] pude afrontar en todo su alcance los problemas del cálculo económico. Mientras tanto tuve que contentarme con denunciar los errores y las contradicciones de las propuestas

tendentes a hacer posible el cálculo económico socialista. Puede decirse que mi teoría del dinero sólo quedó completa tras las argumentaciones desarrolladas en la tercera parte de mi *Nationalökonomie*. En ella pude culminar el proyecto elaborado treinta y cinco años antes: unificar la teoría del cambio indirecto con la teoría del cambio directo en un sistema unitario de la acción humana.

12. *Los sistemas de cooperación social*

La teoría de la imposibilidad del cálculo económico socialista constituye el núcleo de *Gemeinwirtschaft*, cuya primera edición es de 1922. Esta obra, *Liberalismus*, publicado en 1927[49], y los artículos reunidos en volumen bajo el título *Kritik des Interventionismus*[50] constituyen en conjunto un tratamiento orgánico de los problemas de la cooperación social, en

la cual analizo todos los sistemas posibles de cooperación entre los seres humanos, examinando sus posibilidades concretas. También estos estudios tuvieron su conclusión en la *Nationalökonomie*. Había destinado también otro artículo al libro sobre el ‘intervencionismo’, es decir el que se publicó en 1929 en la *Zeitschrift für Nationalökonomie* con el título de *Verstaatlichung des Kredits?* Pero la redacción de la revista lo perdió, y sólo lo encontró cuando el libro estaba ya listo para la imprenta[51].

Creo que las teorías expuestas en estos libros son irrefutables. Al afrontar

los distintos problemas introduje una nueva metodología, la única que permite un análisis científico de cuestiones políticas. Sometí a discusión ante todo la racionalidad de las medidas propuestas; es decir me pregunté si los fines perseguidos por quienes las proponen o las adoptan pueden alcanzarse realmente con ellas. Y demostré que la valoración de los distintos sistemas de cooperación social desde puntos de vista elegidos arbitrariamente es irrelevante y que el único verdadero problema consiste en saber qué es lo que el sistema puede efectivamente realizar. Todo lo que al

respecto suele afirmarse desde el punto de vista de las religiones, de los varios sistemas de ética heterónoma, del derecho positivo, del derecho natural y de la antropología, si no hay una valoración de los resultados obtenibles, se queda en mera expresión de juicios de valor subjetivos.

Otra cosa es afirmar que la evolución del sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción conduce inevitablemente a la superación de esa propiedad privada y al socialismo o intervencionismo. Aun admitiendo que sea así, ello no constituye aún una

prueba contra mis argumentaciones. Ni el socialismo ni el intervencionismo pueden lograr la consagración de la racionalidad y de la conformidad con el fin mediante la supuesta afirmación de que la historia conduce a ellos de forma inexorable. Si se excluye realmente el «retomo al capitalismo», como se sostiene generalmente, entonces el destino de nuestra civilización está marcado. Pero he demostrado que la teoría de la inevitabilidad del socialismo y del intervencionismo es insostenible. El capitalismo no se autodestruye por una lógica interna. Son los hombres los que quieren destruirlo,

porque piensan que la salvación está en el socialismo o en el intervencionismo.

A veces cultivé la esperanza de que mis escritos tendrían un efecto práctico y podrían servir para orientar la política. Espié continuamente los signos de un posible cambio ideológico, aun sin hacerme demasiadas ilusiones: mis teorías podían explicar el declive de una gran civilización, pero no impedirlo. Quería convertirme en un reformador, y en cambio me he convertido sólo en el historiador de la decadencia.

En mis trabajos sobre la organización social dediqué siempre mucho tiempo y esfuerzo a polemizar

con los socialistas y los intervencionistas de todo género y tendencia. Era el tema mismo —rechazar las propuestas de reforma irracionales— el que dictaba mi comportamiento.

Se me ha reprochado a menudo no haber tenido en cuenta el aspecto psicológico del problema de la organización. El hombre también tiene alma —me decían—; esta alma se siente a disgusto en el capitalismo y cambiaría de buena gana una reducción del tenor de vida por una mejor organización del trabajo que le ofreciera mayores satisfacciones.

Digamos ante todo que este argumento (que llamaré ‘el argumento del corazón’ o argumento sentimental) es incompatible con el otro argumento originario y que aún hoy defienden los socialistas y los intervencionistas, y que llamaré ‘argumento de la mente’ o argumento racional. Este último pone la justificación del programa socialista precisamente en el hecho de que el capitalismo obstaculiza el pleno desarrollo de las fuerzas productivas. El modo de producción socialista —se sostiene— aumenta inconmensurablemente el rendimiento de la producción, creando de este modo las

condiciones posibles para satisfacer las necesidades de todos. El marxismo se basa, pues, enteramente en el argumento racional. Antes de Lenin, los marxistas jamás afirmaron que la transición al socialismo reduciría el tenor de vida de las masas durante el periodo de transición. Anunciaban la mejora inmediata de la condición material de las masas, aunque de vez en cuando añadían que los beneficios plenos del modo de producción socialista sólo se producirían con el transcurso del tiempo. El argumento sentimental es ya una etapa en la retirada del socialismo. Y que los socialistas tengan que apelar a

este argumento es un éxito de los críticos del programa socialista.

Es claro que para juzgar el argumento sentimental es decisiva la magnitud de la reducción del bienestar causada por el sistema socialista de producción. Pero como sobre este punto nada puede decirse que pueda comprobarse objetivamente y medirse con exactitud, la controversia entre seguidores y adversarios del socialismo no se puede resolver en el plano científico. En tal situación, la economía política no puede arrojar ninguna luz sobre la materia que se discute.

Por esta razón adopté un modo de

afrontar estos problemas que excluye el empleo del argumento sentimental. Si el sistema económico socialista lleva necesariamente al caos económico por la imposibilidad misma de aplicar en él el cálculo, y si la intervención estatal no puede alcanzar los objetivos que sus partidarios se proponen conseguir mediante el intervencionismo, entonces no tiene sentido aducir este argumento sentimental a favor de estos sistemas irracionales.

Jamás he negado que los factores psíquicos puedan explicar la popularidad de la política anticapitalista. Pero esto no significa

que propuestas y medidas irracionales puedan hacerse racionales gracias a estos factores emotivos. Si los individuos no consiguen soportar psíquicamente el capitalismo, la civilización capitalista desaparecerá.

También se me ha reprochado que sobrevaloro el papel que la lógica y la razón desempeñan en la vida. Sólo en la teoría —se me ha dicho— vale el esto o aquello, mientras que la vida está hecha de compromisos. Lo que parece incompatible a la luz de la ciencia, en la vida real se transforma en una situación aceptable. Y la política es cabalmente el lugar en el que se conjugan unos

principios que en sí son contradictorios. Tal vez se dirá que la solución es ilógica, irracional y contraria al buen sentido, pero en todo caso dará sus frutos, y eso es lo único que importa.

Pues bien, estos críticos se equivocan. Los hombres quieren realizar íntegramente lo que consideran que es conforme a los fines que se proponen. Nada es más ajeno a su naturaleza que realizar a medias lo que desean. Y no vale aquí apelar a la experiencia histórica. Es cierto que las religiones que han predicado el alejamiento de los asuntos terrenos han acabado siempre acomodándose a este mundo. Las

rigurosas doctrinas del cristianismo y del budismo no conquistaron nunca el espíritu de los hombres. Lo que de estas religiones se ha encamado en los contenidos de la fe popular no ha sido nunca obstáculo al compromiso activo por esta vida terrena. El cumplimiento pleno de los mandamientos religiosos se ha reservado siempre a los monjes. Tampoco los príncipes de la Iglesia medievales se dejaron influir en su acción por los mandamientos del Sermón de la Montaña y otros preceptos evangélicos. El escaso número de quienes tomaron al pie de la letra el cristianismo y el budismo dijeron adiós

a la actividad terrena. En cuanto a los demás, su vida no ha sido un compromiso, sino simplemente una vida no cristiana y no budista.

El problema con el que hoy nos enfrentamos es de naturaleza totalmente distinta. Las masas son socialistas o invocan la intervención del Estado; en todo caso, son anticapitalistas. El individuo no quiere salvar su alma del mundo; quiere cambiar radicalmente este mundo. Y quiere hacerlo hasta el fondo. Las masas son inexorables en su coherencia; preferirán destruir el mundo antes que dejarse quitar una coma de su programa.

Y no vale consolarse diciendo que en el pasado precapitalista hubo siempre intervencionismo estatal. En aquellos tiempos, en la faz de la tierra vivían muchos menos individuos, y las masas se contentaban con un tenor de vida que hoy no aceptarían. Es claro que no se puede retroceder del capitalismo a una época definitivamente superada.

13. *Estudios de epistemología*

Entre las ruinas de la antigua fe en la doctrina de la Iglesia anidaron, a lo largo del siglo XIX, varias sectas que ofrecían a sus adeptos un ‘sucedáneo’ de la pérdida de la fe. La más duradera de estas sectas es el positivismo, «esa incongrua insistencia de mala ciencia y de papismo edulcorado», como lo define Huxley[52]. En los países católicos, el positivismo

conquistó a muchos jóvenes entusiastas, como reacción a las prácticas clericales. (En Viena, la ciudad de San Clemente María Hofbauer, la gente creía que estaría realmente libre y sin prejuicios si fuera positivista[53]).

Suele atribuirse al positivismo el mérito del nacimiento de la sociología. La verdad es simplemente que Augusto Comte acuñó el término ‘sociología’. Pero lo que se entiende por sociología, a no ser que se trate de palabrería sin sentido, no tiene nada que ver con el programa positivista de una ciencia de la acción humana (social), derivada de la experiencia con los métodos de la

física newtoniana. Se trata de etnografía, de historia de la civilización y de psicología, que se sirven de los viejos métodos de las ciencias del espíritu. De una ciencia de la acción humana, cuya historia comienza con la economía política clásica, Comte no quiso nunca saber nada, actitud a la que permanecieron fieles sus seguidores.

Algunas universidades alemanas rechazaron el positivismo y cerraron durante mucho tiempo sus puertas a la sociología. Este rechazo se debía sólo en una mínima parte a razones científicas; en realidad era de naturaleza política. Cuando el positivismo empezó

a tener éxito, la ciencia alemana había adoptado ya una postura hostil al pensamiento occidental. Rechazó el positivismo porque procedía de Francia. Pero la actitud respecto al núcleo esencial del positivismo fue oscilante. Es significativo, por ejemplo, que la Escuela histórica de Schmoller sostuviera la necesidad de derivar las leyes de la economía política de la experiencia histórico-económica.

En efecto, conviene precisar que la última gran aportación de la epistemología alemana se refirió a los problemas que el positivismo ciertamente no planteó, pero de los que

dio formulaciones tales que provocaron ásperas controversias. En las ciencias del espíritu, las piedras angulares de la teoría de la «comprensión» las pusieron pensadores que escribieron antes de Comte o que no conocían a Comte; sin embargo, los desarrollos de la teoría misma surgieron como respuesta al positivismo y —en medida no inferir— al materialismo histórico formulado por los marxistas.

Esta era la razón de que, cuando comencé a frecuentar la universidad, ni siquiera concibiera la posibilidad de una ciencia económica: estaba convencido de que había que estudiar

exclusivamente historia económica, con los instrumentos y métodos de las disciplinas históricas, y que era imposible llegar a establecer leyes económicas. Fuera de la historia económica no existía para mí otra realidad económica que pudiera ser objeto de tratamiento científico. ¿Quién más que yo, pues, podía considerarse seguidor coherente del historicismo?

La rotundidad de esta teoría de la ciencia se resquebrajó irremediablemente cuando empecé a estudiar de veras la economía política. Todas las restantes defensas se desvanecieron. Por lo demás, los

escritos que animaban la controversia sobre el método —incluido el espléndido ensayo de Menger— no conseguían satisfacerme. Más aún me decepcionó John Stuart Mill. A Caimes y Senior los leí mucho tiempo después.

Traté de consolarme pensando que el problema principal era el de continuar ahondando en la ciencia misma y que las cuestiones metodológicas eran menos importantes. Pero muy pronto tuve que admitir que esta era una postura insostenible. Sea cual fuere el problema al que un economista se enfrenta, las preguntas fundamentales que se le plantean son:

¿de dónde surgen estos teoremas?, ¿cuál es su alcance?, ¿en qué relación están con la experiencia y con la *realidad*? Y estos, al fin y al cabo, no son problemas de método o de técnica heurística, sino cuestiones fundamentales. ¿Puede construirse un sistema deductivo sin preguntarse antes sobre qué hay que construirlo?

En los escritos de la Escuela de Lausana y de la anglosajona busqué en vano una respuesta clarificadora. También aquí topaba contra la misma incertidumbre y ambigüedad entre concepciones inconciliables. No había que extrañarse, pues, si esta situación

conducía al declive del pensamiento económico. El institucionalismo, por un lado, y el teoreticismo formalista de la Escuela matemática, por otro, son el resultado de esta situación.

Dudé durante mucho tiempo si convenía debatir en público estos problemas fundamentales, pues sabía que desbordaban el campo de la economía política. En efecto, se trataba de abrir un nuevo sector de epistemología y de lógica.

La lógica y la epistemología se han venido ocupando hasta ahora tan sólo del pensamiento empírico de las ciencias naturales y del sistema

deductivo de la matemática. Para ellas, la historia era simplemente una 'no-ciencia'. Al principio, la economía política ni siquiera se tomaba en consideración. Sólo cuando al fin hubo que tomarla en cuenta, se la definió como la teoría de los aspectos económicos de la acción humana. Ahora bien, prescindiendo de la circunstancia de que esta teoría del *homo oeconomicus* es totalmente inaplicable a la teoría subjetivista del valor, esto no resuelve en absoluto la cuestión de la génesis de esta ciencia del comportamiento 'puramente económico'.

Fue ya un progreso enorme

reconocer el carácter específico de las ciencias históricas y desarrollar la teoría de la «comprensión» y del «tipo ideal». No quita mérito a este descubrimiento el hecho de que al amparo de esta nueva teoría se hayan colocado también algunos afamados metafísicos. Ningún arquitecto es responsable de los inquilinos que se instalan en el edificio que él ha proyectado. Mayores perplejidades despertaba el hecho de que una personalidad de la categoría de Max Weber tratara de imprimir también sobre los teoremas de la economía política la impronta del tipo ideal.

He desarrollado mi teoría sobre esta materia en una serie de ensayos críticos, el primero de los cuales se publicó en 1928. En 1933 estos ensayos se reunieron, bajo el título de *Grundprobleme der Nationalökonomie*, en un volumen que se abría con un ensayo inédito. Posteriormente resumí una vez más en *Nationalökonomie* mi pensamiento sobre el tema.

En el primer ensayo de 1928 traté de eliminar la distinción entre acción económica y acción no económica. Ya la teoría subjetivista del valor se había liberado sustancialmente de este espectro; pero ni Menger ni Böhm-

Bawerk habían sacado de tan importante supuesto todas las consecuencias que necesariamente hay que deducir de él.

El siguiente ensayo, titulado *Soziologie und Geschichte*, trata de la relación entre la ciencia teórica de la acción humana y la historia. Aquí, sin embargo, cometí el error de emplear el término ‘sociología’ para designar la teoría de la acción humana. En cambio, debería haber empleado el término ‘praxeología’. Lo que hoy se entiende por sociología general no es una ciencia teórica sino histórica. Max Weber estaba en lo cierto al clasificar entre las ciencias de la cultura o del espíritu la

que él consideraba como sociología y al decir que esa sociología trata de construir tipos ideales. Su error consiste en haberle atribuido también muchos elementos praxeológicos y en clasificar la economía política entre las ciencias que utilizan el método de la «comprensión», que es propio de las ciencias del espíritu. Mi ensayo se dirigía precisamente contra la *Wissenschaftslehre* de Max Weber, contra la cual tenía que hacer dos objeciones: el desconocimiento del carácter epistemológico específico de la economía política, y la distinción entre acción racional y acción de otro tipo.

En un tercer ensayo contraponía el «comprender» [*Verstehen*], propio de las ciencias históricas, al «explicar conceptualmente» [*Begreifen*], que es propio de la praxeología y de la economía política. Finalmente, en el ensayo que abre los *Grundprobleme der Nationalökonomie*, demostré el carácter *a priori* del conocimiento praxeológico, sacando así las consecuencias epistemológicas del desarrollo científico que se inició en el siglo XVIII con el descubrimiento de las leyes que regulan el desenvolvimiento de los fenómenos del mercado.

Era plenamente consciente de la

hostilidad que estos planteamientos encontrarían inmediatamente. Conocía muy bien los prejuicios positivistas de mis contemporáneos. El panfisicalismo imperante es ciego frente a los problemas fundamentales de la epistemología. Considera ya los problemas biológicos como algo que 'perturba' su visión del mundo. Todo lo demás, para estos fanáticos, es metafísica sin sentido que se entretiene con pseudoproblemas. No es el caso de perdonar estos excesos del neopositivismo como una 'benéfica' reacción contra las fantasías conceptuales, no menos deplorables, de

la filosofía idealista. La función del historiador de las teorías consiste en comprender el error y por lo mismo explicarlo. Pero comprender no significa proporcionar un argumento al error que rechaza una explicación conceptual más satisfactoria. Creo que comprendo históricamente el positivismo, pero esto nada tiene que ver con la cuestión de la utilizabilidad de sus respuestas.

Sé perfectamente que será imposible sacudir o, mejor aún, destruir la popularidad de la metafísica positivista explicando las características epistemológicas de la ciencia de la

acción humana. Los problemas de la economía política son demasiado complejos para poder ponerlos al alcance del gran público en la medida en que la física y la biología química pueden convertirse en materia de cultura general. El positivismo hizo popular entre las masas la física clásica, y lo mismo pretende hacer el neopositivismo con el estado actual de las ciencias físicas. Ambos ofrecen explicaciones burdas y simplistas de las cosas, más o menos como la fórmula «el hombre desciende del mono» deformó el darwinismo para adaptarlo al uso cotidiano. Tendrá que pasar aún mucho

tiempo para que la gente renuncie a estas burdas simplificaciones. Mientras tanto habrá siempre una filosofía popular para uso del hombre común.

Otra cuestión es si el restringido número de quienes piensan se contentará con el sistema del empirismo. Quiero prescindir aquí completamente del hecho de que este sistema se niega simplemente a tomar nota de las ciencias de la acción humana y —contra su propio principio, enunciado enfáticamente— rechaza la realidad porque no encaja en su sistema. Pero ¿tiene realmente algún fundamento lo que el positivismo afirma acerca de las

reglas fundamentales de la lógica?

Los principios de la lógica pueden también definirse como otras tantas convenciones, elegidas arbitrariamente, que se han revelado útiles para alcanzar determinados fines. Pero con ello no se hace sino desplazar el problema, sin aproximarnos lo más mínimo a la solución. Se puede sostener que los hombres han probado y vuelto a probar con reglas elegidas arbitrariamente y al fin han adoptado las que han resultado ser conformes a los fines que se proponían. Pero ¿respecto a qué fines se han revelado conformes estas reglas? Apenas se hace esta pregunta, reaparece

inmediatamente el problema del dominio mental de las cosas del mundo externo, es decir el problema de la explicación y el de la verdad. De ahí que también sea vano el intento de eludir el problema de la verdad apelando a una imprecisa congruencia con el fin.

¿Pueden estas reglas lógicas considerarse elecciones arbitrarias, en el sentido de que también se habrían podido elegir otras reglas distintas, obteniendo el mismo resultado respecto al ‘fin‘? Desde luego que no. Las relaciones fundamentales que la lógica emplea para conectar las afirmaciones son necesarias al pensamiento humano,

sin que este pueda sustraerse a ellas. Esto significa que son impensables unas conexiones fundamentales que sean incompatibles con estas relaciones. La categoría de la negación no se elige arbitrariamente; es necesaria al pensamiento. No existe pensamiento que pueda prescindir de ella. Sin embargo, aunque quisiéramos admitir que la distinción entre ‘sí’ y ‘no’ se ha obtenido de la experiencia, o bien que, una vez puesta arbitrariamente, ha encontrado en la experiencia su convalidación, con ello no se ha refutado aún la afirmación de que, desde el punto de vista lógico, antes de todo

pensamiento está la capacidad de concebir el ‘sí’ y el ‘no’.

Alguien ha definido los supuestos fundamentales de la lógica como reglas del juego. Pero entonces habría que añadir que este juego es nuestra propia vida, que en este juego hemos nacido, y que para nosotros no existe otro juego que contemple otras reglas.

La praxeología está llamada de manera especial a desvelar los errores del convencionalismo, pues no puede participar en el culto fetichista de la palabra ‘fin’. El fin de la acción es alcanzar un resultado en la realidad constituida por el mundo circundante. La

conformidad con el fin es, pues, en todo caso, una adaptación a las condiciones de esta realidad y de su orden. Si nuestra mente puede generar reglas del juego que pueden utilizarse para esta adaptación, entonces existen tan sólo dos tipos de explicaciones: o existe en nuestra mente algo que está coordinado a este mundo circundante, y nos permite entenderlo, es decir existe un *a priori*; o bien el mundo circundante dicta a nuestra mente las reglas que nos permiten actuar sobre él. En ningún caso hay espacio para la arbitrariedad y la convención. La lógica no es algo que opera activamente en nosotros ni

tampoco algo que recibimos pasivamente. Promana de nosotros y actúa en el mundo, o bien el mundo opera en nosotros por su medio. Está coordinada con el mundo, su efectividad, la realidad, la vida.

No se comprende qué es lo que verdaderamente se pretende obtener obstinándose a negar el *a priori*. Aun admitiendo que es la experiencia la que nos permite captar la categoría medio-fin, queda siempre abierta la cuestión de fondo: ¿qué es lo que en nosotros hace posible esa experiencia, es decir una experiencia tal que rechaza otros resultados como totalmente absurdos?

¿Qué sentido tiene decir que hemos aprendido esta categoría por experiencia si no sabemos decir a qué otro resultado habría podido conducirnos una experiencia distinta? Si digo que la experiencia ha mostrado que A es rojo, esto tiene un sentido, porque significa que nuestra mente podría captar también otros colores. Pero si digo que la experiencia nos ha conducido a la categoría de la negación o la categoría medio-fin, esto ya no tiene sentido alguno, pues ¿qué es lo que habría podido enseñarnos una experiencia distinta?

Lo mismo podemos afirmar del

convencionalismo. ¿Qué otra ‘regla del juego’ vendría a sustituir a uno de los axiomas lógicos fundamentales o a la categoría praxeológica de la acción? Puede pensarse sin duda en un juego distinto de ajedrez, por ejemplo, conviniendo que una de sus reglas sea sustituida por otra elegida convencionalmente. Pero ¿sería igualmente posible ‘jugar’ con un pensamiento en el que no existiera distinción entre el ‘sí’ y el ‘no? Si a esta pregunta se responde ‘no’, queda demostrado que esta distinción tiene un carácter distinto del de las reglas del juego. De nuevo nos topamos con el

ineludible *a priori*.

La afirmación de que la economía política es un sistema deductivo, que desciende de una premisa *a priori*, no pretende proponer una nueva economía política distinta de la que se ha venido practicando hasta ahora. Con esta afirmación lo único que se hace es declarar que es la economía política que siempre se ha practicado.

Naturalmente, no ignoro que existen intentos de hacer una economía como ciencia experimental. Existe una escuela de economistas que sigue el lema '*science is measurement*'. Fiel a las enseñanzas de Menger, no puedo menos

de augurar a esa orientación —que por lo demás dispone de amplios medios financieros— que pueda desplegar hasta el fondo todas sus potencialidades. Pero no merece la pena entrar de nuevo a polemizar con quienes pretenden que en la esfera de la acción humana puede haber una medida en el sentido en que la entiende la física. La estadística económica es un método de la historia económica, no un método con el que se pueda obtener un conocimiento teórico de los fenómenos económicos.

También en la historia económica es preciso pasar a la «comprensión» y a la interpretación cuando la

conceptualización ya no basta. Cuando ya se han recogido todos los datos que han o podrían haber determinado el acontecimiento objeto de investigación, sólo con la comprensión podemos acercarnos a dar una respuesta a la cuestión de si y en qué medida los distintos hechos han contribuido a generar ese resultado. Precisamente en esta dimensión cuantitativa —que en el ámbito de la física permite la ‘exactitud’, por supuesto sólo aproximada— radica la función de la «comprensión» en la esfera de la acción humana. Ya que aquí no existen relaciones constantes entre las

magnitudes.

La matemática y la física están atravesando una grave crisis de la que saldrán sin duda completamente transformadas. De su arrogante confianza en la seguridad absoluta, univocidad y exactitud de sus teoremas, que en otro tiempo les hacían mirar por encima del hombro a las pobres ciencias del espíritu y a ignorar la economía política, ha quedado muy poco. Los matemáticos y físicos empiezan —con bastante retraso— a presentir los problemas lógicos y epistemológicos. La lógica y la epistemología de las ciencias de la acción humana nada

pueden aprender de la física y de la matemática, mientras que las ciencias 'exactas' tendrán mucho que aprender de las hermanas a las que una vez despreciaban. Esto no bastará para salvar el foso que separa las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la acción humana. La 'ciencia unitaria' sólo se podrá conseguir cuando los procesos físicos y químicos, que se producen en el campo de la fisiología y que generan la idea de que 'dos por dos son cuatro', puedan distinguirse de los que generan la idea de que 'dos por dos son cinco'.

Mis teorías epistemológicas no sólo contribuyeron a la construcción de la

lógica y de la epistemología de las ciencias de la acción humana y al descubrimiento de los errores del positivismo, del irracionalismo y del historicismo; también tuve que ocuparme de la cuestión del polilogismo.

14. *Mi actividad docente en Ginebra*

Mi grado jerárquico en la Cámara de comercio me daba derecho a jubilarme, al cabo de treinta años de servicio, con una pensión anual de unos 15 000 chelines. Puesto que a todos los funcionarios con los mismos años de servicio se les computaba doblemente los dos años y medio de servicio militar, y como, por otra parte, me

fueron calculados también los tres años de servicio anterior a la guerra y como un año completo el año en que sólo trabajé parte del mismo al comienzo de mi actividad, el 1 de octubre de 1932 alcancé el derecho a la jubilación. Había considerado siempre esta fecha con un sentimiento ambivalente. Por una parte, deseaba liberarme de muchas obligaciones del servicio para poder dedicarme enteramente al trabajo científico. Por otra parte, debía reconocer que el derecho a la pensión, dada la inseguridad de la situación general, resultaba realmente precario.

Todo el montaje de las cámaras de

comercio, precisamente gracias a la actividad económica que yo había desarrollado, se había convertido en algo extremadamente molesto para todos los partidos políticos. Para los socialdemócratas, las cámaras habían sido siempre como el humo en los ojos. El partido de la ‘Gran Alemania’ veía en la ascendencia cultural que ejercía la Cámara de comercio de Viena un obstáculo al *Anschluss*. Dentro del partido cristiano-social se había impuesto el ala agraria, capitaneada por Dollfuss, que veía en las Cámaras de comercio el principal enemigo de su política. Se llegó incluso, sobre la ola

de la «reestructuración corporativa», a contemplar su supresión mediante decreto extraordinario. En Austria el «Estado corporativo» era una fórmula vacía, tras la cual se ocultaban las aspiraciones del partido cristiano-social y de la *Heimwehr*, la milicia popular ligada al mismo, a una tranquila gestión burocrática de la economía. Nadie sabía decir en qué consistía exactamente el «Estado corporativo». Pero todos creían saber que las Cámaras de comercio, de la artesanía y de la industria no encajaban en el ordenamiento estatal corporativo, y que en cuanto instituciones 'liberales' tenían que

desaparecer.

Las Cámaras contaban, además de conmigo, con dos funcionarios en condiciones de llevar adelante la batalla para salvaguardar su derecho a existir: Wilhelm Becker en Viena y Wilhelm Taucher en Graz, que era también profesor extraordinario en aquella universidad, y que desde el otoño de 1937 a las primeras semanas de 1938, formó parte del gobierno Schuschnigg como ministro de Comercio. Ambos descartaban mi jubilación y me impulsaron a luchar con ellos para salvar las Cámaras y nuestro derecho a la pensión. Para nosotros ya sólo se

trataba de nuestro interés personal. La batalla por Austria había terminado el día mismo en que la crisis bancaria puso a los bancos, y por lo tanto a la gran industria, bajo la directa dependencia del Banco central.

En la primavera de 1934 recibí, de forma totalmente inesperada, la invitación a hacerme cargo durante el año académico 1934-35 de la cátedra de ‘Relaciones económicas internacionales’ en el *Institut Universitaire des Hauts Études Internationales* de Ginebra. Acepté inmediatamente. Formalmente, no dejé la Cámara de comercio, mantuve

también la dirección de asuntos financieros y prometí volver a Viena siempre que fuera necesario. Pero renuncié para todo el periodo de mi ausencia a dos terceras partes de mi sueldo.

Cuando llegué a Ginebra en el otoño de 1934 pensaba que mi encargo duraría sólo un año. Pero fue prolongado y permanecí en Ginebra hasta finales del año académico 1939-40.

Sentí como una liberación el alejamiento de las tareas políticas de las que no habría podido liberarme en Viena y de las bagatelas del servicio cotidiano en la Cámara de comercio.

Por fin podía ocuparme enteramente de problemas científicos.

El *Institut* era una creación de sus directores, Wilhelm E. Rappard y Paul Mantoux. Las obligaciones didácticas de los profesores eran pocas: una hora de clase y dos de seminario a la semana. Entre profesores y alumnos reinaba una atmósfera de cordial armonía, y el espíritu del liberalismo dominaba completamente aquella escuela única en su género.

Naturalmente no había que hacerse ilusiones sobre la precariedad de la posición de todos cuantos allí trabajábamos. Por doquier alrededor

nuestro subía la marea de la barbarie.

La Ginebra de aquellos años será recordada como sede histórica de la Sociedad de Naciones. Pero se trataba de una institución ficticia. Los diplomáticos habían convertido una gran idea en una simple oficina con centenares de empleados cuyo único interés era conservar su propio puesto. Presidía aquel organismo burocrático el señor Avenol, un gris burócrata francés, carente de toda idea. Y los funcionarios eran dignos de tal jefe.

Pero la Sociedad de Naciones no naufragó por la incapacidad y la indolencia de sus funcionarios. En

realidad, no vio nunca la luz, porque carecía de base ideológica. En un mundo liberal, los distintos Estados y pueblos pueden colaborar pacíficamente aun sin que exista una organización superestatal particular. Pero en un mundo impregnado de nacionalismo los conflictos no pueden eliminarse ni con acuerdos ni con la creación de oficinas internacionales.

El fracaso de la Sociedad de Naciones paralizó también el desarrollo del instituto creado por Rappard y Mantoux. Los jóvenes que lo frecuentaban venían a Ginebra no sólo para oír lecciones y hacer ejercicios.

Venían a Ginebra también para huir del obtuso nacionalismo de su patria y abrazar el espíritu de la cooperación internacional. Pero luego descubrían, desconcertados, la realidad de la Sociedad de Naciones y perdían el ánimo. El ambiente ginebrino era insoportable para ellos. Tanto como les entusiasmaba nuestro instituto, les decepcionaba todo lo que aprendían de la ‘vida internacional’.

El estallido de la nueva guerra redujo notablemente la actividad del *Institut*. Sus alumnos eran ya sólo suizos y emigrados políticos en espera de una oportunidad para trasladarse a América.

Lo abandoné en julio de 1940 porque no podía soportar más vivir en un país que sentía mi presencia como un peso político y un peligro para su seguridad.

15. *La lucha por la independencia de Austria*

A mi llegada a Ginebra, no me hice ninguna ilusión sobre las perspectivas de la lucha por la independencia de Austria. Sabía que eran nulas.

Los gobernantes austriacos eran incapaces de librar aquella batalla en el plano político internacional. La realidad exterior les era totalmente ajena, pues no conocían sus lenguas, su mentalidad ni

sus ideas políticas. Ni siquiera estaban en condiciones de informar exactamente a los diplomáticos y periodistas acreditados en Viena, quienes se ocupaban asiduamente sobre todo de los deliciosos vinos de temporada y los deportes invernales. Los asuntos exteriores se dejaban a los agregados de prensa de las embajadas. Recuerdo que uno de los más activos de estos personajes era el italiano Eugenio Morreale.

El gobierno, por su parte, se desinteresaba completamente de los corresponsales extranjeros, cuya información se dejaba a los

socialdemócratas.

La total incapacidad de los jefes socialdemócratas tuvo efectos catastróficos. En 1918 Otto Bauer había incluido la anexión al imperio alemán entre los puntos programáticos de la Socialdemocracia, convencido de que sólo en el imperio alemán, altamente industrializado, se aseguraría para siempre el dominio del proletariado. En Austria, en cambio, donde la mayoría de la población estaba integrada por campesinos, braceros agrícolas y pequeños tenderos, temía que el proletariado quedara en minoría frente a las demás clases. Incluso con

posterioridad a la toma del poder por los nazis en Alemania, Bauer se negó a cambiar de política. En su obstinación, no se daba cuenta de que insistir en el programa del *Anschluss* significaba llevar agua al molino de los nazis.

Los socialdemócratas se negaban simplemente a tomar nota de que Italia era el único país dispuesto a apoyar a Austria en la lucha contra la ocupación del nacionalsocialismo. Y se opusieron violentamente a la orientación de política exterior que llamaban ‘fascista’. En enero de 1934 estaban dispuestos a capitular ante los nacionalsocialistas. Las negociaciones estaban ya muy

adelantadas cuando, en el último momento, Italia puso su veto. El *duce* envió a su subsecretario Suvich a Viena para asegurar su apoyo. Y entonces los socialdemócratas alcanzaron el colmo de la estupidez. Su periódico, el *Arbeiterzeitung*, acusó a Suvich de haber desertado del ejército austriaco durante la Primera Guerra Mundial. Grupos de socialdemócratas escenificaron en las calles de Viena violentas manifestaciones contra el enviado del duce, y sólo gracias a un masivo empleo de policía y de milicia popular se pudo asegurar la inviolabilidad personal de Suvich. Para

dar satisfacción a Suvich el gobierno prohibió durante un mes la difusión postal de la *Arbeiterzeitung*, a lo que los socialdemócratas respondieron con acciones aún más violentas. De estas se derivaron luego los choques en los que, con el empleo de tropas y de policía, el gobierno dispersó los ‘servicios de orden’ socialdemócratas y acabó con la hegemonía del partido en la administración municipal de Viena.

Pues bien, los jefes del partido, refugiados en Londres, en París y en Praga, se opusieron abiertamente a cualquier apoyo a Austria en su lucha contra Hitler, porque, según ellos, entre

el fascismo ‘austriaco’ y el nazismo no había ninguna diferencia, por lo que las democracias occidentales no tenían por qué mezclarse en la lucha entre dos grupos fascistas.

Las grandes potencias, en todo caso, no tenían ninguna intención de oponerse a Hitler. A partir de marzo de 1933 el destino de Austria estaba totalmente en manos de Italia. Si Italia no hubiera estado dispuesta a intervenir, en julio de 1934, Hitler habría intervenido contra el gobierno austriaco y a favor del levantamiento iniciado por los nazis austriacos y los ‘turistas’ procedentes del *Reich* alemán. Cuando en la cuestión

de Etiopía la política inglesa arrojó a Italia en brazos de Hitler, para Austria fue el fin.

No existen expresiones bastante fuertes para denunciar la política inglesa entre las dos guerras mundiales. Los ingleses eran incorregibles. Creían que lo comprendían todo mejor que los demás. Desconfiaban de todos; sólo a los nacionalsocialistas prestaban completamente fe.

Más obtuso aún fue el comportamiento de los checos. Todavía en 1938, Benes veía en la restauración de los Habsburgo un mal superior al *Anschluss*. Por otra parte, todas las

simpatías de los franceses eran abiertamente para Hitler, y casi todos los franceses cultos leían el *Gringoire*, que le apoyaba abiertamente. *Quos deus vult perdere, dementat*.

Era imposible combatir contra tanta perversidad. Al llegar a Ginebra, esperaba poder aportar una pequeña contribución para iluminar la mente de las personalidades más influyentes. Pronto tuve que reconocer que todo esfuerzo era inútil. «Nosotros los ingleses —me dijo un laborista inglés— no queremos ya nunca más hacer una guerra». Cuando le pregunté: «¿Y si Hitler invadiera Inglaterra?», la

asombrosa respuesta que me dio fue la siguiente: «Entonces querrá decir que estaremos dominados y explotados por los capitalistas alemanes en vez de estarlo por los ingleses; para el pueblo es lo mismo».

El representante de la Sociedad de Naciones en Viena, a partir de 1931, era un holandés llamado Rost van Tonningen. Durante toda su permanencia en Viena, Rost hizo abiertamente propaganda filonazi (cuando dejó el servicio y regresó a su patria, fue inmediatamente nombrado jefe del partido nacionalsocialista holandés). Mis amigos vieneses no podían creer

que me fuera imposible obtener la destitución de Rost.

Sólo *un* pueblo, en el continente europeo, opuso una seria resistencia a Hitler: el pueblo austriaco. Sólo tras cinco años de resistencia victoriosa, la pequeña Austria, abandonada por todos, tuvo que capitular. El mundo lanzó un respiro de alivio. Finalmente Hitler estaba satisfecho: ahora tendría relaciones pacíficas con todos los pueblos. Veintisiete meses después Hitler será el amo del continente europeo.

EL MARCO HISTÓRICO DE LA ESCUELA AUSTRIACA DE ECONOMÍA

I
Carl Menger y la Escuela austriaca de economía

1. *Los comienzos*

Lo que hoy conocemos como Escuela austriaca de economía nace en 1871 con la publicación del pequeño libro de Carl Menger titulado *Grundzätze der Volkswirtschaftslehre*[54].

Se suele subrayar la influencia que el ambiente ejerce sobre las conquistas

de un genio. A la gente le gusta atribuir, al menos en cierta medida, las empresas de un hombre genial al contexto y al clima cultural de su tiempo y de su país. Pero, sean cuales fueren los resultados que este método puede obtener en ciertos casos, no hay duda de que es inaplicable respecto a aquellos austriacos cuyas ideas y doctrinas tanta importancia tienen para el género humano. Bernhard Bolzano, Gregor Mendel y Sigmund Freud no recibieron el estímulo de sus padres, profesores, colegas o amigos. Sus iniciativas no se beneficiaron del interés de una parte de sus compatriotas contemporáneos o del

gobierno de su país. Bolzano y Mendel desarrollaron su trabajo en un ambiente que, respecto a sus campos de estudio, podría considerarse un desierto intelectual. Y murieron mucho antes de que otros comenzaran a percibir el valor de sus aportaciones. Cuando Freud expuso por vez primera sus propias doctrinas a la Asociación de Médicos de Viena, se rieron de él.

Alguien podría decir que la teoría subjetivista y el marginalismo desarrollados por Carl Menger estaban en el aire; eran ideas que ya habían bosquejado algunos precursores. Además, más o menos por el mismo

tiempo en que Menger publicó su volumen, William Stanley Jevons y Léon Walras también escribieron y publicaron las obras en las que exponen el concepto de utilidad marginal. Sin embargo, es cierto que ninguno de sus profesores, amigos o colegas se interesaba por el problema que en cambio acuciaba a Menger. Poco antes de que estallara la Gran Guerra, en una de aquellas reuniones informales aunque periódicas en las que unos jóvenes economistas vieneses solíamos discutir con él de problemas de teoría económica, le planteé la cuestión. Él me respondió pensativo: «Cuando yo tenía tu edad,

nadie en Viena se interesaba por estas cosas». Hasta finales de los años setenta no hubo ninguna «Escuela austriaca». Sólo estaba Carl Menger.

Eugen von Böhm-Bawerk y Friedrich von Wieser no fueron alumnos de Menger. Sus estudios en la Universidad de Viena terminaron antes de que Menger empezara a enseñar como *Privat-Dozent*. Lo que aprendieron de Menger lo tomaron de los *Grundzätze*. Cuando al cabo de algún tiempo transcurrido en universidades alemanas, especialmente en Heidelberg, para asistir al seminario de Karl Knies, regresaron a Austria y

publicaron sus primeros libros, fueron llamados a enseñar economía respectivamente en las universidades de Innsbruck y Praga. Muy pronto algunos estudiosos más jóvenes, que habían pasado por el seminario de Menger y recibido su influencia personal, ampliaron el número de autores que contribuyeron al desarrollo de la teoría económica. En el extranjero, para referirse a tales autores, se empezó a llamarlos «Austriacos». Pero la denominación de «Escuela austriaca de economía» vino sólo más tarde, cuando el antagonismo con la Escuela histórica alemana se hizo patente. Esto tuvo lugar

en 1883, tras la publicación del segundo libro de Menger, las *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften, und der politischen Oekonomie insbesondere*.

2. *La Escuela austriaca de economía y las universidades austriacas*

El Consejo de ministros austriaco, en cuya oficina de prensa trabajó Menger en los primeros años setenta —antes de ser nombrado asistente en la Universidad de Viena— estaba integrado por representantes del partido liberal, que se batían por las libertades

civiles, por el gobierno representativo, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, una moneda sana y la libertad de comercio. A finales de los años setenta el partido liberal fue sustituido por una alianza compuesta por la Iglesia, por los representantes de la aristocracia checa y polaca y por los partidos nacionalistas de las distintas nacionalidades eslavas. Esta coalición se oponía a los ideales que defendían los liberales. Sin embargo, hasta 1918, año de la desintegración del Imperio austro-húngaro, la constitución que los liberales habían obligado al emperador a aceptar en 1867 y las leyes

fundamentales relacionadas con ella permanecieron ampliamente en vigor.

En el clima de libertad que estas normas garantizaban, Viena se convirtió en un centro de precursores de nuevos modos de pensar. Desde mediados del siglo XVI hasta finales del XVIII Austria había estado al margen de los esfuerzos intelectuales de Europa. Nadie en Viena —y menos aún en las otras partes del imperio— se había ocupado de la filosofía, de la literatura y de la ciencia de la Europa occidental. Cuando Leibniz y, más tarde, David Hume visitaron Viena, no había nadie que se interesara por su obra[55]. Con la excepción de

Bolzano, antes de la segunda mitad del siglo XIX ningún austriaco contribuyó de modo significativo a las ciencias teóricas o históricas.

Pero cuando los liberales rompieron las cadenas que habían impedido todo esfuerzo intelectual, cuando abolieron la censura y denunciaron el concordato con la Iglesia, fueron muchas las mentes selectas que empezaron a acudir a Viena. Algunos venían de Alemania —como el filósofo Franz Brentano, y los juristas y filósofos Lorenz Stein y Rudolf von Jhering—, pero muchos de ellos venían de las provincias austriacas; otros, un pequeño número,

eran naturales de Viena. Era un grupo muy heterogéneo, y entre ellos no había seguidores. Brentano, el ex-dominico, inauguró una línea de pensamiento que desembocaría en la fenomenología de Husserl. Mach defendía una filosofía que acabó en el positivismo lógico de Schlick, Camap y del «Círculo de Viena». Breuer, Freud y Adler interpretaron las neurosis de un modo radicalmente distinto respecto a los métodos de Krafft-Ebing y de Wagner-Jauregg.

El ministerio austriaco de instrucción pública miraba con recelo todas estas iniciativas. Desde comienzos

de los años ochenta, la secretaría y el personal de este ministerio se venían eligiendo de entre los más fiables conservadores y reacios a cualquier idea o institución política moderna. Estos sólo tenían desprecio hacia todas aquellas cosas que a sus ojos aparecían como «modas extravagantes», y con mucho gusto habrían querido cerrar el camino de la universidad a toda innovación.

Con todo, el poder de la administración pública estaba fuertemente limitado por tres «privilegios» que las universidades habían obtenido bajo el impacto de las

ideas liberales. Es cierto que los profesores eran funcionarios públicos y que, como todos los funcionarios públicos, estaban sometidos a las órdenes emanadas de sus superiores, es decir del consejo de ministros y sus aparatos correspondientes. Sin embargo, los «superiores» no tenían derecho a interferir en los contenidos de la enseñanza que se desarrollaba en el ámbito de las clases y de los seminarios; al contrario, en este aspecto los profesores se beneficiaban de la gran discusión en tomo a la «libertad de enseñanza». Además, el ministro estaba obligado —aunque esa obligación nunca

se hubiera formulado de manera precisa — a ajustarse, en la atribución de la titularidad de las cátedras (o, para ser más precisos, en la propuesta al emperador para los respectivos nombramientos), a las decisiones tomadas por la facultad interesada. Estaba también la figura del *Privat-Dozent*. Un graduado que hubiera publicado un libro en una determinada disciplina podía solicitar a la facultad que fuera admitido en calidad de profesor libre o privado (sin sueldo) de la misma disciplina. Es cierto que la deliberación favorable de la facultad tenía que ser aún sometida a la

ratificación del ministro, pero esta, al menos mientras no se instauró el régimen de Schuschnigg, de hecho jamás se negó. Quien tenía el título de *Privat-Dozent* no por ello era funcionario público. A pesar de tener el título de profesor, no recibía sueldo alguno de la administración pública. Pero como muy pocos de estos *Privat-Dozenten* habrían podido vivir con sus propios recursos económicos, la mayor parte de ellos tenían que trabajar en otras cosas. El derecho a exigir tasas escolares a los estudiantes que asistían a sus cursos carecía en muchos casos prácticamente de valor.

Debido a esta clase de organización de la vida académica, los consejos de profesores gozaba de una autonomía casi ilimitada en la gestión de las facultades. La economía se enseñaba en las facultades de derecho y de ciencias sociales, en la mayor parte de las cuales había dos cátedras de esa disciplina. Si una de ellas quedaba vacante, un comité de juristas —con la colaboración a lo sumo de un economista— tenía que elegir al futuro catedrático. De este modo la decisión era tomada por no economistas. Ahora bien, hay que decir honestamente que los profesores de derecho miembros de la comisión

encargada de decidir estaban animados por las mejores intenciones. Pero no eran economistas. Tenían que elegir entre dos Escuelas opuestas de pensamiento, la «Escuela austriaca», por una parte, y la llamada «Joven Escuela histórica alemana» por otra. Aun cuando su juicio estuviera al margen de toda prevención política o nacionalista, se cuidaban muy mucho de favorecer un resultado que, de algún modo, pudiera considerarse como próximo a la línea de pensamiento que los profesores del Estado alemán consideraban específicamente *austriaco*. Con anterioridad nunca había habido un

modo de pensar originario de Austria. Las universidades austriacas habían sido estériles, hasta que —después de la revolución de 1848— fueron organizadas según el modelo de las universidades alemanas. Para los que no tenían familiaridad alguna con la teoría económica, la calificación de ‘austriaca’, aplicada a una doctrina, evocaba los tiempos oscuros de la Contrarreforma y de Metternich. Para un intelectual austriaco, nada era más desastroso que una recaída de su propio país en la inanidad intelectual de tiempos pasados.

Carl Menger, Böhm-Bawerk y

Wieser obtuvieron sus cátedras, respectivamente, en Viena, Innsbruck y Praga, antes de que el *Methodenstreit* apareciera a los ojos de los profanos como un conflicto entre la ciencia «moderna» y el «atraso» austriaco. Sus colegas no tenían nada personal contra ellos. Sin embargo, cuando era posible, intentaban llevar seguidores de la Escuela histórica de las universidades alemanas a las austriacas. En nuestro país, aquellos a quienes el mundo llamó «economistas austriacos» eran *outsiders* apenas tolerados.

3. *La Escuela austriaca en la vida*

intelectual de Austria

En la fase de esplendor del liberalismo, las más famosas universidades francesas y alemanas no eran meras instituciones de enseñanza, que daban a las nuevas generaciones de profesionales la formación necesaria para el desempeño satisfactorio de su actividad práctica. Eran también centros de cultura. Algunos de sus profesores eran conocidos y admirados en todo el mundo. Sus clases las frecuentaban no sólo alumnos regularmente matriculados que proyectaban conseguir un título académico, sino también muchos

hombres y mujeres ya formados, consagrados en las profesiones, en los negocios o en la política y que en las lecciones no buscaban sino gratificación intelectual. Estos particulares asistentes, que no eran estudiantes en sentido técnico, llenaban, por ejemplo en París, las clases de Renán, de Fustel de Coulanges y de Bergson, y en Berlín las de Hegel, Helmholz, Mommsen y Treitschke. El público instruido se interesaba seriamente por el trabajo de los círculos académicos. La élite leía las revistas y los libros publicados por los profesores, ingresaba en sus asociaciones escolares y seguía con

avidez las discusiones que tenían lugar en las distintas reuniones.

Algunos de estos aficionados que dedicaban sus horas de asueto a los estudios se elevaron muy por encima del mero diletantismo. La historia de la ciencia moderna recuerda el nombre de muchos de estos gloriosos «aficionados». Es significativo, por ejemplo, en la Alemania del segundo *Reich*, el hecho de que la única contribución importante a la ciencia económica la aportara un consejero de administración de empresa, Heinrich Oswald, de Fráncfort, una ciudad que en la época en que se publicó su libro no

tenía universidad[56].

En los últimos decenios del siglo XIX y primeros del XX se establecieron fuertes lazos entre los profesores universitarios y la población culta de la ciudad. Cuando los viejos maestros murieron o se retiraron, y fueron sustituidos en la cátedra por hombres de mucha menor estatura intelectual, estos lazos empezaron a aflojarse. Fueron muy fuertes en el periodo en que el rango de la Universidad de Viena, así como la importancia cultural de la ciudad, fue sostenido y elevado por algunos estudiosos que formaban parte del grupo de los *Privat-Dozenten*. El caso más

notable fue el del psicoanálisis. Este no recibió nunca el apoyo de las instituciones oficiales. Creció y prosperó fuera de la universidad; su único vínculo con la jerarquía burocrática de la enseñanza consistió en el hecho de que Freud era *Privat-Dozent*, un título sin importancia académica.

Había en Viena, como herencia de los años en que los fundadores de la «Escuela austriaca» habían sido finalmente reconocidos, un vivo interés por los problemas de la ciencia económica. Fue este interés el que me permitió organizar, en los años veinte,

un *Privat-Seminar*; poner en marcha la Sociedad económica [*Nationalökonomische Gesellschaft*] y fundar el Instituto austriaco para la investigación del ciclo económico [*Österreichische Institut für Konjunkturforschung*], que posteriormente se convirtió en Instituto austriaco para la investigación económica.

El *Privat-Seminar* no tenía vínculo alguno con la universidad ni con ninguna otra institución. Dos veces al mes, un grupo de estudiosos, entre ellos varios *Privat-Dozenten*, venían a mi despacho en la Cámara de comercio de Viena. La

mayor parte de los participantes pertenecían a la clase de edad de quienes habían comenzado los estudios académicos tras el final de la Gran Guerra. Algunos eran mayores. A todos les unía un ardiente interés por los problemas de la ciencia de la acción humana. En nuestras discusiones se trataban problemas de filosofía, epistemología, teoría económica y de los diversos sectores de la investigación histórica. Cuando en 1934 se me concedió la cátedra de «Relaciones económicas internacionales» en el *Institut Universitaire des Hautes Étudesde* Ginebra, el seminario se

suspendió.

Con excepción de Richard von Strigl, cuya prematura muerte acabó con una brillante carrera científica, y de Ludwig Bettelheim-Gabillon, del que habría mucho más que decir, todos los miembros del *Privat-Seminar encontraron* fuera de Austria su propio acomodo para proseguir el trabajo de estudiosos, autores y profesores.

En el campo intelectual, Viena desempeñó un importante papel en el periodo entre la institución del parlamento, en los primeros años sesenta, y la invasión nazi en 1938. El florecimiento se produjo al improviso,

tras siglos de esterilidad y apatía. La decadencia comenzó ya muchos años antes de la intervención nazi.

En toda nación y en todo periodo de la historia, las «explosiones» intelectuales son obra de pocos hombres y sólo una pequeña élite las aprecia. La mayoría de la gente contempla tales empresas con hastío y desprecio; en el mejor de los casos, con indiferencia. En Austria y en Viena, la elite era particularmente restringida; y el hastío de las masas y de sus dirigentes particularmente violento.

4. *Böhm-Bawerk y Wieser miembros*

del gobierno austriaco

La impopularidad de la ciencia económica se debe al análisis que la misma hace de los efectos de los privilegios. No se puede refutar la demostración que hacen los economistas de que todo privilegio perjudica los intereses del resto de la población o, por lo menos, de gran parte de la misma; que quienes son sus víctimas sólo toleran la existencia de tales privilegios si a ellos se les garantiza otros parecidos; y que, en definitiva, cuando todos disfrutan de privilegios ninguno gana, sino que todos salen perdiendo a

consecuencia de la caída general de la productividad del trabajo[57]. Sin embargo, las advertencias de los economistas son ignoradas por la codicia de hombres que son plenamente conscientes de su incapacidad para triunfar, sin la ayuda de privilegios particulares, en el mercado competitivo. Estos confían poder obtener privilegios mayores que los de los demás y que serán capaces de evitar, al menos durante algún tiempo, la posible concesión de privilegios compensadores a otros grupos. El economista es a sus ojos únicamente un sembrador de cizaña que pretende sabotear sus planes.

Cuando Menger, Böhm-Bawerk y Wieser iniciaron su carrera científica, no se interesaban por los problemas de política económica ni por el rechazo del intervencionismo que habían realizado los economistas clásicos. Consideraban que su vocación era construir la teoría económica sobre sólidas bases y se dedicaron completamente a esa tarea. Menger reprobaba profundamente la política intervencionista del gobierno austriaco, muy semejante a la de casi todos los gobiernos de la época. Pero no creía poder contribuir a que se volviera a una sana política de otra manera que mediante la exposición de una buena

teoría económica, a través de sus libros, sus artículos y su enseñanza universitaria.

Böhm-Bawerk entró a formar parte del equipo del ministerio austriaco de Hacienda en 1890. Fue dos veces ministro de Hacienda en un gobierno encargado únicamente de despachar los asuntos corrientes. De 1900 a 1904 desempeñó el mismo cargo en un gabinete dirigido por Ernest Körber. Los principios que le guiaron en el desempeño de su función fueron: el rígido mantenimiento de la paridad monetaria fijada por ley y el equilibrio presupuestario sin ayuda alguna del

banco central. Un eminente estudioso, Ludwig Bettelheim-Gabillon, había proyectado publicar un trabajo exhaustivo sobre la actividad de Böhm-Bawerk como ministro de Hacienda. Pero, por desgracia, los nazis liquidaron al autor y destruyeron su manuscrito[58].

Wieser, por su parte, fue por algún tiempo, durante la Gran Guerra, ministro de Comercio. Pero su actividad quedó neutralizada por los mismos poderes que, antes de su toma de posesión, le habían sido concedidos a un funcionario del ministerio, Richard Riedl, por lo que bajo la jurisdicción de Wieser sólo se trataron asuntos de segunda importancia.

II
La disputa con la Escuela histórica alemana

1. *El rechazo alemán de la economía clásica*

La hostilidad que la enseñanza de la teoría económica clásica encontró en la Europa continental se debió principalmente a prevenciones políticas. La economía política, tal como había sido desarrollada por varias

generaciones de pensadores británicos, brillantemente expuesta por Hume y Smith y perfeccionada por Ricardo, es el fruto más exquisito de la filosofía de la Ilustración y constituye el núcleo de la doctrina liberal, que propugna la instauración del gobierno representativo y la igualdad de todos los individuos ante la ley. No es, pues, extraño que fuera rechazada por todos aquellos que se sentían atacados en sus privilegios. La propensión a rechazar la ciencia económica fue muy fuerte en Alemania por parte del naciente espíritu nacionalista. El mezquino rechazo de la civilización occidental —filosofía,

ciencia, doctrina e instituciones políticas, arte y literatura—, que culminó en el nazismo, se originó en una radical denigración de la economía política británica.

Conviene, sin embargo, no olvidar que el rechazo de la economía política tuvo también otros campos. Este nuevo ámbito de conocimiento tuvo que enfrentarse también con problemas epistemológicos y filosóficos para los que los estudiosos no habían encontrado una solución satisfactoria. Era un tipo de conocimiento que no podía integrarse en el sistema tradicional de epistemología y de metodología. La tendencia

empirista que dominaba la filosofía occidental sugería considerar la economía, al igual que la física y la biología, una ciencia experimental. La idea de que una disciplina que se ocupa de cuestiones «prácticas» como las referentes a los precios y los salarios pudiera tener una naturaleza metodológica distinta de la de otras disciplinas ligadas a materias igualmente prácticas era realmente inaccesible a la capacidad de comprensión de la época. Y sin embargo sólo los más fanáticos positivistas no se percataron de que, en el campo en que se mueve la teoría económica, no es

posible realizar experimentos.

No vamos a ocupamos aquí de la situación tal como se desarrolló en el periodo del neopositivismo o hiperpositivismo del siglo XX. Hoy, en todo el mundo, y principalmente en Estados Unidos, legiones de estadísticos trabajan en institutos dedicados a estudiar lo que la gente piensa que es la «investigación económica». Recogen datos proporcionados por los gobiernos y diversas organizaciones económicas; los reajustan, los sistematizan y los imprimen, calculan medias, elaboran gráficos. Suponen que de este modo «miden» el «comportamiento» del

género humano y creen que no existe diferencia importante entre sus métodos de investigación y los que se emplean en los laboratorios de física, química y biología. Miran con conmiseración y desprecio a esos economistas que, como dicen, cuentan, como los botánicos de la «antigüedad», con el «pensamiento especulativo» en lugar de contar con los «experimentos»[59]. Están íntimamente convencidos que de sus esfuerzos sin descanso surgirá un día el conocimiento definitivo y completo, que permitirá a la autoridad planificadora del futuro hacer que todos los individuos sean perfectamente felices.

Los economistas de la primera mitad del siglo XIX, a pesar de su desconocimiento de los fundamentos de las ciencias de la acción humana, no llegaron tan lejos. Sus intentos de tratar los problemas epistemológicos de la economía fueron desde luego un completo fracaso. Sin embargo, en una visión retrospectiva, podemos decir que este fracaso fue un paso necesario en el camino hacia una solución más satisfactoria de la cuestión. Fue el fracaso del tratamiento del método de las ciencias morales llevado a cabo por John Stuart Mill lo que involuntariamente puso al descubierto la

debilidad de todos los argumentos aportados en favor de una interpretación empirista de la naturaleza de la ciencia económica.

Cuando los economistas empezaron a estudiar las obras de los economistas clásicos, aceptaron sin más el supuesto según el cual la teoría económica deriva de la experiencia. Pero la cuestión no podía terminar aquí, sobre todo para quienes no compartían las conclusiones a que la teoría clásica conducía en el plano de la acción política. Por ello no tardaron en plantearse algunas cuestiones: ¿Acaso la experiencia de la que los autores británicos derivaron sus

teoremas no es distinta de la de un autor alemán? ¿No tendrá la teoría clásica graves lagunas debido a que la experiencia en que se basa es sólo la de Gran Bretaña y concretamente de la Gran Bretaña de los varios reyes Jorge de la casa de Hanóver? Por lo demás, ¿existe algo que pueda considerarse como ciencia económica válida para todo país, nación o circunstancia histórica?

Es fácil adivinar la respuesta que dieron a estas tres preguntas quienes consideraban la economía como disciplina experimental. Pero esta respuesta equivalía a la negación

apodíctica de la ciencia económica en cuanto tal. La Escuela histórica habría sido coherente si hubiera negado la posibilidad de la teoría económica y si se hubiera abstenido escrupulosamente de hacer cualquier trabajo distinto de narrar lo sucedido en un determinado momento del pasado en cierta parte de la tierra. Sólo sobre la base de una teoría con validez general y no limitada a lo sucedido en un determinado tiempo y lugar pueden preverse los efectos esperados de un determinado acontecimiento. La Escuela histórica negaba enfáticamente que pudiera haber teoremas económicos de validez

universal. Pero esto no impidió que sus partidarios recomendaran y rechazaran —en nombre de la ciencia— opiniones y medidas necesariamente destinadas a incidir sobre las condiciones futuras.

Existía, por ejemplo, la teoría clásica de los efectos del libre cambio y del proteccionismo. Los críticos no se tomaron la molestia (sin esperanza) de descubrir algún falso silogismo en la cadena de razonamientos de Ricardo. Se limitaron a afirmar que en tales materias no caben soluciones «absolutas». Según ellos, hay situaciones históricas en las que los efectos del libre cambio o del proteccionismo difieren de los que

describe la «abstracta» teoría de los estudiosos de «escritorio». Para corroborar su postura, se referían a varios precedentes históricos. Y de este modo, dejaban de considerar con total desenvoltura que los hechos históricos, al ser siempre el resultado conjunto de muchos factores, no pueden demostrar ni refutar teorema alguno.

Así fue como la ciencia económica del segundo *Reich*, tal como está representada por los profesores universitarios nombrados a dedo por el gobierno, degeneró en una asistemática y mal conjuntada recogida de fragmentos de conocimiento tomados prestados de

la historia, la geografía, la tecnología, la jurisprudencia, la política; una recogida atiborrada de observaciones desdeñosas sobre los errores de las «abstracciones» de la Escuela clásica. Con mayor o menor energía, la mayor parte de los profesores hacía propaganda, en sus escritos y lecciones, a favor de la política del gobierno imperial, caracterizada por un conservadurismo autoritario, la *Sozialpolitik*, el proteccionismo, ingentes armamentos y un nacionalismo agresivo. No sería justo considerar esta intrusión de la política en perjuicio del análisis económico como un fenómeno específicamente

alemán. Se debió fundamentalmente a la errónea interpretación epistemológica de la teoría económica, un fracaso que no fue sólo alemán.

Un segundo factor que impulsó a la Alemania del siglo XIX en general y a las universidades alemanas en particular a mirar con recelo la economía política británica fue su postura ante la riqueza y la filosofía utilitarista.

Las definiciones entonces prevalentes de la economía política la describían como la ciencia de la producción y de la distribución de la riqueza. A los ojos de los profesores alemanes tal filosofía no podía menos de

ser vulgar. Se consideraban capaces de renunciar a sí mismos y empeñarse en la consecución de un conocimiento puro, es decir se consideraban muy distintos de tantos mezquinos acaparadores de dinero, apegados a las cosas terrenales. La mera mención de cosas como la riqueza y el dinero era un auténtico tabú para gentes que alardeaban de su elevada cultura (*Bildung*). Los profesores de economía sólo podían preservar su propia reputación entre otros colegas señalando que sus temas de estudio no eran los ruines asuntos de gente empeñada en la búsqueda del beneficio, sino la investigación

histórica, por ejemplo, las nobles empresas de los Electores de Brandeburgo y de los reyes de Prusia.

No menos seria era la cuestión del utilitarismo. En las universidades alemanas no se toleraba la filosofía utilitarista. De los dos principales utilitaristas alemanes, Ludwig Feuerbach no obtuvo nunca un puesto de profesor, y Rudolf von Jhering tuvo que ocuparse de derecho romano. Todas las falsas interpretaciones que, durante dos siglos, persiguieron al hedonismo y al eudemonismo se debieron a los profesores de *Staatswissenschaften* en su crítica a los economistas

británicos[60]. A falta de otros motivos de recelo, a los estudiosos alemanes les habría bastado para condenar la teoría económica simplemente el hecho de que a la misma contribuyeran Bentham y los Mill, padre e hijo.

2. *La esterilidad de Alemania en el campo de la ciencia económica*

Las universidades alemanas eran propiedad de los distintos reinos y granducados que formaban el *Reich* y por ellos eran gestionadas[61]. Los profesores eran funcionarios públicos y, como tales, tenían que respetar

rigurosamente los reglamentos y las órdenes dictadas por sus superiores jerárquicos, los burócratas de los respectivos ministerios de instrucción pública. Esta total e incondicional subordinación de las universidades y de sus profesores a la supremacía de los gobiernos recibió en vano el desafío de la opinión pública liberal cuando, en 1837, el rey de Hanóver expulsó de la universidad de Gotinga a siete profesores que protestaban contra la violación de la constitución por parte de la propia corona. Los distintos gobiernos no prestaron atención a la reacción de la opinión pública.

Procedieron a expulsar a aquellos profesores cuyas ideas políticas o religiosas no eran de su agrado. Y, al cabo de cierto tiempo, idearon métodos más sutiles y eficaces para hacer que los profesores fueran fieles defensores de la política oficial. Y así, los candidatos, antes de ser nombrados, eran escrupulosamente seleccionados, por lo que sólo hombres fiables obtenían la cátedra. De este modo la cuestión de la libertad académica pasaba a segundo plano. Los profesores, por propia iniciativa, enseñaban sólo lo que el gobierno les permitía.

La guerra de 1866 puso fin al

conflicto constitucional prusiano. El partido del rey —el partido conservador de los Junker, liderado por Bismarck— triunfó sobre el partido progresista, que defendía el gobierno parlamentario, así como sobre los grupos democráticos de la Alemania meridional. En el nuevo marco político, primero en el *Norddeutscher Bund* y, después de 1871, en el *Deutsches Reich*, no había espacio para las «ajenas» doctrinas del manchesterismo y del *laissez faire*. Los vencedores de Königgrätz y Sedan pensaban que nada tenían que aprender de la «nación de tenderos» —Gran Bretaña— y de la vencida Francia.

Al estallar la guerra de 1870, uno de los sabios alemanes más eminentes, Emil du Bois-Reymond, se vanagloriaba de que la universidad de Berlín fuera «la guardia de corp intelectual de la casa de Hohenzollern». Lo cual, en lo referente a las ciencias naturales, poco importa. Pero tiene un significado muy claro y preciso respecto a las ciencias de la acción humana. Quienes ocupaban las cátedras de historia y de *Staatswissenschaften* (es decir de ciencia política, incluido todo lo referente a la economía y a las finanzas) sabían muy bien lo que los soberanos esperaban de ellos. Y «entregaban la

mercancía».

De 1882 a 1907, el responsable de la política universitaria en el ministerio prusiano de Instrucción pública fue Friedrich Althoff, quien gobernó las universidades prusianas como un dictador. Puesto que Prusia tenía el mayor número de cátedras remuneradas y por ello ofrecía el campo más favorable para la ambición de los estudiosos, los profesores de otros estados alemanes, y también los de Austria y Suiza, aspiraban a obtener un puesto en Prusia. Althoff podía así imponer por lo general sus principios y sus opiniones. En todas las cuestiones

relativas a las ciencias sociales y a las disciplinas históricas, Althoff seguía puntualmente el criterio de su amigo Gustav von Schmoller, y este tenía un olfato infalible para separar los dóciles de los indóciles.

En el segundo y en el tercer cuarto del siglo XIX, algunos profesores alemanes aportaron notables contribuciones a la ciencia económica. Es cierto que las más destacadas entre estas aportaciones, las de Thünen y Gossen, se produjeron al margen de la universidad. Pero en la historia del pensamiento económico se recordarán también los libros de los profesores

Hermann, Mangoldt y Knies.

Los que accedieron a la carrera académica después de 1866 no tuvieron más que desprecio por las «abstracciones sin alma». Y publicaron estudios históricos, preferentemente centrados en las condiciones de trabajo del pasado reciente. Muchos de ellos estaban firmemente convencidos de que la función principal de los economistas era ayudar al «pueblo» en la lucha de liberación contra los «explotadores»; y estaban igualmente convencidos de que los líderes enviados por Dios eran las dinastías, en particular la casa de Hohenzollern.

3. *El Methodenstreit*

Menger refutó en sus *Untersuchungen*, la concepción epistemológica subyacente a los escritos de la Escuela histórica. Schmoller publicó una recensión bastante despectiva del libro de Menger, a la que este reaccionó, en 1884, con un *pamphlet* titulado *Die Irrthümer des Historismus in der Deutschen Nationalökonomie*. Las distintas publicaciones a que dio lugar esta controversia se conocen bajo el nombre de *Methodenstreit*.

Sin embargo, la disputa sobre el método contribuyó muy poco a clarificar

los problemas que se discutían. Sobre Menger pesaba demasiado la influencia del empirismo de John Stuart Mill para llevar su posición a las últimas consecuencias lógicas. Schmoller y sus discípulos, empeñados en defender una posición insostenible, ni siquiera se dieron cuenta del tema que se discutía.

El término *Methodenstreit* es desorientador. En efecto, el resultado no consistió en descubrir el procedimiento adecuado para tratar aquellos problemas que solían considerarse como económicos. Lo que se discutía era, esencialmente, si existe o no una ciencia, distinta de la historia, capaz de

tratar los distintos aspectos de la acción humana.

Existía en casi toda Alemania, ante todo, un radical determinismo materialista, una filosofía aceptada entonces, aunque nunca se formulara en términos precisos y claros, por físicos, químicos y biólogos. Estos estudiosos consideraban que las ideas, los actos de voluntad y las acciones humanas son producto de acontecimientos físicos y químicos, que las ciencias naturales describirían un día igual que se puede describir la formación de un compuesto químico por la combinación de distintos ingredientes. Como único camino que

permitiera llevar a ese resultado científico, invocaban la experimentación realizada en laboratorios de fisiología y biología.

Schmoller y sus discípulos rechazaban enérgicamente tal filosofía, no porque fueran conscientes de sus deficiencias, sino porque la consideraban incompatible con las creencias religiosas del gobierno prusiano. Preferían de hecho una doctrina muy próxima al positivismo de Comte (que públicamente —¡claro está! — denigraban por ser atea y de origen francés). En efecto, si se interpreta coherentemente, el positivismo

desemboca en un determinismo materialista. Pero muchos seguidores de Comte no fueron claros sobre este punto. Sus discusiones no siempre excluyeron la conclusión de que las leyes de la física social (la sociología), cuya afirmación consideraban el principal objetivo de la ciencia, pudieran descubrirse a través de lo que ellos llamaban un modo más «científico» de tratar el material acumulado por los procedimientos tradicionales de los historiadores. Tal era la posición que Schmoller adoptó en relación con la economía. No dudó en acusar repetidamente a los economistas de

haber llegado con demasiado apresuramiento a deducciones basadas en un material cuantitativamente insuficiente. Para situar una ciencia económica realista en el lugar de las alocadas generalizaciones de los economistas (británicos) «de escritorio», sería necesario, según Schmoller, un mayor cúmulo de estadísticas y de historia, una mayor acumulación de «materiales». Sirviéndose de los resultados de tales investigaciones, los economistas del futuro —seguía afirmando— desarrollarían un día, mediante la «inducción», nuevas teorías.

Tal era la confusión de Schmoller que no veía la incompatibilidad de su propia epistemología con el rechazo del ataque positivista contra la historia. No se percató del abismo que separaba su posición de la de los filósofos alemanes que estaban destruyendo el modo positivista de tratar la historia: primero Dilthey y luego Windelband, Rickert y Max Weber. En el mismo artículo en que criticaba las *Untersuchungen* de Menger, se ocupaba del primer libro importante de Dilthey, *Einleitung in die Geisteswissenschaften*. No entendía que el contenido de la doctrina de Dilthey era la negación de la tesis principal de

su metodología, esto es que las leyes del desarrollo social pueden extraerse de la experiencia histórica.

4. *Los aspectos políticos del Methodenstreit*

La filosofía británica del libre cambio triunfó, en el siglo XIX, en los países de Europa occidental y central. Acabó con la vacilante ideología del autoritario Estado asistencial (*landesfürstlicher Wohlfahrsstaat*), que había inspirado la política de los principados alemanes a lo largo del siglo XVIII. También Prusia adoptó por algún tiempo el liberalismo.

Los puntos culminantes de su librecambismo fueron los aranceles del *Zollverein* de 1865 y el código de comercio [*Gewerbeordnung*] de 1869 vigentes en el territorio del *Norddeutscher Bund* (luego *Deutsches Reich*). Pero el gobierno de Bismarck no tardó en inaugurar su *Sozialpolitik*, un sistema de medidas intervencionistas, como la legislación laboral, la seguridad social, la actitud filosindical, el impuesto progresivo, las tarifas protectoras, los cárteles y el *dumping*[62].

Ahora bien, quien se opone a la devastadora crítica de los economistas

contra todos los modelos de intervención, debe necesariamente negar la existencia —para no hablar de las reivindicaciones epistemológicas— de la ciencia económica y de la praxeología. Es lo que siempre han hecho todos los adalides del autoritarismo, del Estado omnipotente y de las políticas de «asistencia». Culpan a la economía de ser una ciencia «abstracta» e invocan un modo intuitivo (*anschaulich*) de tratar este tipo de problemas. Insisten en la circunstancia de que aquí las cosas son demasiado complicadas para poder describirlas mediante fórmulas y teoremas. Afirman

que las distintas naciones y razas son tan diferentes unas de otras que es imposible comprender su comportamiento mediante una sola teoría; se precisan tantas teorías cuantas son las naciones y las razas. Otros añaden que, incluso cuando se trata de una misma nación o raza, la acción económica difiere según los distintos periodos históricos. Para desacreditar a la ciencia económica en cuanto tal, se formularon estas y otras objeciones, a menudo incompatibles entre sí. De hecho, la teoría económica desapareció completamente de las universidades del Imperio alemán. Hubo un solo epígono,

confinado en la universidad de Bonn, de la economía clásica: Heinrich Dietzel, el cual sin embargo jamás comprendió en qué consistía la teoría subjetiva del valor. En todas las demás universidades, los profesores rivalizaban en ridiculizar la economía y a los economistas. No es el caso de detenerse sobre lo que se propuso como sustituto de la teoría económica en las universidades de Berlín, Múnich y demás ateneos del Imperio. A nadie le interesa hoy lo que Gustav Schmoller, Adolf Wagner, Lujo Brentano y sus numerosos seguidores escribieron en sus voluminosos libros o en sus revistas.

El significado político de la Escuela histórica consistió en que contribuyó poderosamente a implantar en Alemania aquellas ideas que hicieron populares las desastrosas políticas que culminaron en grandes catástrofes. La agresividad imperialista que por dos veces concluyó con la guerra y la derrota, la inflación sin límites de los primeros años Veinte, la economía imperativa (la *Zwangswirtschaft*) y todos los horrores del régimen nazi fueron el resultado de la acción de unos políticos que siguieron las enseñanzas de los paladines de la Escuela histórica.

Schmoller, sus amigos y discípulos

invocaban el llamado socialismo de Estado; un sistema de planificación socialista en manos de los Junker. Tal era el tipo de socialismo al que aspiraban Bismarck y sus sucesores. La tímida oposición de un reducido grupo de hombres de negocios fue insignificante: no porque los opositores no fueran numerosos, sino porque sus esfuerzos carecían de base ideológica. En Alemania, los pensadores liberales brillaban por su ausencia. La única resistencia al socialismo de Estado la opusieron los marxistas del partido socialdemócrata. Pero, como los socialistas de Schmoller —los

socialistas de cátedra (*Kathedersozialisten*)—, querían también el socialismo. La única diferencia entre ambos grupos estaba en la elección de los que deberían integrar el supremo comité de planificación: los Junker, los profesores y la burocracia prusiana fiel a la casa de Hohenzollern o los funcionarios del partido socialdemócrata y los sindicatos afiliados a este.

Los únicos adversarios serios contra los que la escuela de Schmoller tuvo que luchar en Alemania fueron los marxistas. Y estos no tardaron en imponerse, porque por lo menos tenían doctrinas,

por más falsas y contradictorias que fueran, mientras que las enseñanzas de la Escuela histórica eran más bien la negación de cualquier teoría. Y así fue cómo, en la búsqueda de un mínimo apoyo teórico, la escuela de Schmoller fue tomando prestados algunos instrumentos del patrimonio marxista. Al final, el propio Schmoller acabó avalando la doctrina marxiana de la lucha de clases y del condicionamiento «ideológico» del pensamiento por la pertenencia de clase. Uno de sus amigos, Wilhelm Lexis, también profesor, desarrolló una teoría del interés, que Engels juzgó una especie de paráfrasis

de la teoría marxiana de la explotación[63]. A causa de los escritos de los adalides de la *Sozialpolitik*, el término «burgués» (*bürgerlich*) adquirió en la lengua alemana una connotación infamante.

La desastrosa derrota sufrida en la Gran Guerra pulverizó el prestigio de príncipes, aristócratas y burócratas alemanes. Los seguidores de la Escuela histórica y de la *Sozialpolitik* transfirieron entonces su lealtad a los diversos grupúsculos de los que finalmente surgió el partido nazi.

Es cierto que la línea recta que conduce de la obra de la Escuela

histórica al nazismo no puede trazarse evocando las distintas posiciones que adoptara alguno de sus fundadores. Quienes por la parte «histórica» participaron en el *Methodenstreit* murieron antes de la derrota de 1918 o de la llegada de Hitler. Sin embargo, la vida de uno de los más destacados representantes de la segunda generación de dicha Escuela ilustra perfectamente las distintas fases que, en el periodo que va de Bismarck a Hitler, vivió la economía en las universidades alemanas.

Werner Sombart fue, con mucho, el más dotado de los alumnos de

Schmoller. Tenía sólo veinticinco años cuando su maestro, en el momento culminante del *Methodenstreit*, le encargó recensionar y refutar el libro de Wieser *Der natürliche Wert*. El fiel discípulo condenó el libro como «totalmente erróneo»[64]. Veinte años después, Sombart alardeaba de haber dedicado buena parte de su vida a luchar a favor de Marx[65]. Cuando en 1914 estalló la guerra, publicó un libro, *Händler und Helden* [Mercaderes y héroes][66], en el que, en un lenguaje burdo y obsceno, rechazaba todo lo que fuera de origen británico o anglosajón, y especialmente toda filosofía y teoría

económica británica, en cuanto manifestación de una vil mentalidad de tenderos. Después de la guerra, Sombart revisó su libro sobre el socialismo. Antes de la guerra, se habían hecho del mismo nueve ediciones[67]. Mientras que en las ediciones publicadas en el periodo anterior al conflicto mundial exaltaba el marxismo, en la décima edición no dudó en cambio de atacarle fanáticamente, sobre todo por su carácter «proletario» y su falta de patriotismo y de nacionalismo. Algunos años más tarde, Sombart intentaba actualizar el *Methodenstreit* mediante un volumen lleno de improperios contra

la teoría de economistas cuyo pensamiento era incapaz de comprender[68].

Posteriormente, cuando los nazis conquistaron el poder, Sombart coronó, con un libro sobre el socialismo alemán, una carrera literaria de cuarenta y cinco años. La idea guía de este libro es que el *Führer* recibe las órdenes directamente de Dios, supremo *Führer* del universo, y que el *Führertum* [caudillaje] es una revelación permanente[69].

De la glorificación por obra de Sombart de los Electores y de los reyes de la casa de Hohenzollern a la canonización de Adolf Hitler, tal fue el

progreso de la economía académica alemana.

5. *El liberalismo de los economistas austriacos*

Platón se imaginaba un tirano benévolo que confiaría a un sabio filósofo el poder de fundar el sistema social perfecto. La Ilustración no puso sus esperanzas en la afirmación más o menos accidental de gobernantes bien intencionados o de sabios diligentes. Su optimismo sobre el futuro del género humano se basaba en la doble fe en la bondad del hombre y en su mente

racional. En la vida del pasado, una minoría de bribones —reyes pícaros, sacerdotes sacrilegos, nobles corrompidos— habían podido hacer el mal. Y, sin embargo, según la doctrina iluminista, apenas el hombre se hace consciente del poder de su razón, resulta imposible la recaída en la oscuridad y en los errores de tiempos pasados. Toda nueva generación añade algo a las conquistas de los antepasados. El género humano se halla, pues, en vísperas de un continuo avance hacia condiciones de vida más satisfactorias. Progresar continuamente es la naturaleza del hombre. De nada sirve quejarse de la

presunta pérdida de la felicidad de una fabulosa Edad de Oro. La condición ideal de la sociedad está ante nosotros, no a nuestras espaldas.

Los políticos del siglo XIX, liberales, progresistas y democráticos, que lucharon por el gobierno representativo y el sufragio universal, tenían en su mayoría una inquebrantable fe en la infalibilidad de la mente racional del hombre común. Para ellos, las mayorías no pueden equivocarse. Las ideas surgidas del pueblo y aprobadas por los electores no pueden menos de fomentar el bienestar.

Conviene, sin embargo, puntualizar

que los argumentos que un pequeño grupo de filósofos liberales formularon a favor del gobierno representativo eran distintos y no implicaban ninguna referencia a una supuesta infalibilidad de las mayorías. Hume observaba que el gobierno se basa siempre en la opinión. Y a la larga triunfa siempre la opinión de la mayoría. Un gobierno que no cuenta con la opinión de la mayoría antes o después tiene que abandonar el poder; si no renuncia a él, será echado violentamente. Los gobernados tienen poder para otorgar la responsabilidad de gobierno a aquellos hombres que son capaces de gobernar según los

principios que la mayoría considera adecuados. A largo plazo, es imposible un gobierno impopular, que mantenga un sistema que la multitud condena como injusto. La racionalidad del gobierno representativo, sin embargo, no radica en la infalibilidad, semejante a la de Dios, de las mayorías, sino en el intento de efectuar con métodos pacíficos la corrección, en definitiva inevitable, del sistema político y la sustitución de los hombres en el gobierno en consonancia con la voluntad de la mayoría. Los horrores de la revolución y de la guerra civil pueden evitarse si un gobierno falto de apoyo puede ser sustituido

pacíficamente mediante elecciones.

Los auténticos liberales pensaban que la economía de mercado, único sistema económico que garantiza la constante y progresiva mejora del bienestar material del género humano, sólo puede funcionar en una atmósfera de paz. Sostenían por tanto la necesidad del gobierno representativo, porque daban por descontado que sólo este sistema puede preservar de forma duradera la paz interior y exterior.

Lo que separaba a estos verdaderos liberales del ciego culto mayoritario de los radicales era que los primeros no basaban su optimismo sobre el futuro

del hombre en la mística confianza en la infalibilidad de las mayorías, sino en la convicción de que el poder de un argumento lógico es irresistible. Admitían, por supuesto, que la inmensa mayoría de los hombres comunes es mentalmente torpe y demasiado indolente para seguir y absorber las largas cadenas de razonamientos. Pero esperaban que las masas, debido precisamente a su propia torpeza e indolencia, no podrían menos de apoyar las ideas propuestas por los intelectuales. Del buen juicio de una minoría culta y de su habilidad para convencer a la mayoría, los grandes

líderes del movimiento liberal del siglo XIX esperaban la mejora constante de la condición humana.

En este aspecto hubo entre Carl Menger y sus primeros seguidores, Wieser y Böhm-Bawerk, pleno acuerdo. Entre los papeles no publicados de Menger, el profesor Hayek ha descubierto una anotación que reza así: «No hay mejor medio para poner en claro lo absurdo de un modo de razonar que dejarle llegar a sus últimas consecuencias». A los tres les gustaba referirse al argumento empleado por Spinoza en el primer libro de la *Ética*, que se cierra con esta famosa expresión:

«*Sane sicut lex se ipsam et tenebras manifestat, sic ventas norma sui et falsi*». Observaban con serenidad la vehemente propaganda de la Escuela histórica y de los marxistas. Y tenían la plena convicción de que los dogmas, lógicamente indefendibles, de tales facciones acabarían siendo refutados por todo hombre razonable, precisamente por lo absurdo de sus conclusiones y porque las masas seguirían necesariamente la guía de los intelectuales[70].

La sabiduría de este modo de razonar radica en el rechazo de la práctica popular de oponer una presunta

psicología al razonamiento lógico. Es cierto que con frecuencia los errores de razonamiento se deben a la disposición del individuo a preferir una conclusión errada a otra correcta. Hay muchas personas cuyos sentimientos les impiden pensar correctamente. Sin embargo, hay una gran diferencia entre el reconocimiento de este tipo de circunstancias y las doctrinas que últimamente se enseñan bajo la etiqueta de «sociología del conocimiento». El pensamiento y el razonamiento humanos, la ciencia y la tecnología son producto de un proceso social en la medida en que el pensador individual se enfrenta a

los logros y errores de sus predecesores y establece con ellos, coincidiendo o discrepando, una virtual discusión. En la historia de las ideas se pueden explicar los fallos y los logros de un hombre analizando las condiciones en que vivió y trabajó. En este sentido, podemos referimos a lo que suele llamarse espíritu del tiempo, de una nación, de un contexto. Pero si se trata de explicar el nacimiento de una idea o de justificarla refiriéndose al ambiente del autor, se cae en un razonamiento circular. Las ideas nacen siempre de la mente de un individuo y la historia no puede decir de ellas sino que son generadas en un

momento determinado por un determinado individuo. El erróneo modo de razonar de un individuo no tiene otra justificación que la que el gobierno austriaco dio una vez refiriéndose al caso de un general derrotado: que nadie es responsable de no ser un genio. La psicología puede ayudamos a explicar por qué un hombre fracasa en su modo de pensar. Pero esta explicación no puede transformar lo que es falso en verdad.

Menger, Böhm-Bawerk y Wieser rechazaron incondicionalmente el relativismo lógico de que adolecían las enseñanzas de la Escuela histórica

prusiana. Contra la postura de Schmoller y sus seguidores, sostenían que existe un cuerpo de teoremas económicos válidos para toda acción humana prescindiendo de las circunstancias de tiempo y lugar, de las características nacionales y raciales de los autores, de sus ideas religiosas, filosóficas y éticas.

No puede exagerarse el mérito de estos tres economistas austriacos al defender la causa de la ciencia económica contra las vanas críticas del historicismo. Sus convicciones epistemológicas no les inspiraron ningún optimismo sobre la futura evolución del género humano. Al margen de lo que

pueda decirse a favor del pensamiento lógico, esto no demuestra que las generaciones futuras superarán a las anteriores en términos de esfuerzo intelectual y de resultados.

La historia muestra repetidamente que a periodos de maravillosas conquistas intelectuales les siguen otros periodos de decadencia y retroceso. No sabemos si la próxima generación dará hombres capaces de seguir por el camino que recorrieron aquellos ingenios que hicieron tan glorioso el siglo pasado. Nada sabemos sobre las condiciones biológicas que permiten a un hombre dar un paso adelante en la vía

del progreso intelectual. No podemos excluir que pueda haber límites a la superación intelectual del hombre. Y, por supuesto, no sabemos si en esta superación hay un punto más allá del cual las minorías cultas no podrán ya convencer a las masas para que las sigan.

Lo que Menger, Böhm-Bawerk y Wieser dedujeron de tales premisas es que, mientras que el deber de un pionero es hacer todo lo que sus facultades le permiten realizar, en modo alguno tiene la obligación de propagar sus propias ideas y, menos aún, tiene que emplear métodos discutibles para hacerlas

aceptables a la gente. Los primeros economistas austriacos no se preocuparon por difundir sus escritos. Menger no publicó la segunda edición de sus famosos *Grundzätze*, a pesar de que el libro llevara mucho tiempo agotado, los ejemplares de segunda mano se vendieran a un precio muy elevado y el editor se lo pidiera con creciente insistencia.

El único interés de Menger, Böhm-Bawerk y Wieser fue contribuir al avance de la teoría económica. Jamás trataron de convencer a nadie con medios distintos del poder de convicción contenido en sus libros y

artículos. Permanecieron indiferentes al hecho de que las universidades de los países de lengua alemana, e incluso muchas universidades austriacas, fueran hostiles a la ciencia económica en cuanto tal y, en particular, a las teorías económicas subjetivistas.

III

El lugar de la Escuela austriaca de economía en la evolución de la teoría económica

1. La *«Escuela austriaca» y Austria*

Cuando los profesores alemanes aplicaron el calificativo de «austriacas» a las teorías de Menger y sus primeros seguidores y continuadores, lo hicieron en sentido peyorativo. Después de la

batalla de Königgrätz, en Berlín, «cuartel general del Espíritu», como lo definió burlescamente Herbert Spencer, calificar algo como «austriaco» tenía siempre el mismo significado negativo[71]. Sin embargo, la denigración se transformó en un boomerang. La expresión «Escuela austriaca» se hizo muy pronto famosa en todo el mundo.

Evidentemente, la práctica de colgar una etiqueta nacionalista a una corriente de pensamiento es generadora de equívocos. Sólo pocos austriacos y, por lo que hace al caso, no austriacos sabían algo de economía. Y, por más generosos que se quiera ser al conceder ese

apelativo, aún menos eran los austriacos que pudieran llamarse economistas. Había también, entre los austriacos, algunos estudiosos que no trabajaban en la línea que luego dio nombre a la «Escuela austriaca»; los más conocidos entre ellos fueron los matemáticos Rudolf Auspitz y Richard Lieben y, más tarde, Alfred Ammon y Joseph Schumpeter. Por otro lado, el número de economistas extranjeros que prosiguieron la labor iniciada por los «Austriacos» fue en constante aumento. Al principio sucedió a veces que los esfuerzos de economistas británicos, americanos y de otros estudiosos no-

austriacos encontraran, en sus respectivos países, cierta oposición y que fueran irónicamente llamados «austriacos» por sus críticos. Pero al cabo de algunos años las principales ideas de la Escuela austriaca fueron ampliamente aceptadas como parte integrante de la teoría económica. En torno al periodo de la muerte de Menger (1921), nadie distinguía ya entre Escuela austriaca y el resto de la economía. El apelativo de «Escuela austriaca» se convirtió en el nombre que se dio a un importante capítulo de la historia del pensamiento económico; dejó de ser el nombre de un sector específico, con

doctrinas distintas de las defendidas por otros economistas.

Hubo, desde luego, una excepción. La interpretación de las causas y de la marcha del ciclo económico que yo formulé, primero en la *Teoría del dinero y del crédito*[72] y luego en *La acción humana*[73], bajo el nombre de teoría monetaria o de la circulación del crédito, se denominó teoría austriaca del ciclo. Como todas las etiquetas nacionalistas, también esta es discutible. La teoría de la circulación del crédito es una continuación, una ampliación y una generalización de ideas desarrolladas primeramente por la Escuela monetaria

británica y de algunas aportaciones realizadas por economistas sucesivos, particularmente por el sueco Knut Wicksell.

Puesto que ha sido inevitable referirse a la nacionalidad, —se ha hablado en efecto de Escuela austriaca — podemos añadir algunas palabras a propósito de la pertenencia lingüística de los economistas austriacos. Menger, Böhm-Bawerk y Wieser eran de lengua alemana y escribieron sus libros en alemán. Lo mismo puede decirse de sus principales alumnos: Johann von Komorzynski, Hans Mayer, Robert Meyer, Richard Schüller, Richard von

Strigl y Robert Zuckerkandl. En este sentido, la labor de la «Escuela austriaca» vino a completar la filosofía de la ciencia alemana. Pero entre los alumnos de Menger, Böhm-Bawerk y Wieser hubo también austriacos no alemanes. Dos de ellos se destacaron con importantes aportaciones a la teoría económica: los checos Franz Cuhel y Karel Englis.

2. *El significado histórico del Methodenstreit*

La especial situación ideológica de Alemania y sus condiciones políticas

suscitaron, en el último cuarto del siglo XIX, la disputa entre dos escuelas de pensamiento, disputa que alimentó el *Methodenstreit* y el empleo del apelativo «Escuela austriaca». Sin embargo, la contraposición que se manifestó en el debate no puede confinarse a un determinado periodo histórico o país. Es una contraposición permanente.

Tal como es la naturaleza humana, es inevitable que, en cualquier sociedad en la que la división del trabajo y su corolario, la economía de mercado, han alcanzado cierta complejidad, la subsistencia de cada uno dependa de la

conducta de los demás. En una sociedad tal, el individuo disfruta de los servicios de sus semejantes y, a su vez, presta sus servicios a los demás. Los servicios se prestan voluntariamente: para que mi semejante haga algo para mí, debo ofrecerle algo que prefiere abstenerse de hacer. Todo el sistema está construido sobre la voluntariedad de los servicios que se intercambian. Las condiciones naturales impiden inexorablemente al hombre abandonarse al disfrute sin preocupaciones de su propia existencia. Su integración en la comunidad de la economía de mercado es espontánea, fruto de la intuición de

que no dispone de otro modo mejor de sobrevivir.

El significado y las consecuencias de la espontaneidad sólo han sido captados por los economistas. Y quienes no tienen familiaridad con la ciencia económica, es decir la inmensa mayoría de los hombres, no ven ninguna razón para no imponer a los demás, por medio de la fuerza, que hagan lo que libremente no desean hacer. Si el aparato de coacción física que esto genera es el de un poder de policía legítimo o el ‘piquete’ ilegal cuya violencia es tolerada por los óiganos del Estado, no hay diferencia alguna. Lo decisivo es la

sustitución de la acción voluntaria por la coacción.

Por un determinado conjunto de condiciones políticas, seguramente fortuitas, la filosofía de la cooperación pacífica fue rechazada por los súbditos del Estado prusiano, rechazo que estos fueron los primeros en traducir en una doctrina completa. Las victorias en las tres guerras bismarckianas intoxicaron a los intelectuales alemanes, muchos de los cuales eran funcionarios públicos. Algunos subrayaron el hecho de que la adopción de las ideas de la Escuela de Schmoller era la más baja precisamente en los países cuyos ejércitos habían sido

derrotados en 1866 y 1870. Pero es obviamente ridículo buscar una conexión entre el nacimiento de la teoría económica austriaca y las derrotas, los fracasos y las frustraciones del régimen de los Habsburgo. Es cierto que las universidades estatales francesas se mantuvieron alejadas, durante más tiempo que las de otros países, del historicismo y de la *Sozialpolitik* a causa desde luego, al menos en cierta medida, de la etiqueta prusiana aplicada a tales doctrinas. Pero se trató de un retraso irrelevante. Francia, como todos los demás países, se convirtió en un baluarte del intervencionismo y

arrinconó la teoría económica.

El triunfo filosófico de las ideas que glorificaban la intervención del Estado, es decir la acción de los agentes armados, lo consiguieron Nietzsche y Georges Sorel. Estos acuñaron la mayor parte de los eslóganes que guiaron las carnicerías del bolchevismo, del fascismo y del nazismo. Intelectuales que exaltaban el placer del asesinato, escritores que invocaban la censura, filósofos que juzgaban los méritos de un pensador o de un autor no sobre la base del valor de sus aportaciones sino según las hazañas realizadas en el campo de batalla[74], estos fueron, en nuestro

tiempo, los líderes intelectuales de la perenne lucha contra la idea de la cooperación pacífica entre los hombres. Se ha podido así asistir al espectáculo de aquellos autores y profesores americanos que atribuyeron el origen de su independencia política y la de su constitución a una astuta maraña de los 'intereses' y que lanzaron miradas libidinosas ¡al paraíso de la Rusia soviética!

La grandeza del siglo XIX consistió, en cierta medida, en el hecho de que las ideas de los economistas clásicos se convirtieron en la filosofía dominante del Estado y de la sociedad. Estas ideas

transformaron la sociedad tradicional en naciones pobladas de ciudadanos libres, el absolutismo regio en gobierno representativo y, sobre todo, la pobreza soportada por las masas bajo el *ancien régime* en el bienestar de muchos bajo el *laissez faire* capitalista. La reacción del estatalismo y del socialismo está hoy minando los fundamentos de la civilización occidental y del bienestar. Acaso tengan razón quienes piensan que ya es demasiado tarde para evitar el triunfo final de la barbarie y de la destrucción. Sea como fuere, una cosa es cierta. La sociedad, es decir la cooperación pacífica de los hombres

bajo el principio de la división del trabajo, sólo puede existir y funcionar si se adoptan políticas que el análisis económico declara idóneas para alcanzar los fines perseguidos. La peor ilusión de nuestro tiempo es la supersticiosa fe en panaceas que —como los economistas han demostrado de maneara contundente— son contrarias a los fines que se pretende alcanzar.

Los gobiernos, los partidos, los grupos de presión y los burócratas de la jerarquía que gestiona la educación pública piensan que pueden eludir las inevitables consecuencias de medidas

inadecuadas, boicoteando y reduciendo al silencio a los economistas independientes. Y, sin embargo, aun cuando a nadie se le permita pronunciarla, la verdad persiste y produce sus efectos.



LUDWIG VON MISES (Lemberg, 1881 - Nueva York, 1973). Economista y filósofo austríaco. Es el principal representante de la tercera generación de la Escuela Austríaca de economía.

Estudió y se doctoró en la Universidad de Viena, donde fue discípulo directo de Böhm-Bawerk. De 1920 a 1934 mantuvo en Viena su propio seminario en el que participaron ilustres economistas como Friedrich Hayek, Fritz Machlup o Lionel Robbins. Tras enseñar unos años en el Instituto Universitario de Altos Estudios de Ginebra, en 1940 se refugió en los Estados Unidos huyendo de las amenazas nazis. A partir de 1946, ya nacionalizado como ciudadano americano, da clases en la New York University durante 24 años. Allí retomaría su seminario,

entre cuyos discípulos destacaron Murray N. Rothbard, George Reisman, Israel Kirzner, Ralph Raico, Leonard Liggio y Hans Sennholz. A pesar de la marginación de que fue objeto por las nuevas corrientes positivistas y por el rampante keynesianismo, su influencia fue enorme. Sus ideas inspiraron el «milagro» de la recuperación económica alemana después de la Segunda Guerra Mundial.

Es autor de obras fundamentales como *La teoría del dinero y del crédito* (1912), *Socialismo* (1922), *La acción humana* (1949), y de centenares de



artículos y monografías.

Notas

[1] El libro lo escribió en alemán bajo el título *Erinnerungen* (Recuerdos). Sería publicado en inglés en 1978 (Mises había muerto en 1973) con el título *Notes and Recollections*, en una traducción y con un PostScript de Hans F. Sennholz (Libertarian Press, South Holland, Illinois). <<

[2] F. A. Hayek, *Hayek on Hayek* (Londres: Routledge, 1994, p. 67 [trad. esp.: *Hayek sobre Hayek*, vol. I de *Obras Completas de F. A. Hayek* (Madrid: Unión Editorial, 1997), p. 701. <<

[3] Véase G. Haberler, «Mises' Private Seminar», en *The Mont Pèlerin Quaterly*, vol. III, octubre de 1961; F. Machlup, «His Work Lives», en *Tribute to Mises, 1881-1973* (sesión de la Mont Pèlerin Society en Bruselas, 13 de septiembre de 1974). <<

[4] F. Perroux, «Peregrinazioni di un economista e scelta del suo itinerario», en AA. VV., *Il mestiere dell'economista* (Roma: Edizioni dell'Elefante & B. N. L. Edizioni, 1996), pp. 223-34. <<

[5] M. N. Rothbard, *The essential von Mises*, en apéndice a L. von Mises, *Planning for Freedom* (South Holland: Libertarian Press, 1980), pp. 226-67 [trad. esp.: *Lo esencial de Ludwig von Mises* (Madrid: Unión Editorial, 2.ª ed., 1985), pp. 43-44]. <<

[6] L. von Mises, *Recuerdos*, en este vol., pp. 143-44. <<

[7] Trad. it., *Sul metodo delle scienze sociali*, al cuidado de R. Cubeddu, introducción de K. Milford (Macerata: Liberilibri, 1996). <<

[8] Trad. it., «Il calcolo economico nello Stato socialista», en AA. W., *Pianificazione economica collettivistica* (Turín: Einaudi, 1946). <<

[9] Trad. it., *Socialismo*, al cuidado de Dario Antiseri (Milán: Rusconi, 1990) [trad. esp.: *Socialismo* (México: Hermes, 1961; 3.ª ed., WBF, Nueva York, s/f.]. Además de las críticas específicas, de las que se informa en el texto, conviene recordar que Mises hace contra la planificación una objeción de orden gnoseológico: «Para realizar su tarea sería necesario que este director de la economía socialista fuese un dios. Su mirada debería abarcar todo lo que es importante para la economía y le sería preciso un juicio infalible, capaz de englobar la situación de los países

más distantes y las necesidades del futuro» (*op. cit.*, p. 206 de la 3.ª ed. española). Es una consideración que hallamos en Adam Smith; y es el tema de que se sirve Hayek para afirmar, en términos sistemáticos, las razones de la libertad individual y de la competencia: «Si fuéramos omniscientes, si pudiéramos conocer no sólo todo lo que afecta a la consecución de nuestros deseos presentes, sino también lo concerniente a nuestras necesidades y deseos futuros, existirían pocos argumentos en favor de la libertad» (*La società libera*, Vallecchi, 1969, p. 48) [trad. esp.: *Los fundamentos de la*

libertad (Unión Editorial, 6.ª ed., 1998), p. 561. Es decir, puesto que somos ignorantes, tenemos que ser libres. <<

[10] C. Menger, *Sul método delle scienze sociali*, cit., p. 38. <<

[11] L. von Mises, en este volumen, p. 198. <<

[12] L. von Mises, *Problemi epistemología del economía*, trad. it. al cuidado de L. Infantino, presentación de S. Ricossa (Roma: Armando, 1988), p. 52. <<

[13] L. von Mises, en este volumen, p. 196. <<

[14] Trad. it., *La stabilizzazione del potere di acquisto della moneta e la politica della congiuntura* (Turín: UTET, 1935). <<

[15] L. von Mises, en este volumen, p. 93.
<<

[16] *Ibid.*, p. 142. <<

[17] L. von Mises, «La theorie dite austrichienne du cycle économique», en *Bulletin de la Société belge d'études et d'expansion*, ahora en AA. W., *The Austrian Theory of the Trade Cycle* (Auburn: The Ludwig von Mises Institute, 1983), pp. 3-4. <<

[18] L. Robbins, *Di chi la colpa della Grande Crisi?* trad. it. (Turín: Einaudi), pp. 68-69. <<

[19] L. von Mises, *A Critique of Interventionism* (New Rochelle: Arlington House, 1977), p. 20 [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo* (Unión Editorial, 2001), p. 431. <<

[20] *Op. cit.*, p. 59 de la ed. española. <<

[21] L. von Mises, en este volumen, p. 182. <<

[22] L. von Mises, *Crítica del intervencionismo*, p. 62 de la ed. española. <<

[23] 0. Lange, «Sulla teoria economica del socialismo», trad. it. en AA. W., *Teoria economica e economia socialista* (Roma: Savelli, 1975), p. 61. <<

[24] M. Weber, *Economia e società*, trad. it. (Milán: Comunità, 1968), vol. I, p. 104. <<

[25] M. Weber, *II metodo delle scienze storico-sociali*, trad. it. (Milán: Einaudi, 1974), p. 58. <<

[26] *Op. cit.* pp. 58-59. <<

[27] Sobre el tema véase L. Infantino, *L'ordine senza piano* (Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1995) [trad. esp.: *El orden sin plan* [Unión Editorial, 2000]. <<

[28] Véase *infra*. p. 147. <<

[29] [Véase Margit von Mises, *My Years with Ludwig von Mises*, Arlington House, New Rochelle, Nueva York, 1976, caps. V y VI]. <<

[30] Hayek escribió este ensayo en 1977 y fue publicado como Introducción a la obra de Mises *Erinnerungen von Ludwig von Mises* (Stuttgart y Nueva York: Gustav Fischer, 1978), pp. xi-xvi. El presente ensayo fue recogido en el vol. IV de las Obras Completas de F. A. Hayek: *Las vicisitudes del liberalismo* (Unión Editorial, 1996), pp. 165-72. <<

[31] *Die Bauernbefreiung und die Auflösung des guts-bauerlichen in Böhmen*, Mähren und Schlesien, Leipzig, 1894. <<

[32] *Die Bauernbefreiung und der Ursprung del Landarbeiter in den altern Teilen Preussens*, Bande 2, Leipzig, 1887 (2.ª ed., Múnich-Leipzig. 1927). <<

[33] Viena, 1871 [trad. esp.: *Principios de economía política* (Unión Editorial, 1.ª ed., 1983; 2.ª ed., 1997]. <<

[34] *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (tercera ed.), vol. IV Jena, 1909. <<

[35] Leipzig, 1883. <<

[36] Leipzig, 1905; 4.ª ed., Múnich-Leipzig, 1923. <<

[37] Leipzig, 1912 [trad. esp.: *Teoría del desenvolvimiento económico* (México: FCE, 3.ª ed., 1963)]. <<

[38] Leipzig, 1905; 4.ª ed., Múnich-Leipzig, 1923. <<

[39] Múnich y Leipzig, 1912 [(Dunker & Humblot), 2.ª ed., 1924. Edición inglesa: *The Theory of Money and Credit*, 1.ª ed., Jonathan Cape Ltd., Londres 1934; 2.ª ed., Yale University Press, 1953. Trad. española: *Teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, 1997]. <<

[40] Franz Cuhel, *Zur Lehre von des Bedürfnissen*, Innsbruck, 1907. <<

[41] Véase *Kapital und Kapitalzins*, vol. II, *Positive Theorie des Capitales*, Innsbruck, 1909, p. 354 [trad. esp.: *Teoría positiva del capital* (Madrid: Ediciones Aosta, 1998)]. <<

[42] Véase mi *Grundprobleme der Nationalökonomie*, Jena 1933. <<

[43] Véase *Economic Journal*, vol. XXIV, 1914, pp. 417-19. <<

[44] Véase J. M. Keynes, *A Treatise on Money*, Londres, 1930, vol. I, p. 199, nota 2 (trad. esp.: *Tratado del dinero*, Ediciones Aosta, 1996]. <<

[45] Viena-Leipzig, 1919. <<

[46] Jena, 1928. <<

[47] Jena, 1922 [trad. esp.: *Socialismo. Análisis económico y sociológico*, traducción de Luis Montes de Oca (México: Editorial Hermes, 1961; 3.ª ed., Nueva York: WBF, 1989)]. <<

[48] Ginebra, 1940. <<

[49] Jena, 1927 [trad. esp. en Unión Editorial, 1.ª ed., 1975; 2.ª ed. 1982, 3.ª ed. en el volumen *Sobre liberalismo y capitalismo*, 1995]. <<

[50] Jena, 1929 [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001]. <<

[51] [Se incluyó en la edición alemana (póstuma) de 1976 y en la posterior edición inglesa de 1977. También se ha incluido en la edición española citada en la nota 2, pp. 217-231]. <<

[52] *Collected Essays*, vol. V, p. 225. <<

[53] [La frase entre paréntesis aparece sólo en la edición inglesa de *Notes and Recollections*, cit., p. 119]. <<

[54] [Trad. esp.: *Principios de economía política*, Unión Editorial; 1.ª ed. 1983; 2.a ed., en «Clásicos de la Libertad», 1997]. <<

[55] El único contemporáneo vienés que apreció la obra filosófica de Leibniz fue el príncipe Eugenio de Savoya, vástago de una familia francesa, nacido y educado en Francia. <<

[56] Véase H. Oswalt, *Vorträge über wirtschaftliche Grundbegriffe*, Jena, 1929. <<

[57] Véase Mises, *Human Action*, New Haven, 1949, pp. 712-857 [trad. esp.: *La acción humana*, Unión Editorial, 6.ª ed., 2001, pp. 845-920]. <<

[58] Sólo se salvaron dos capítulos, publicados por el autor antes del *Anschluss*: «Böhm-Bawerk und die Brüsseler Zuckerkonvention» y «Böhm-Bawerk und die Konvertierung von Obligationen der einheitlichen Staatsschuld», *en Zeitschrift für Nationalökonomie*, vols. VII y VIII, 1936 y 1937. <<

[59] Arthur F. Burns, *The Frontiers of Economic Knowledge*. Princeton, 1954, p. 189. <<

[60] Parecidos argumentos se emplearon más tarde para desacreditar al pragmatismo. La afirmación de William James de que el método pragmático se propone patentizar «el valor al contado» (*Pragmatism*, 1907, p. 53) de cada palabra, se empleó para designar la estrechez de la «filosofía de los dólares». <<

[61] El propio *Reich* poseía y gestionaba sólo la universidad de Estrasburgo. Las tres ciudades hanseáticas no tenían por entonces ninguna universidad. <<

[62] Véase Mises, *Omnipotent Government*, New Haven, 1944, pp. I47 ss. <<

[63] Véase un análisis más detallado en *Kritik des Interventionismus*, Jena, 1929, pp. 92ss [trad. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001, pp. 158ss]. <<

[64] Véase *Schmoller's Jahrbuch*, vol. 13, 1889, pp. 1488-90. <<

[65] Véase Sombart, *Das Lebenswerk von Karl Marx*, Jena, 1909, p. 3. <<

[66] Véase Sombart, *Händler und Helden*, Múnich, 1915. <<

[67] Véase Sombart, *Der proletarische Sozialismus*, Jena, 1924, vol. 2.º <<

[68] Véase Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Múnich, 1930. <<

[69] Véase Sombart, *Deutscher Sozialismus*, Charlottenburg, 1934. Las obras de Sombart fueron muy apreciadas en el extranjero. En 1929 fue elegido miembro de la «American Economic Association». <<

[70] Conviene añadir que Menger, Böhm-Bawerk y Wieser miraban con profundo pesimismo el futuro político del Imperio austriaco. Pero este problema no podemos tratarlo aquí. <<

[71] Véase Herbert Spencer, *The Study of Sociology*, Londres, 1880, p. 217. <<

[72] La primera edición en alemán es de 1912; la segunda de 1924. Las ediciones inglesas [con el título *The Theory of Money and Credit*] son respectivamente de 1934 y 1953. <<

[73] Ya cit., *supra*, nota 3. <<

[74] Véase las afirmaciones citadas por Julien Brenda, *La trahision des clercs*, París, 1927, nota O, pp. 292-5. <<